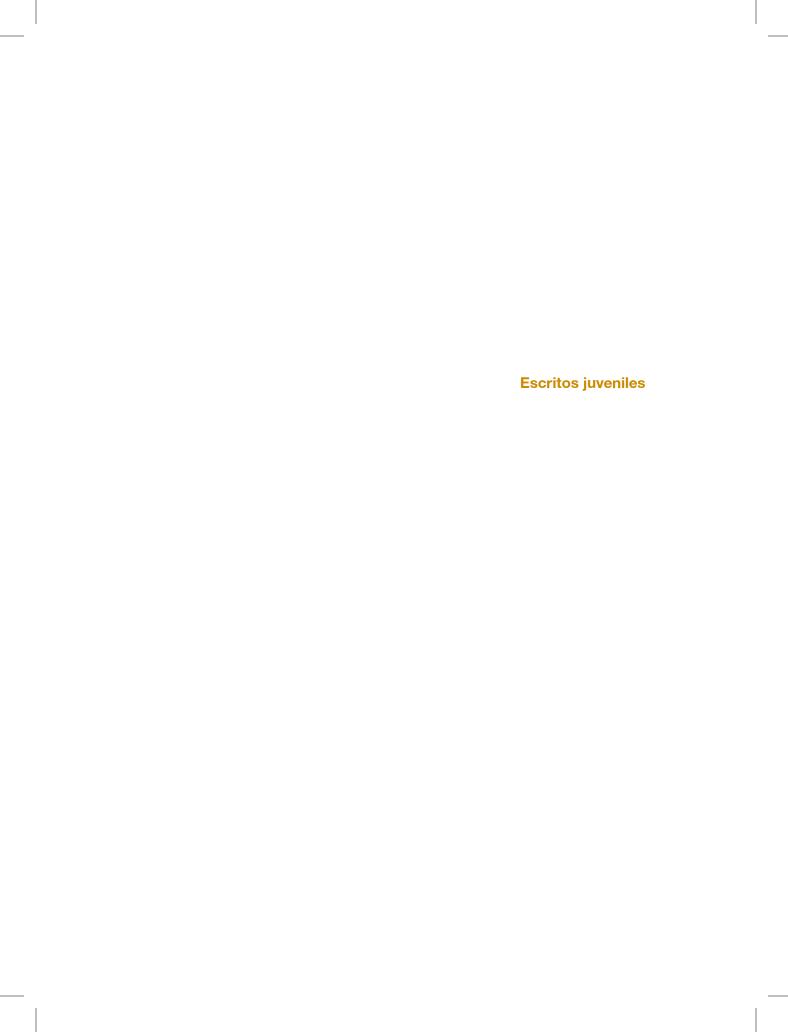
José Carlos Mariátegui

Escritos Juveniles La Edad de Piedra

Poesía Cuento Teatro



			1	
T.				

Escritos juveniles

La Edad de Piedra. Tomo 1. Poesía, cuento, teatro

José Carlos Mariátegui; notas y compilación de Alberto Tauro

Indice

re	esentación ix
08	sé Carlos Mariátegui a la edad de 20 años, 1914
ua	anita Martínez de la Torre
Ρ	Poesía
	1.1. Minerva Vitrix – Del álbum de Juana Martínez de la Torre de Ratti – Fantasía de
	otoño
	1.2. Spleen – Nocturno
	1.3. Paréntesis – Nirvana
	1.4. Morfina – El elogio de tu clave
	1.5. Viejo Reloj Amigo – Plegaria del Cansancio – Coloquio Sentimental
	1.6. Insomnio – Interpretación – Rendido Elogio – El frágil misterio de una rosa blanca – Nostalgia
	1.7. Elogio a Cervantes – Elogio de la celda ascética – La voz evocadora de la capilla – Minuto de la confidencia – Minuto del Encuentro – Afirmación
	1.8. Fantasía Lunática – Elogio de Ópalo – Films de la Tarde I y II
	1.9. Emociones del hipódromo V, VI, VII, VIII, IX, X
	1.10 A Tórtola Valencia, Plegaria Nostálgica, Ditirambo Elegante, Tu no eres Anacrónica
	1.11. Hoy, Tea, Vermouth
	La artista Tórtola Valencia
	Fotografía de Leonidas Yerovi con autógrafa

	1.12. Oración al espíritu inmortal de Leonidas Yerovi	37
	1.13. Elogio – Una tarde Carreras	40
	1.14. Al margen de un debate	43
	1.15. Loa a Febo	46
	1.16. Una mañana de aprontes contada por Kendalif	49
	1.17. Una tarde de carreras, deseada por Kendalif	52
	1.18. Al margen de la polla – Recetas eficaces de Kendalif – Para ganar un Batacazo	55
	1.19. Crónica del <i>Paddock</i>	59
	1.20 Emociones Glaciales	. 61
	1.21. El reportaje de la Semana	63
	1.22. Con el reloj de Tiempo – La alameda de los descalzos	66
II. (Cuento	
	2.1. Juan Manuel	75
	2.2. Los Mendigos	
	2.3. Rudyard Ring, ganador	
	2.4. El Jockey Frank	
	2.5. Una tarde de sport	
	2.6. Amid Bey	. 91
	2.7. La señora de Melba	94
	2.8. El baile de las máscaras	97
	2.9. El hombre que enamoró de Lily Gant	100
	2.10 Fue una apuesta del Five o'clock tea	107
	2.11. Historia de un caballo de carrera	112
	2.12. Epistolario Frívolo	116
	2.13. El jockey de Ruby	122
	2.14. Jim, jockey de Willy	126
	2.15. El príncipe Istar	129
	2.16. El <i>Match</i>	132
	2.17. La guerra que pasa	135

3.1. Las Tapadas	 144
3.2. La Mariscala	 175
Colofón	 211

Presentación

Continuando con la tarea iniciada por Anna Chiappe y los hijos del Amauta en 1952 con la publicación de la primera serie de las *Obras Completas de José Carlos Mariátegui*, la publicación *online* de los *Escritos Juveniles* de José Carlos Mariátegui tiene como finalidad el acceso público y gratuito de la obra de su etapa juvenil, donde firmaba principalmente con el seudónimo de Juan Croniqueur.

Esta nueva edición, está acompañada de estudios que diversos investigadores han realizado sobre esta etapa inicial de la vida intelectual del Amauta. Los tres primeros pertenecen a reconocidos investigadores: Alberto Flores Galindo, Alberto Tauro y Javier Mariátegui, quienes realizaron distintos estudios sobre el proceso de formación del joven Mariátegui. Más adelante se proyecta incorporar las investigaciones de otros estudiosos de esta etapa formativa de la vida de Mariátegui. Todo este material no sólo podrá ser leído in situ sino también descargado en diversos formatos digitales de lectura electrónica (e-book) de manera libre y gratuita desde la Web del Archivo José Carlos Mariátegui.

El desarrollo de este proyecto permitirá que las personas no solo conozcan a José Carlos Mariátegui a través de sus *Escritos Juveniles* –obra que actualmente resulta de limitado acceso– sino que permitirá que estos textos se difundan y reproduzcan de manera libre puesto que según la Ley Peruana de Derechos de Autor Nº 822, la obra de José Carlos Mariátegui se encuentra libre de derechos patrimoniales.

El contexto histórico en el que vivimos explica las razones principales que impulsan este proyecto.

En primer lugar, durante los últimos seis años el Archivo José Carlos Mariátegui se ha desenvuelto en la difusión y puesta en valor del acervo documental de uno de los más importantes intelectuales del siglo XX. La digitalización, organización y acceso libre de su archivo personal, el trabajo bibliográfico, la catalogación de su biblioteca personal y la publicación de la revista *Amauta* –publicación que ha tenido una gran circulación desde que se lanzó *online*— han permitido que se desarrollen nuevas investigaciones en torno a la figura de Mariátegui. Ello también se plasma en recientes exposiciones como "Redes de Vanguardia. Amauta y América Latina 1926-1930", organizada por el Museo de Arte Lima y el Blantom Museum of Art entre el 2019-2021 (Austin, Texas, 2019); y "Un espíritu en movimiento. Redes culturales en el centro y el sur del Perú", organizada por la Casa de la Literatura Peruana en el 2018.

Además, desde diciembre del 2020 el Archivo José Carlos Mariátegui inició un proyecto de publicaciones online de estudios relacionados a los ejes temáticos que Mariátegui desarrolló durante sus años de vida, que comenzó con el estudio La portada de Julia Codesido para los Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana de Natalia Majluf y continuó con Duelo y revolución. Sobre una pintura de losu Aramburu de Mijail Mitrovic, los cuales también pueden ser consultados y descargados en diversos formatos de manera libre y gratuita.

En segundo lugar, debido a la emergencia sanitaria producida por la Covid-19 en el 2020, las personas se vieron en la necesidad de recluirse en sus casas y por ende sustituir mucho de los servicios presenciales en virtuales. Las bibliotecas, archivos, museos y centros de documentación no pudieron estar exentos de esta problemática y comenzaron a reforzar servicios virtuales volcados en talleres, cursos, publicaciones, de manera *online*. Así fue como el Archivo Mariátegui desarrolló una estrategia de difusión de su colección digital: archivo, biblioteca; desarrollando productos documentales y difundiéndolos en las redes sociales; reforzar los contenidos de la página web y la colaboración con otras instituciones para el desarrollo de proyectos en conjunto, entre los cuales destacan los cursos *online* Para conocer a Mariátegui: economía, política, cultura dirigido por Víctor Vich y Amauta: el itinerario de una invención dirigido por Eduardo Cáceres.

La publicación *online* de los Escritos Juveniles permitirá que se desarrolle un enfoque donde se aborde el libre acceso y gratuito de la información a través de los diferentes formatos en los cuales se presentará la obra de los autores ya mencionados, todos ellos relevantes para nuestra historia contemporánea.

Esto también permite cortar la brecha de desigualdad en las personas que no pueden acceder a la compra de un libro en físico, sin detrimento de este, pero que genere un escenario propicio para el desarrollo de productos digitales de información y lectura no convencionales, pero diseñados centrados en el lector. En ese sentido, no se pretende cambiar un formato por otro, sino ampliar el acceso a mútliples. Por lo tanto, una ventana de acceso a la obra de Mariátegui de su Edad de Piedra –como la nombró el mismo– puede permitir que se explore nuevas narrativas con respecto a su formación como periodista, la cual nunca dejó de cultivar a lo largo su vida.

*** * (**

La obra más difundida de José Carlos Mariátegui son sus Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana publicada en 1928 por la Editorial Minerva. Este libro analiza la situación política, social, económica y cultural de la sociedad peruana del primer tercio del siglo XX, cuyos planteamientos siguen hoy vigentes. Sin embargo, se ha olvidado los inicios de Mariátegui en su formación como periodista. Durante esta etapa, entre 1911 y 1919, Mariátegui utilizó diversos seudónimos siendo el más conocido de Juan Croniqueur. Las publicaciones en el que escribió, dispersas en diversos repositorios, bibliotecas y hemerotecas de difícil acceso para el público en general, fueron: Alma Latina, Lulú, El Turf, Colónida, La Prensa, El Tiempo, Nuestra Época, La Razón, entre otros.

La difusión de los Escritos Juveniles contribuye a las investigaciones sobre los inicios de José Carlos Mariátegui, así como a la puesta en valor de los textos publicados en revistas y periódicos no solo del Amauta sino de otras figuras importantes como Alfredo González Prada, Luis Ulloa Cisneros, Félix del Valle, Leonidas Yerovi, entre otros. Todos ellos fueron colaboradores en diferentes diarios de ese entonces y formaron parte de la denominada Generación Literaria de 1910, que tuvo a Abraham Valdelomar como su líder.

La presente edición se divide en dos partes claramente diferenciadas: Los Escritos Juveniles.

- ◆ Tomo 1: La Edad de Piedra: Poesía, cuento, teatro.
- ◆ Tomo 2: La Edad de Piedra: Crónicas
- ◆ Tomo 3: La Edad de Piedra: Entrevistas, crónicas y otros textos
- ◆ Tomo 4: La Edad de Piedra: Voces 1
- ◆ Tomo 5: La Edad de Piedra: Voces 2
- ◆ Tomo 6: La Edad de Piedra: Voces 3
- ◆ Tomo 7: La Edad de Piedra: Voces 4
- ◆ Tomo 8: La Edad de Piedra: Voces 5

Estudios de/sobre los Escritos Juveniles.

- ◆ Estudio Preliminar de los Escritos Juveniles, de Alberto Tauro
- ◆ Notas sobre la formación de Mariátegui: un autodidacta imaginativo, de Javier Mariátegui Chiappe.
- ◆ Juan Croniqueur 1914/1918, de Alberto Flores Galindo.

Los contenidos estarán alojados en la página web del Archivo Mariátegui (www.mariategui.org) en la sección de Publicaciones junto a las últimas ediciones realizadas por el Archivo. Nuestra intención también es generar una amplia difusión de todo este material, así como su debate, a través de la publicación en las redes sociales del Archivo Mariátegui de diversas informaciones, materiales complementarios y opiniones de especialistas y público en general. Estas son:

- ◆ Instagram
- ◆ Facebook
- ◆ Twitter

Para ello también contamos con el apoyo de las siguientes instituciones y publicaciones que nos han apoyado y acompañado constantemente: Museo José Carlos Mariátegui; Asociación Amigos de Mariátegui; Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas de Argentina (CeDInCi) — Buenos Aires, Argentina; y la revista Jacobin, Latinoamérica. El acceso libre y gratuito como política institucional del Archivo Mariátegui es una de sus principales manifestaciones de que la información debe estar en favor de la ciudadanía y sobre todo el de poder permitirles acceder a ella en diferentes formatos, en este caso electrónicos de lectura como el E-book (MOBI y EPUB) y el PDF. Estamos convencido de que este proyecto no solo es sostenible en el tiempo sino que puede ampliarse más allá de la figura del propio Mariátegui hacia la identificación de otros personajes e instituciones que fueron importantes en nuestra historia nacional.

LOS EDITORES

Lima, agosto de 2022.

Presentación xi



José Carlos Mariátegui a los 20 años (1914). Foto-postal, 13,7 x 8,7 cm. Archivo José Carlos Mariátegui

José Carlos Mariátegui a la edad de 20 años, 1914

Título José Carlos Mariátegui a los 20 Años

Año 1914

 Dimensiones
 13,7 x 8,7 cm

 Medio
 Foto-postal

Localización Archivo José Carlos Mariátegui



Diego Goyzueta, *Juanita Martínez de la Torre* (c.1914). Fotografía. Archivo Fotográfico Servais Thissen

Juanita Martínez de la Torre

Título Juanita Martínez de la Torre

Creador Diego Goyzueta

Añoc.1914MedioFotografíaFormatoDigital

Localización Archivo fotográfico Servais Thissen.

Juanita Martínez de la Torre xv

Poesía

1.1. Minerva Vitrix – Del álbum de Juana Martínez de la Torre de Ratti – Fantasía de otoño	1
1.2. Spleen – Nocturno	3
1.3. Paréntesis – Nirvana	5
1.4. Morfina – El elogio de tu clave	7
1.5. Viejo Reloj Amigo – Plegaria del Cansancio – Coloquio Sentimental	9
1.6. Insomnio – Interpretación – Rendido Elogio – El frágil misterio de una rosa blanca – Nostalgia	12
1.7. Elogio a Cervantes – Elogio de la celda ascética – La voz evocadora de la capilla – Minuto de la confidencia – Minuto del Encuentro – Afirmación	16
1.8. Fantasía Lunática – Elogio de Ópalo – Films de la Tarde I y II	20
1.9. Emociones del hipódromo V, VI, VII, VIII, IX, X	23
1.10 A Tórtola Valencia, Plegaria Nostálgica, Ditirambo Elegante, Tu no eres Anacrónica	28
1.11. Hoy, Tea, Vermouth	31
La artista Tórtola Valencia	33
Fotografía de Leonidas Yerovi con autógrafa	35
1.12. Oración al espíritu inmortal de Leonidas Yerovi	37
1.13. Flogio – Una tarde Carreras	40

1.14. Al margen de un debate	43
1.15. Loa a Febo	46
1.16. Una mañana de aprontes contada por Kendalif	49
1.17. Una tarde de carreras, deseada por Kendalif	52
1.18. Al margen de la polla – Recetas eficaces de Kendalif – Para ganar un Batacazo	55
1.19. Crónica del <i>Paddock</i>	59
1.20 Emociones Glaciales	61
1.21. El reportaje de la Semana	63
1.22. Con el reloj de Tiempo – La alameda de los descalzos	66

			1	
T.				

1.1

Minerva Vitrix – Del álbum de Juana Martínez de la Torre de Ratti – Fantasía de otoño

José Carlos Mariátegui

MINERVA VITRIX¹

A Juanita Martínez de la Torre

Porque el sol de tus ojos es imán de laureles, porque brota al conjuro de tus dedos la rosa, porque en ti cada día es azul mariposa cuyas alas abrieron Miguel Ángel y Apeles,

te persiguen los viles, te atormentan crueles, del jardín de tu ensueño se hace el odio raposa y la envidia se afana, serpenteando rabiosa, por turbar tus encantos, por manchar tus pinceles.

¿Tu delito? El ser niña, el ser fresca, el ser bella, el tener en tus manos cautivada una estrella, el haber con la gracia perfumado el talento.

Sigue y triunfa. De faro sirve el odio a la Gloria. A la envidia la toma por corcel la victoria. Sigue y triunfa: es aurora para el genio el tormento.

DEL ÁLBUM DE JUANA MARTÍNEZ DE LA TORRE DE RATTI

Para hacerlos la ofrenda de mis versos quisiera mejor vuestro abanico que vuestro álbum glorial. En él, un caballero de otra edad escribiera su más extravagante y bello madrigal.

Y más hermoso el marco del abanico fuera, si en él pintara una orla vuestra mano ideal, donde una princesita bordara su quimera en una tarde de oro, fragante y vesperal,

Pero, sumiso, escucho vuestro gentil empeño, interrumpo la vana locura de mi sueño y en un soneto os digo toda mi admiración

Si acaso no es galante, ni expresa lo que siento y si no sé ofreceros la flor de un pensamiento, sabed que mi alma entera es ritmo en mi canción,

FANTASÍA DE OTOÑO²

Me he enfermado de bruma, de gris y de tristeza, y ha puesto frío en mi alma la caricia otoñal.
Un dolor, adormido en mí, se despereza y se hunde en un nirvana atáxico y mortal.

La pena me posee con ansias de faunesa y su abrazo me invade de un hastío letal. Un paisaje de otoño se duerme en mi alma, presa de una inquietud neurótica y de un delirio sensual.

Panoramas de niebla y de melancolía, donde dice el invierno su blanca sinfonía; cielos grises y turbios; monorritmo tenaz

de lluvia que golpea muy lento a mis cristales, cual, si con los nudillos las manos espectrales de la muerte llamaran, sin atreverse a más...

REFERENCIAS

- 1. Minerva Victrix. En La Prensa: Lima, 10 de enero de 1915. Soneto Alejandrino, suscrito solo con tres asteriscos.
- Fantasía de otoño. En La Prensa: Lima, 16 de junio de 1915. En las Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p.76. Y en La creación heroica de José Carlos Mariátegui, por Guillermo Rouillón (Lima, 1975), t.1, p.72.

1.2

Spleen - Nocturno

José Carlos Mariátegui

SPLEEN¹

Un cansancio muy grande e impreciso. Una sed de imposibles caricias. Un neurótico amor que me envuelve en las mallas sutiles de su red y que me ha anestesiado, sin curar mi dolor...

Un desdén por la vida. Una vaga inquietud ante la certidumbre de que habré de morir y aunque siento infecunda mi fatal juventud una pena muy honda, muy honda de partir...

Una abulia indolente que me veda luchar y me sume en la estéril lasitud de soñar. Un afán de aturdirme en el diario trajín.

Me espanta verme a solas. Busco la confusión por no oír la imperiosa voz de mi corazón y me río jocundo por disfrazar mi spleen...

Título corregido por el autor. Inicialmente fue: "Gesto de spleen". Línea 2. Corregido por el autor: "Un neurótico amor", en vez de "Un romántico amor".

NOCTURNO²

Calló el silencio mudo de tu estancia. En el piano hubo un suave esperezo de tus dedos ducales Y una blonda harmonía -¿era un lied wagneriano?-

arrulló la tristeza de mis raros ideales.

Comunión milagrosa del marfil de tu mano con el marfil del piano. Tuvo hondos y sensuales deliquios. Y tradujo en un ritmo profano la inquietud de mis locas, ansias paradojales.

Sobre la melodiosa y blanca eucaristía flotó el encanto augusto de la augusta Harmonía. Tu clave, hiperestésico, quiso un nuevo sopor.

Habló el silencio mientras tu piano enmudecía y el psalmo voluptuoso de mi melancolía se hizo flor en tus labios por besar otra flor.

Primavera de MCMXV

REFERENCIAS

- 1. Spleen. En *Lulú*: Año 1, nro. 3, p.26; Lima, 28 de julio de 1915. Y en *El Tiempo*: Lima, 14 de agosto de 1916.
- 2. Nocturno. En La Prensa, Lima, 8 de agosto de 1915.

Paréntesis - Nirvana

José Carlos Mariátegui

PARÉNTESIS¹

El rubio sortilegio de tus rizos desconcertó mi vida adolescente. Violó mi soledad intrusamente la epifanía azul de tus hechizos.

Y advertí mi amargura profanada por el rictus glorial de tu sonrisa, cuando turbó mi ensueño la imprecisa misteriosa madurez de tu mirada.

El isócrono ritmo de mi vida tuvo un plácido adagio de terneza, mi augusta pena se quedó dormida,

y sentí entonces que, en la noche bruna de mi antigua tristeza, tu belleza ponía un eglogal claro de luna...

Primavera de MCMXV

NIRVANA²

Neurasténico, absurdo, soñador, tengo un raro y sonámbulo vivir y tejo mis ensueños de fakir en un hiperestésico sopor.

En un vago crepúsculo interior

sollozan las pupilas de zafir de una amada que me hizo presentir las voluptuosidades del dolor.

La lírica canción de Chantecler, clarinada de cada amanecer, no llega hasta mi estancia. Y el reló

dice una isocronía salmodial, que es un psalmo litúrgico del mal que en la flauta de un fauno se durmió...

REFERENCIAS

- Paréntesis. En Variedades: Año XI, Nº 407; Lima 18 de julio de 1915. Y en Cielo Abierto, Nº 12, p. 50, Lima, julio de 1980
- Nirvana. En La Prensa: Lima, 2 de enero de 1916. En Lulú: Nº 51, p. 9, Lima, 29 de julio de 1916. Y en Reconstrucción de Mariátegui, por Mario Castro Arenas (Lima, 1985, p. 120).

Morfina - El elogio de tu clave

José Carlos Mariátegui

MORFINA¹

Tu amor es mi morfina. Yo he soñado que desde nuestro encuentro lo supiste y, piadosa enfermera, me has amado porque soy infinitamente triste.

Tu mirada sedante ha consolado mi remota inquietud. Y aún existe una dulce promesa en el quebrado recodo de mi vida en que surgiste.

Tengo locas visiones, espejismos que en el desierto de mis idealismos son una extraña fantasmagoría.

Y no quiero saber si me envenena esta morfina que al dormir mi pena nirvanizara mi melancolía...

Línea 10. En la publicación inicial dice "mis pesimismos".

EL ELOGIO DE TU CLAVE²

Tu piano es un anciano confidente, que guarda con amor en el arcano de un sonambulismo indiferente las voluptuosidades de tu mano.

Yo he turbado su sueño penitente,

donde vive su ritmo soberano, y he escuchado religiosamente la sonora alma lírica del piano.

En su antiguo teclado hay la añoranza de otros dedos liriales. Y una danza galante en su marfil se galvaniza.

Minuetos y pavanas están presos, y llora la nostalgia de tus besos si el romántico Grieg madrigaliza...

REFERENCIAS

- En La Prensa: Lima, 2 de enero de 1916. En Lulú Año 2, №. 32, p. 15; Lima, 2 de marzo de 1916. Y en Reconstrucción de Mariátegui, por Mario Castro Arenas (Lima, 1985, p. 119).
- En Alma Latina: № 14, p. 4, Lima, 4 de febrero de 1916.
 Precedido por una nota editorial, que presenta al autor como "un delicado rimador, cuyos versos llenos de lirismo y de ternura lo hacen un poeta aristocrático y fino como para las damas"

1.5

Viejo Reloj Amigo... – Plegaria del Cansancio – Coloquio Sentimental

José Carlos Mariátegui

VIEJO RELOJ AMIGO...¹

Viejo reloj amigo, en la estancia otoñal tienes la aristocracia de un severo blasón. Tu voz sonora, dentro tu caja de nogal, suena como si fuese voz de una tradición.

Hay presa en tu sueño una leyenda señorial y cada nota tuya es una evocación; tragedia, epitalamio, responso y madrigal, conjuros de misterio y aromas de ilusión.

En las noches, tu ritmo dice cosas de ayer y añora pecadores minutos de placer que contaste discreto y tal vez protector.

Y de día recobras tu rol sentimental y eres como un abuelo augusto y patriarcal cuando solemnemente llamas al comedor...

PLEGARIA DEL CANSANCIO²

A Ella...

Yo siento haber vivido de prisa. Mi sonrisa es una mueca triste de cansancio mortal. Solloza en mis recuerdos la temprana, indecisa, violación del secreto del Bien y del Mal.

Mi tristeza es tan solo la tristeza enfermiza de un niño un poco místico y otro poco sensual, cuyo raro destino leyó una pitonisa, o el astrolabio intérprete de un oráculo astral.

Pasan por mí las cosas vertiginosamente y una arruga anacrónica se insinúa en mi frente como la huella amarga de mi última ilusión.

A veces me sonríe la visión de mi infancia y, en un dulce paréntesis de luz y de fragancia, digo tu nombre como si fuese una oración...

COLOQUIO SENTIMENTAL³

A Luis Fernán Cisneros

La voz de Schopenhauer adoctrina doliente en mi alma que ha perdido la ilusión de la vida y que sigue, sonámbula, una ruta inclemente con los pasos inciertos y sangrante la herida...

Convergen mis anhelos, melancólicamente, hacia un amor que es luego una esperanza ida y que deja otra huella de dolor en mi frente y que pone otra sombra de tristeza en mi vida...

Yo siento que confluyen en mi melancolía la pena de Leopardi, que también es la mía, el sentimentalismo de Werther y el quebranto del loco Segismundo que dijo Calderón...

¿Amada mía, lloras? ¡Si es mentido mi planto! ¡Son cosas de poeta! Yo te pido perdón...

Línea 9. Corregido por el autor: "siento", en lugar de "sueño".

REFERENCIAS

1. En La Prensa: Lima, 16 de febrero de 1916. En El Tiempo: Lima, 13 de junio de 1916. Y en las Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p.74. Escrito el 15 de febrero de 1916, según apuntó el autor en su "Glosario de las cosas cotidianas" (La Prensa: Lima, 18 de febrero de 1916). Dijo entonces, confidencialmente: "He escrito hoy un soneto desbordante de sinceridad y de unción. Todo un instante de hondo recogimiento de mi espíritu está en él. Búsquelo usted, amigo mío. Yo lo he releído tres veces con suma delectación"

2. En *Cólonida*: Nº 3, p. 26, Lima, 1 de marzo de 1916.

En *El Tiempo*: Lima, 13 de noviembre de 1916. En las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 69.

Y en la revista *Buelna*, Nº 4-5, p. 31, México, 1 de marzo de 1980.

En Colónida apareció como III de "Los psalmos del dolor" y a continuación "Coloquio sentimental" (IV) e "Insomnio" (VII).

3. En $\it C\'olonida$: N° 3, p. 26-27, Lima, 1 de marzo de 1916.

En El Tiempo: Lima, 14 de agosto de 1916 y del 15 de febrero de 1917.

Y en las Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p.74.

1.6

Insomnio – Interpretación – Rendido Elogio – El frágil misterio de una rosa blanca – Nostalgia

José Carlos Mariátegui

INSOMNIO1

IOh las noches en que hablan fantásticos conjuros y en que muerde una angustia en cada pensamiento! Vagan voces de incestos y de ritos oscuros y hasta las sombras tienen un estremecimiento...

La mano del misterio traza en preclaros muros el *mane thecel phares* de algún presentimiento y el licor dionisíaco de los brindis impuros produce en los orgiastas un desfallecimiento.

Hay un crimen aleve que venga un adulterio en la penumbra tibia de una alcoba nupcial. Los aquelarres turban la paz del cementerio.

Hastía a dos amantes un pecado mortal. Yo escucho una tras otra las notas de un salterio de agonía. Y la muerte ronda en el hospital...

En Lima, MCMXVI (De mi próximo libro "Tristeza")

INTERPRETACIÓN²

A Anita España

Para la aristocracia floral de tu cabeza pretéritos artistas soñaron la mantilla y porque adivinaron tu euritmia juglaresa los crótalos cantaron su alegre taravilla.

Para que tú pasearas tu rítmica majeza de un sueño de claveles y luz nació Sevilla y para la sed vaga de tu boca cereza se escanció la primera copa de manzanilla.

Y fue el presentimiento de tu seno venusto el origen de la honda nostalgia de tu busto que sufrieron las rosas de un rosal ancestral.

Y si en edad remota se hizo la pandereta fue porque desde entonces se supo que un poeta trazaría en la tuya su mejor madrigal...

MCMXVI

Línea 4. Corregido por el autor: "alegre", en lugar de "dulce".

RENDIDO ELOGIO³

Florezca a tu paso una primavera y quede un vestigio de luz donde quiera que hiera la ruta de tu planta de raso.

Bajo de un sol pleno, un crisol de luces sea tu divina cabellera y una magnolia tu seno, como te soñara un artista heleno para una estatua criso elefantina.

Y bajo la luna se turne se torne azulosa tu carne rosa, cual si reflejase las ojeras de una vigilia amorosa en la misteriosa noche de la puna.

Y tenga la luna, tras de la discreta nube que en cielo dibuja un ornato, la misma coqueta gracia de tu rostro fingiendo un recato tras del abanico que aguarda al poeta...

EL FRÁGIL MISTERIO DE UNA ROSA BLANCA⁴

Esta rosa cuya gracia en un búcaro está presa, sufre la amarga tristeza de ignorar tu aristocracia y de ignorar tu belleza.

Fue la más fragante rosa del rosal donde naciera y una rubia jardinera la golosa mariposa de su corola de cera.

Y está enferma desde que una confidencia de la luna le dijo tu encanto augusto y le negó la fortuna de morir sobre tu busto.

NOSTALGIA⁵

Fracasó mi ilusión en la inclemente sorpresa de un neurótico desvío. Soñé que envejecía de repente y te dejé partir... En el sombrío

blancor meditabundo de tu frente, sonreía tu ingenuo desvarío y lloraba tu amor adolescente la gravedad de un pensamiento mío.

Después, en el ocaso de mis dudas vibraron ecos de tus risas mudas, claudicaron mis tenues rebeldías

y más triste sentí mis soledades... Y amé el recuerdo de tus veleidades y el yugo dulce de tus tiranías...

REFERENCIAS

- 1. Publicado en Colónida, Año 1, Nº 3, p. 27, Lima, 1 de marzo de 1916. Y en El Tiempo: Lima, 16 de mayo de 1916.
- Publicado en Lulú, Año 2, Nº 34, p. 8, Lima, 16 de marzo de 1916. En El Tiempo: Lima, 18 de septiembre de 1916.
 Y en las Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 67.
 En la publicación inicial apareció como "Interpretación III".
- 3. Publicado en El Comercio, Lima 14 de abril de 1916.
- 4. Publicado en El Comercio, Lima 14 de abril de 1916.

Publicado en Alma Latina, Nº 15, p. 2. Lima 4 de marzo de 1916.
 Soneto anteriormente publicado en La Prensa, 2 de enero de 1916 bajo el título de "Educación abstrusa".

1.7

Elogio a Cervantes – Elogio de la celda ascética – La voz evocadora de la capilla – Minuto de la confidencia – Minuto del Encuentro – Afirmación

José Carlos Mariátegui

ELOGIO DE CERVANTES¹

En el III Centenario de don Miguel de Cervantes.

Una lengua, una historia, una casta bravía concibieron los siglos en un sueño ancestral y la raza española fue como una ironía de los siglos obsesos por un raro ideal.

Gesta de aventureros, hijodalga porfía por alguna quimera, cruzada medioeval y más tarde los libros de la Caballería forjando la locura del hidalgo inmortal.

Cervantes tuvo, para su tristeza imprecisa, el antifaz de seda de una amarga sonrisa y la heroica epopeya de La Mancha escribió,

pues fue porque este símbolo magnífico existiera

y un libro de Cervantes al mundo le dijera que el sueño de los siglos una raza creó...

ELOGIO DE LA CELDA ASCÉTICA²

Piadosa celda, guardas aromas de breviario, tienes la misteriosa pureza de la cal, y habita en ti el recuerdo de un Gran Solitario que se purificara del pecado mortal.

Sobre la mesa rústica duerme un devocionario y dice evocaciones la estampa de un misal: San Antonio de Padua, exangüe y visionario tiene el místico ensueño del Cordero Pascual.

Cristo Crucificado llora ingratos desvíos. Mira la calavera con sus ojos vacíos que fingen en las noches una inquietante luz.

Y, en el rumor del campo y de las oraciones, habla a la melancólica paz de los corazones la soledad sonora de San Juan de la Cruz...

En el Convento de los Descalzos, febrero de MCMXVI.

Línea 3. Grande Solitario (en Lulú).

LA VOZ EVOCADORA DE LA CAPILLA³

Este grave rumor de la capilla trae místico efluvio de plegaria, psalmo devoto y multitud sencilla a la paz de mi celda solitaria.

Cada eco me habla evocadoramente de cuando, de rodillas en el lecho, mi madre me signaba dulcemente en la frente, en la boca y en el pecho.

Y este recogimiento cenobita, que es un remanso de quietud contrita donde está mi alma como en un santuario,

parece el del instante religioso en que exhumamos con fervor piadoso los recuerdos de amor de un relicario...

MINUTO DE LA CONFIDENCIA⁴

Sobre el encaje de la sobremesa te acodaste, y tu mano sostenía la perezosa flor de tu cabeza con un deliquio de coquetería. Inclinabas tu busto con traviesa ingenuidad hacia la frase mía y se diría que en tu boca de fresa una vaga promesa florecía.

Mi confidencia requirió la tuya y me arrullaste con el aleluya de tu frase trivial en la indecisa

inquietud de la estancia. IPrisionera se quedó desde entonces mi quimera en la elipse de luz de tu sonrisa!

MINUTO DEL ENCUENTRO⁵

Un minuto fugaz. Una mirada. Una frase cambiada a la sordina. Otra frase vulgar. Y una ignorada turbación para mi alma peregrina.

Cuando tuve en mi mano la enguantada manita tuya, virginal y fina, hallé una complacencia enamorada en la paz de la hora tardecina.

En un arrobamiento, mi alma inquieta cautiva se sintió de tu silueta cuando rítmicamente te alejaste.

Y, avaro de tu huella fugitiva, gocé la extraña posesión furtiva del jirón de perfume que dejaste.

AFIRMACIÓN⁶

Teoría: el proceso del día es un proceso de oxidación.

Fugaron los colores de la aurora y fue el sol una diáfana moneda, incandescente, blanca y protectora, decorativa de un *plafond* de seda.

(El concilio de nubes de la hora fingió una simbólica humareda, como una pincelada evocadora del mágico crisol de la moneda).

Después, en el fulgor de su apogeo, en cada cumbre cinceló un trofeo y cada fronda simuló una égida.

Y en el ocaso en que doraba un cromo su

luz senil desfallecía como una rara moneda que se oxida...

REFERENCIAS

- 1. Publicado en La Prensa, Lima, 23 de abril de 1916. ("Interpretación IV").
- Publicado en Alma Latina, № 19, p. 12, Lima, 16 de mayo de 1916. En Vesperal, № 1, p. 16, Lima, 31 de mayo de 1916. En El Tiempo, Lima, 28 de agosto de 1916.
 En Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 68. Y en Poética e Ideología en

José Carlos Mariátegui, por Eugenio Chang-Rodríguez (Madrid, 1983), p. 89.

- Sensible erratas se han deslizado en la transcripción de E. Chang-Rodríguez (cf. versos 1, 4 y 11).
- Publicado en Alma Latina, Nº 19, p. 12, Lima, 16 de mayo de 1916.
 Al pie de la página, y después del Elogio de la celda ascética, se anota: "Estos y otros versos los escribió Juan Croniqueur en el Convento de los Descalzos, donde hizo vida mística durante tres días.
- 4. Publicado en Lulú, Año 2, Nº 49, p.18, Lima, 7 de julio de 1916.
- 5. Publicado en *Lulú*, Año 2, Nº 49, p.18, Lima, 7 de julio de 1916.
- 6. Publicado en El Tiempo, Lima, 28 de julio de 1916. Escrito en el convento de los Descalzos, febrero de 1916.

Fantasía Lunática – Elogio de Ópalo – Films de la Tarde I y II

José Carlos Mariátegui

FANTASÍA LUNÁTICA¹

La noche es compasiva, discreta y amorosa, a su conjuro mágico se duerme la ciudad.

Y el alma de los gatos oficia sigilosa
la liturgia fantástica de su sensualidad.

Si la luna se esconde tras una vaporosa urdimbre que apresara su luminosidad, es que hay un beso lánguido y una frase celosa bajo el piadoso amparo de esta complicidad.

Y la sombra nocturna es también celestina del placer y el pecado. Y es el hada madrina del deliquio en que teje su ensueño el alcohol.

Y hasta la luna tiene mimos enamorados cuando besan sus rayos mis ojos fatigados, como si reparasen los ultrajes del sol...

ELOGÍO DEL ÓPALO²

Si fuera artista glíptico, además de poeta, con ópalos haría un collar a mi dama y en uno grabaría su noble monograma para forjar un símbolo de su alma de coqueta. El ópalo fatiga mis nirvanas de esteta con su antigua leyenda de presagio y de drama. Una gota de sangre prisionera en su gama, en furtivos ocasos palidece en violeta.

Tiene el color ambiguo del *suissé* afrodisíaco, que dio a Verlaine Sileno su ensueño dionisíaco y en él mis complicadas visiones hipnotizo.

Yo pienso que esta piedra es como una pupila, -amuleto de alguna milagrosa Sibilaque interroga al Misterio con su iris tornadizo...

FILMS DE LA TARDE³

.

Flujo y reflujo. Tiene la tarde una sonrisa. Se agita un hormigueo sordo de multitud. Y repentinamente un timbre paraliza la frase de un sportman que discute a Wilful.

Pizarras. Clamoreo vago. Se galvaniza de pronto, ante una cifra, un aspa y una cruz, una mirada ansiosa, nerviosa y tornadiza que suma, multiplica y resta su inquietud.

Expectación. Silencio condicional. Distante la tropa de caballos neurótica e inquietante indócil y rebelde, simula un *carrousel*.

Una protesta adusta el silencio mutila. E, intermitentemente, mi pensamiento oscila entre el juez de partida y una taza de thé...

Ш

Tu sonrisa no sabe por qué es triste esta hora. La tarde se ha llenado de repente de esplín. Mi alma está en tu sonrisa suave y evocadora en un boxe vacío y el firmamento gris.

Cinco y treinta minutos de la tarde. Decora la casaca de un jockey el afán mercantil de un gentío que inquiere la cifra vencedora. Sobre una frente equina se recorta una crin.

Pensando en que Miss Ketty hará la suerte mía y en que es noble su estirpe conforme a la teoría de Bruce Lowe, reflexiono en tu grácil *toilette*,

en que tu cabellera tiene rizos postizos y en que son, sin embargo, muy hermosos tus rizos. Y te olvido un instante por jugar un placé...

JACK

REFERENCIAS

- Publicado en El Tiempo, Lima, 28 de agosto de 1916.
 Y en Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 72.
- Publicado en El Tiempo, Lima, 28 de agosto de 1916.
 Según nota de redacción: "Al libro de versos Tristeza, que próximamente publicará José Carlos Mariátegui (Juan Croniqueur) pertenece este soneto".
- 3. Publicado en El Turf, Año 3, Nº 54, p. 18, Lima, 16 de septiembre de 1916.
 Véase la prosecución de esta serie de sonetos en los titulados Emociones del Hipódromo.
 Sonetos I y II, publicados con el seudónimo de Jack. La serie continúa bajo los títulos de Sensaciones y luego Sinfonías de la vida metropolitana; pero solo desde el soneto V hasta el X; y por lo tanto, faltan los que debieron aparecer como III y IV

Emociones del hipódromo V, VI, VII, VIII, IX, X

José Carlos Mariátegui

EMOCIONES DEL HIPÓDROMO¹

٧

Las 4 post meridiam. En el *paddock* se agita un gentío insonoro, displicente y trivial.

Parsimoniosamente, como una señorita, pasa una yegua fina, elástica y *pur sang*.

Hay una aristocracia sensual y sibarita en la tarde candente que declina en el mar. Yo leo en mi programa "Handicap... Aphrodita" y me pierdo en un número infinitesimal.

Habla un grupo elegante del amor, de la suerte, de la moda, del tiempo, del calor que ya es fuerte y de alguna otra cosa menos trascendental.

Un timbre preventivo entrecorta una frase. Y un joven está triste cual si reflexionase en lo inconsecuente que es la felicidad.

Línea 1. Corregida por el autor: originalmente se leía: "Las 4 p.m."
Línea 6. Inicialmente fue "en esta tarde ambigua y algo primaveral".
Línea 7 y 8. Inicialmente: "Cubanita / For Ever, Revoltoso, Acuarela y Rock Sand".

Línea 9. Inicialmente: "En un corrillo se habla del sport"

Línea 10. Inicialmente: "del amor de la moda, de una puesta fuerte". Línea 12. "Un potro cabriolante"

۷I

Aquella femenina toilette de primavera pasea en la terraza su violeta procaz.

Y su color me daña, me irrita y me exaspera, y en esta tarde ambigua ha de serme fatal.

Mi mirada refugia su temor en la austera lumbre de tus pupilas llenas de ingenuidad, que candorosamente brillan a la manera de azules e infantiles bolitas de cristal.

La tarde convalece de un minuto angustioso en que hubo en tu semblante un gesto doloroso porque sufrió en un bache tu delicado pie.

Mi vida en este instante tiene un vulgar teorema: a las seis de la tarde el landó y el cinema, a las siete el fastidio y a las ocho el cocktail.

Línea 1. En el texto inicial, corregido por el propio autor, se leía: "Esa toilette donosa, clara de primavera".

Línea 2. Inicialmente, fue: "es de un azul abstruso, incongruente y agraz".

Línea 3. El hemistiquio final decía: "me irrita, me exaspera".

Línea 8. Corregido el comienzo del verso: "de aquellas infantiles".

Línea 11. Según el texto inicial: "porque en un bache aleve sufrió tu frágil pie".

Línea 12. Corregido: "un simple teorema".

Línea 13. Inicialmente: "A las seis, el regreso en coche y".

VII

Inquietud. Negligencia. Aristocracia. Risa. Sonrisa. Comentario. Murmullo. Languidez. La tarde se desmaya y se espiritualiza, con un inexplicable deliquio de mujer.

En tu boca inocente la sonrisa es concisa, y en mi boca enfermiza es cansada y fané. Y son los seis caballos del *handicap* a guisa de hipnotizadas piezas de un juego de ajedrez.

El poeta esplinático se pasea y se aburre. Una grácil silueta que en el *paddock* discurre parece fugitiva de un dibujo al pastel.

Mi apuesta es una apuesta displicente y bizarra, que tiene el número once en la adusta pizarra. Y hay una juguetona música de *one step*.

Línea 2. Decía: "Gentileza. Murmuración. Languidez".

Línea 6. Decía: "Mi cartera está exhausta, agotada"

Línea 7. Decía: "en la pista incolora Orviador es".

Línea 8. Decía: "de un breve y misterioso caballo".

Línea 9. Decía: "neurótico", en lugar de "esplinático".

Línea 12. Se leía: "apuesta distinguida", en lugar de "apuesta displicente".

Línea 13. Se leía "ocho", en lugar de "once".

VIII

Una yegua alazana cabriola y se encabrita con una travesura juguetona e infantil de niña adolescente, elegante y bonita, enferma de disfuerzo, de jaqueca y de esplín.

Tiembla bajo su rubia dermis una infinita nerviosidad absurda, fugaz y señorial. Y un estremecimiento de coqueta le agita desordenadamente los rizos de la crin.

Esta yegua se encuentra casi civilizada. Vive plácidamente, cómoda y regalada; tiene ayuda de cámara, médico y *manicure*;

amor le han prohibido por ser cosa dañina; la intoxica el arsénico en vez de la morfina; y registra su estado civil el Jockey Club.

Línea 5. En el texto inicial, corregido por el autor, se leía: "Bajo de su epidermis pulula una infinita".

Línea 7. Corregido: "Caen sobre su frente, resignada y contrita".

Línea 8. Corregido: "los mechones intrusos de la coqueta crin".

Línea 12. Corregido: "le han prohibido que ame por ser cosa dañina".

IX

En la terraza ambulan nobles policromías con un poco de tedio, neurótico y pueril, y una toilette evoca en raras armonías las tintas de una lámina procaz del figurín.

Hay el color mojado de las calcomanías en este hiperestésico paisaje señoril, que repentinamente tiene melancolías, como si tú te hubieses cansado de reír. Yo he confiado mi suerte a un caballo mulato, que engríe con avena su austero celibato y que vive envidioso de su preparador.

Tienes que perdonarme que este grave problema me sustraiga un instante al romántico tema de pensar en que tú eres mi más pura ilusión...

Línea 2. Corregido. Decía: "neurastenia y esplín", en lugar de "neurótico y pueril".

Línea 3. Corregido. Decía: "y una toilette condensa en ocres sinfonías".

Línea 4. Corregido. Decía: "audaz", en lugar de "procaz".

Línea 7. Corregido. Decía: "sufre" en lugar de "tiene". Línea 14. Agregada la preposición "en".

Х

Cortesanas las flores reflejan tu sonrisa con caprichos de espejos cortados al bisel y en las hojas sinfónicas tu mirada se irisa, cromando de alegría y amor el parque inglés.

No hay una sola fuente que recoja tu risa en este enamorado y cautivo parterre, cuyo césped extiende una alfombra enfermiza para que tú le dejes las huellas de tus pies.

Tiene el jardín la misma geométrica elegancia de otro campo equilátero sin flores ni fragancia, donde ayer juguetearon tu risa y tu raquette.

Y de pronto interrumpe su gracia campesina, húmeda de bencina, la voz de la bocina procaz y sorpresiva del auto de alquiler.

Línea 1. En versión inicial, corregida por el autor, se leía: "Yo sueño que las flores semejan tu sonrisa".

Línea 3. Corregido el texto inicial: "y en las hojas sinfónicas".

Línea 6. Según el texto inicial: "en ese enamorado y cautivo parterre".

Línea 7. Corregido: "cuyo césped" en lugar de "donde el césped".

Línea 14. El texto definitivo de los tercetos denota el estudiado perfeccionamiento del trabajo poético efectuado por el autor.

En su forma inicial decían:

Este jardín que luce geométrica elegancia, a pesar de sus flores de amorosa fragancia, tiene fisonomía de campo de ajedrez.

Y sufre resignada su gracia campesina los procaces e intrusos gritos de la bocina del metropolitano automóvil coupé...

REFERENCIAS

1. Serie de sonetos alejandrinos. Fueron inicialmente publicados en el El Turf, bajo el seudónimo de "Jack"; y corregidos por el autor, fueron reproducidos en El Tiempo con el seudónimo de "Juan Croniqueur". En ambos casos, la serie se inició con el soneto V y concluyó con el soneto X.
Parecen haber tenido como antecedentes los Films de la tarde (I y II), pero no se ha hallado los que en en la serie debieron ser asignados con los números III y IV. Y en su última inserción cabe destacar dos hechos: fueron presentados como Emociones del Hipódromo, según aparecen en la presente compilación; y una nota editorial identificó a "Jack" con "Juan Croniqueur", subsanando así la confusión en que pudiera caer cualquier lector inadvertido ante la publicación de los sonetos con uno y otro seudónimos, en El Turf y El Tiempo, respectivamente. Leemos: "Con el seudónimo de Jack inició Juan Croniqueur la publicación de algunos sonetos snobistas sobre aspectos y emociones del hipódromo, creando así un nuevo género de poesía elegante".
Los sonetos de la serie son:

V. En El Turf, Nº 60, p. 19, Lima 28 de octubre de 1916. En El Tiempo, Lima 23 de enero de 1917. En Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 73. Y en Buelna, № 4-5, p. 31, México, 1 de marzo de 1980.

VI. En El Turf, Nº 60, p. 19, Lima 28 de octubre de 1916. En El Tiempo, Lima 27 de noviembre de 1916. Y nuevamente en El Turf, Nº 69, p. 19, Lima 28 de abril de 1917.

VII. En *El Tiempo*, Lima 27 de noviembre de 1916. Y en *El Turf*, N° 61, p. 23, Lima 4 de noviembre de 1917. **VIII.** En *El Turf*, N° 61, p. 23, Lima 4 de noviembre de 1916. Y nuevamente en *El Turf*, N° 69, p. 19, Lima 28 de abril

IX. En El Turf, Nº 63, p. 18 Lima 18 de diciembre de 1916. Y El Tiempo, Lima 20 de diciembre de 1916.

X. En *El Turf*, N° 63, p. 18 Lima 18 de diciembre de 1916. Y *El Tiempo*, Lima 23 de enero de 1917.

Cabe advertir que las bibliografías de Guillermo Rouillón y Eugenio Chang-Rodríguez no son exactas, ni completas, en cuanto atañe a las publicaciones de los referidos sonetos.

1.10.

A Tórtola Valencia, Plegaria Nostálgica, Ditirambo Elegante, Tu no eres Anacrónica

José Carlos Mariátegui

A TÓRTOLA VALENCIA¹

Valdelomar: Tórtola Valencia: tu cuerpo en cadencia

de un gran vaso griego parece surgir,

Hidalgo: y tu alma como una magnífica esencia

embriaga a la mía cual un elixir.

Mariátegui: ¿Ha sido un milagro nuevo de la Ciencia

que ha animado un noble vestigio de Ofir?

Valdelomar: Tú eres el milagro, Tórtola Valencia,

mármol, vaso griego, Tanagra, zafir.

Hidalgo: La América ruda de quechuas salvajes,

con voz te saluda de bravos boscajes,

Mariátegui: y su voz es canto, rugido, oración.

Y en la selva virgen de este continente,

Valdelomar: eres bayadera venida de Oriente

cual los Reyes Magos de la tradición.

PLEGARIA NOSTÁLGICA²

Padre Nuestro que estás en los cielos, Padre Nuestro que estás en la harina de la hostia candeal y divina que es el pan de los santos anhelos.

Soy enfermo de locos desvelos

y en mi espíritu vago declina el amor de tu dulce doctrina, padre nuestro que estás en los cielos.

Está lejos de mí la fragancia de la mística fe de mi infancia que guardaba con blanco cariño.

Siento el hondo dolor de la duda y solloza mi cántiga muda por el don de volver a ser niño...

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

(Juan Croniqueur)
Lima, MCMXVI.

DITIRAMBO ELEGANTE³

El automóvil sabe tornarte más hermosa. No es tan fosco este siglo, señorita. El Progreso quiere ser cortesano con las damas. Un beso pone todas las tardes en tu mano mimosa.

Yo siento que pareces a veces una cosa del Progreso. Y me engaño: eres de carne y hueso. Tu modista y también tu *boudoir* tienen preso el secreto de hacerte graciosa y vaporosa.

Eres nerviosa, flaca, elegante e inquieta, tu sonrisa es muy sabia. ¿Quién te enseñó, coqueta, a sonreír? Tus ojos ven cual dos astrolabios

el cielo. Sus vigilias las dicen tus rituales ojeras. Y yo sueño -[sueños sentimentales!que saben a carmín y a sonrisa tus labios.

TÚ NO ERES ANACRÓNICA...4

Musa de carne y hueso (así hablaba el poeta que amó a su pobrecita Margarita Gautier), eres en este siglo, señorita biznieta del siglo de las blancas pelucas y el minué.

Tú no evocas la corte de María Antonieta, ni rima una pavana tu delicado pie, ni te ama un paje rubio, ni ha habido una secreta estocada que mate por tu amor y tu fe.

No eres princesa, dama de brial, ni castellana, ni eres hada de Oriente, ni eres diosa pagana, ni te ha cantado un loco trovero provenzal. Mi siglo te ha forjado muy suya, muy bonita, muy metropolitana. Y sólo "señorita" te ha dicho esta mañana la crónica social.

REFERENCIAS

- Publicado en El Tiempo, Lima, 21 de diciembre de 1916. En La Nación, Lima, 12 de enero de 1917.
 En Hombres y bestias (bocetos críticos), por Alberto Hidalgo (Lima, 1918), pp. 178-179. Y en Valdelomar o La belle epoque, por Luis Alberto Sánchez (México, 1969), pp. 207-208.
 Soneto alejandrino escrito por Abraham Valdelomar, Alberto Hidalgo y José Carlos Mariátegui, según una "distribución de trabajo" que se indica en el texto.
- Publicado en Renacimiento, № 6, p. 225, Guayaquil, 1916.
 Al pie del texto se advierte: "Estos y otros versos los escribió Juan Croniqueur en el Convento de los Descalzos donde hizo durante tres días de vida mística; y formarán parte de su libro *Tristeza*".
- 3. Publicado en El Tiempo, Lima, 31 de enero de 1917.
- Publicado en El Tiempo, Lima, 31 de enero de 1917.
 En Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 75. Y en Poética e Ideología en José Carlos Mariátegui, por Eugenio Chang-Rodríguez (Madrid, 1983), p. 72.

Hoy, Tea, Vermouth

José Carlos Mariátegui

HOY¹

Hoy estás más bonita que ayer, acaso por la ternura infinita de una carta de amor.

Vas como a una cita a la misa mayor de la Virgen bendita o de Nuestro Señor.

Te has mirado en la esfera de tu reloj pulsera y te has sentido igual.

Y tu elegante torso ha ensayado un escorzo de soslayo a un cristal.

${\sf TEA}^2$

Tu sonrisa traviesa se miró en el plaqué de la tetera obesa y en la taza de té.

La música vienesa aletargó al *Palais*.

Rimé de sobremesa un verso sin porqué.

Soñé en la tontería de una galantería bella y sentimental.

Te busqué en un espejo y un milagro complejo me hizo sentirte dual.

VERMOUTH³

Delante de la mía estaba tu luneta. A veces se volvía tu cabecita inquieta.

Y luego yo sentía

-una obsesión de estetaque reía en la fría
boca de una peineta.

Tu abanico hizo viento y me besó tu aliento sin que supieras tú.

Eran las siete y media, una alegre comedia y la tanda *vermouth*.

REFERENCIAS

- 1. Publicado en El Tiempo, Lima, 7 de febrero de 1917. Y en Sudamérica, Año 1, Nº 6, Lima, 26 de enero de 1918.
- 2. Publicado en *El Tiempo*, Lima, 7 de febrero de 1917. Y en Sudam'erica, $A\~no$ 1, N^o 6, Lima, 26 de enero de 1918.
- 3. Publicado en El Tiempo, Lima, 7 de febrero de 1917. Y en Sudamérica, Año 1, Nº 6, Lima, 26 de enero de 1918.



Conjunto de fotografías de Tórtola Valencia dedicadas a Juan Croniqueur (José Carlos Mariátegui) (1918). Fotografía, 23.4 x 32 cm. Archivo José Carlos Mariátegui

La artista Tórtola Valencia

Título Conjunto de fotografías de Tórtola Valencia dedicadas a Juan Croniqueur (José Carlos

Mariátegui)

Creador Anónimo

Año 1918

Dimensiones 23.4 x 32 cm

Medio Lámina fotográfica

Localización Archivo José Carlos Mariátegui



Leonidas Yerovi (c.1916). Archivo Fotográfico Servais Thissen

Fotografía de Leonidas Yerovi con autógrafa

Título	Leonidas Yerovi
Creador	Anónimo
Año	c.1916
Medio	Fotografía
Formato	Digital
Localización	Archivo Fotográfico Servais Thissen

Oración al espíritu inmortal de Leonidas Yerovi

José Carlos Mariátegui

ORACIÓN AL ESPÍRITU INMORTAL DE LEONIDAS YEROVI

Por la señal de la Santa Cruz

Yo, hermano tuyo en la risa y en el dolor, en la fe y en la duda, en el esfuerzo y en el ensueño, en la abulia y en la voluntad, en el amor y en el egoísmo, en el sentimiento y en la idea, en lo divino y en lo humano, te invoco Yerovi en esta hora angustiosa y te conjuro para que oigas mi voz.

Te hablo, Yerovi, en la estancia de la casa de La Prensa en que han hecho tu capilla ardiente, en la misma estancia que tantas veces amparó nuestro coloquio y que ahora ampara mi oración.

Yace tu cuerpo, exangüe, frío y herido, entre muchos cirios y entre muchas flores, ante mis ojos que han llorado por ti.

Tu cuerpo está más lívido que los cirios, Yerovi. Y las flores son trémulas e ingenuas como mi oración.

Acaso recuerdan que tú las amaste mucho y que las pusiste a los pies de todas tus bienamadas.

Poeta, aedo, bardo, lírida, rapsodista, abate, trovador!

Te invoco, Yerovi, con la voz de los psalmos de David, con la voz de las alabanzas de Salomón, con la voz de todos los sumos sacerdotes y de todos los sumos cantores de la humanidad.

Yo era un niño cuando ya tú eras grande.

Y yo supe comprender tu emoción, avizorar tu ensueño, amar tu ideal, sentir tu ironía, entender tu espíritu.

Te admiré en el verso musical, en la frase inteligente, en la observación sutil, en el comentario satírico.

Y te admiré más, mucho más, en la riqueza de tu acervo sentimental y de tu ideología caprichosa y noble.

Mi espíritu y el tuyo no llegaron a la afinidad, pero se encontraron siempre en la comprensión.

Y los dos se burlaron aciduladamente de la vida en todas las horas en que coincidimos en el brindis que fue siempre en nosotros una sonrisa.

Jamás nos abrazamos y por eso jamás pudimos hacernos traición.

Ayer, tú y yo nos encontramos como todos los días a media noche.

La Luna, Madama la Luna como dijiste tú, estaba en el cielo.

Y no nos acercamos.

Ni yo fui a ti, ni tú viniste a mí.

Tan sólo nos dijimos:

IAdiós Yerovi!

IAdiós Mariátegui!

Y hoy encuentro tu cuerpo exangüe, helado y herido en el pecho como el de Nuestro Señor Jesucristo.

[Poeta, aedo, bardo, lírida, rapsodista, abate, trovador!

Los demás hombres te aman en el recuerdo de tu obra, yo en el recuerdo de tu espíritu.

Tu obra apenas si tiene asido uno que otro detalle de tu espíritu, invocado por mí en este instante, en la misma estancia que tantas veces amparó nuestro coloquio.

La muerte ha ahogado tu última sonrisa.

Yo no estoy seguro de que tu espíritu ha entrado en el misterio con una sonrisa en los labios, mientras en tu cuerpo una mano ha quedado apretando el corazón.

Tu sonrisa era el antifaz de seda de tu corazón y tú, que eras un avaro de tu corazón, eras, generoso y magnífico, un pródigo de tu sonrisa.

Así te he sentido y así te he admirado.

Has tenido perennemente la majestad orgullosa de hacer tuyo, solamente tuyo, tu dolor.

Muy pocas veces lloraste ante las miradas ajenas, y cuando lloraste sentiste siempre que habías hecho claudicación y pecado mortal.

Tu tristeza fue silenciosa, como debe ser en los espíritus grandes que no quieren la tristeza en la tierra.

Poeta, aedo, bardo, lírida, rapsodista, abate, trovador!

Quiero invocarte colocando mi mano sobre tu corazón, pero me arrepiento enseguida porque tu corazón no late ya y yo le tengo miedo a tu corazón muerto.

Tú habías consentido que tu corazón fuese más grande que tu cerebro.

Me encomiendo a ti para que yo no lo haga jamás.

Y te ruego también que siempre que diga una queja o una tristeza, diga luego mi contrición.

Los hombres debemos sentirnos eternamente muy solos y muy avaros en el dolor.

Y yo te invoco, espíritu gentil y bienamado, para que después de esta lamentación vuelva a mi semblante la sonrisa y con ella mi último saludo a tu cuerpo exangüe y helado, que está más lívido que los cirios y que está herido en el pecho como el de Nuestro Señor Jesucristo.

Así sea.

REFERENCIAS

En El Tiempo, Lima, 17 de febrero de 1917 y en la La Prensa, Lima, 21 de febrero de 1917.
 En las Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 11-15. Y en Reconstrucción de Mariátegui por Mario Castro Arenas (Lima, 1985), pp. 21-23.

Elogio – Una tarde Carreras

José Carlos Mariátegui

ELOGIO¹

Este arbitrario y triste peregrino, porque vos lo queréis, quiere loaros, y deja su nirvana por cantaros y hace alto por vos en su camino.

Quiere que su canción tenga un divino y milagroso don de simularos –escalinata azul de arpegios claros–la matinal salutación de un trino.

Y os ensueña heroína de una hermosa leyenda en que arde la maravillosa lámpara de Aladino.

Y, en un lírico ensueño, la cautiva princesa que sois vos, sale a una ojiva de su palacio para oír el trino...

UNA TARDE DE CARRERAS²

Fue así la tarde del domingo. Yo me hice llevar en automóvil. Bruma. Tarros. Jaquets. Llevé una buena suma. (Así diría Jack el del *paddock*).

La carrera primera. Una fija es La Negra dicen todos y resulta la fija y la carrera, y hace hablar a Castelli por los codos.

(El comisario Péndola conversa con el señor Conroy. Una risa. Un comento. Una perversa mirada a Cáter. Displicente estoy).

La carrera segunda. La ocurrencia insólita en Tirolo de ganar fue para el "Ocurrencia" complacencia que nunca ha de olvidar Costa que ya perdía la paciencia.

(Boletos arrugados. Master Flirt ha burlado otra vez mil esperanzas. Y me ha hecho perder. Apuestas. Datos. Cuchicheos. Chanzas).

La tercera carrera. Ha sido un trote para el potrillo Llano que se afila y se destaca como crack de un lote. Castelli, triunfador, se refocila.

(El señor Orellana está inquietante.

Mil preguntas. Relinchos de Wilful.

Pasa Jena. Sigamos adelante.

Bellido luce una corbata azul.

Lo de azul es cuestión de la consonante).

Gana Jena esforzada. Hace aspavientos -como diría Jack-, el señor Orellana. Y a los vientos pregona que su yegua es una crack.

(Una pizarra. Otra pizarra. Luza anota un dividendo. Grupo elegante. Una silueta rusa: Walter Buse que va palideciendo).

Penúltima carrera. La revancha ha sido para Febo esta carrera. Alborozo en la cancha. Un temor: ¿está exhausta mi cartera?

(Bostezamos. Abril y de Vivero inquiere un batacazo. Yo le doy un abrazo zalamero).

La postrera carrera. La partida demora mucho rato.

Nadie ve esta carrera. Una caída. Un jockey paga el pato.

Cobran los que han ganado: Pero Grullo Latigazos. La tarde ha terminado. Mece como un arrullo un rumor fatigado.

Las 6 y 30. En su birloche pasa Buse sombrío. Es la hora del *thé*. Rueda mi coche. Me saluda un ciclista. Y hace frío...

KENDALIF

En El Turf, Año III, N.º 39, Lima, 27-V-1916.

REFERENCIAS

- 1. En Revista Diplomática Peruana, Año 5, Nº 36, p.15. Lima, 2 de abril de 1972. Inédito. Fue escrito "en el álbum de la distinguida dama Dorlisca Jiménez de Pérez Cánepa", madre de Carlos Pérez Cánepa, el periodista que dirigió la revista Lulú; y por lo tanto cabe inferir que data de 1915 o principios de 1916. Su versión tipográfica aparece al pie del facsímil del manuscrito original.
- 2. En El Turf, Año 3, Nº 39, pp. 17-18, Lima, 27 de mayo de 1916.

Al margen de un debate

José Carlos Mariátegui

AL MARGEN DE UN DEBATE¹

(Crónica modernista)
El punto de partida
de esta grave cuestión
de las partidas fue una enardecida
discusión.

Los hípicos versados, penetrados de la evolución que en tan grave cuestión tiene la ciencia, pensaron y opinaron a conciencia que el mejor de los métodos empleados era el método inglés.

Hablaron los turfistas periodistas y se ensayó el tal método después. [Qué notable sistema! Los cronistas lo elogiaron gozosos. Y Bellido se sintió convencido en un dos por tres. (IOh espontaneidad de mi lucido verso! [Cuánta fluidez!)

Pasó una temporada y la siguiente fue como la pasada.

Era la misma gente. El mismo ambiente.

Y era el mismo sistema de largada.

El secretario
defendía a porfía todo el día
con celo extraordinario
el método sajón del cual decía
que era el que a nuestro medio convenía.
(Prosigue, musa mía)

IOh el starting gate! IOh el birloche del gentleman starter! IOh el negrito, negro como la noche, que a una señal de aquél lanzaba un grito y alzaba una bandera!

IOh las huinchas! IOh el orden! ILa severa mirada del señor juez de partida que hacía principiar cada carrera ante la inmensa masa conmovida! (IOh épica entonación estremecida!)
Reaccionaron las gentes y sonaron vehementes frases y gritos revolucionarios y hablose en términos inconvenientes

en los diarios acerca del sistema de largadas. Y el señor Mariátegui, Foción dejó a todas las gentes espantadas con su ilustración en la cuestión. Y triunfó la reacción. Mr. Guthrie. Partidas sobre andando. Carrousel.

Innovación. Aplausos. Y elogiando el sistema a la hora del cocktail, toda la gente de carreras. ICuándo fueron superiores las partidas! ICuándo deliró la gente como ante Mr. Guthrie displicente como sienta a los lores!

Tener a los caballos a doscientos metros y hacerlos avanzar iguales y si no se igualaban por momentos en que los observaban los cristales del míster, caminar otros doscientos metros y hacerlos avanzar iguales!

IMétodos ideales!

Y más tarde el fracaso. Y otra vez el sistema inglés

y otra vez el *starting* empleado por un cumplido starter empeñado en largar el tropel *sobre parado*.

Entre ensayo y ensayo pasan las temporadas.Todavía volveremos tal vez al mes de mayo y no sabremos qué nos convendría.

Y no es justo, señores, que la vida pase de esta manera y por ser de partidas la encendida cuestión tan debatida no avancemos jamás en la carrera y volvamos al punto de partida.

KENDALIF

REFERENCIAS

1. En *El Turf*, N° 40, pp. 15-16, Lima, 3 de junio de 1916.

Loa a Febo

José Carlos Mariátegui

LOA A FEBO¹

(Ditirambo modernista) Eres el caballo coloso; eres el supremo ejemplar del haras Vilcahuaura; eres el orgullo de la nacionalidad; eres en el Oasis el más noble pur sang; y eres en este instante el discutido crack. Eres músculo, eres nervio, eres pujanza, eres acción, eres fuerza, eres gloria, eres trabajo, eres un gladiador. De hipogeos, de luchas y olimpiadas traes la vocación, y hay un caballo como tú, glorioso entre los que halan el carro del Sol. Acaso en tal cuadriga mitológica un tu antepasado galopó, y por dejar tu estirpe a la tierra fugó.

IOh, tu galope raudo!
IOh, la distensión
de tus bíceps, que acaso envidiaría
Willard, héroe del box!
IOh, tus crines castañas,
que tienen una brava rebelión cuando

hieren tus flancos las espuelas y el látigo del boy, que estimula tu esfuerzo y que te jinetea vencedor!

¿Fue acaso en un ensueño de Bellido donde un día tú eras en el Olimpo comparado con un cualquier Wilful? Descendías loh caballo! de Bellido: él ignora aún lo grande de tu alma, y de tu gloria la magnitud.

¿Ha nacido el poeta que te aclame en épica canción? ¿El que diga tu gloria y cante un himno vigoroso y magnífico en tu loor? ¿Es acaso D'Anunnzio el italiano que tiene un ojo malo por meterse a aviador? ¿Es Walt Whitman el yanqui? No; eres peruano, Febo, y Yanquilandia quiere echarle la zarpa a tu nación. Y Mac Adoo nos hizo una perrada cuando vino de tránsito a Nueva York. ¿Es Chocano el glorioso, tu cantor? ¿O es el nebuloso José Eguren? ¿O es José Fiansón? ¿O es el Conde de Lemos? ¿O es Ascanio? ¿Vallecito, venido de London? ¿O es Hernán Bellido, el gran poeta con facha de campeón, que juega a la raqueta y es alférez? (¿Protestas tú? IOh, oh!) ¿Es el desconcertante arequipeño Rodríguez, el de la honda entonación? ¿Es Abril? ¿Es Mariátegui? ¿Es Antuco? ¿Es Zapata el que debe rimar en tu loor? Yo sólo sé, magnífico caballo, Ique no soy yo!

Suena el timbre. Te monta un mercenario. Ha llegado la hora de tu glorificación. Las gentes se agrupan a tu paso en el *paddock* y te miran, magnífico caballo, con veneración.

Otro potro, traído de Santiago por mercantil virtud de importación, va a disputarte el triunfo.

1.15. Loa a Febo 47

IPobrecito! IMíralo sin rencor!
Suben y bajan las pizarras.
Llega la última cotización.
Mi amigo Enrique Cáter en birloche
va a lanzarte hacia el triunfo, Ivencedor!
Y desde la alta tribuna te contempla
Mariátegui, Foción.
IQué te importa el severo handicapper,
que pone una vil carga en tus lomos de campeón!
IVan a arriar la bandera colorada,
todo vibra en tu honor!
(Y yo he escrito las hojas necesarias
para cobrar mi colaboración).
Mas ¿qué te importa, Febo? IAsí es la vida!
ITodo sea en tu loor!

KENDELIZ CADET

REFERENCIAS

1. En *El Turf*, Nº 41, pp. 1-2, Lima, 10 de junio de 1916.

Una mañana de aprontes contada por Kendalif

José Carlos Mariátegui

UNA MAÑANA DE APRONTES CONTADA POR KENDALIF¹

A las 6 p.m. suena el timbre de mi despertador. Abro los ojos. Miro. Hay una urdimbre de penumbra y de frío en mi redor.

Me desperezo.

Medito con tristeza en el impío rigor de la estación. Largo bostezo. Fastidio. Somnolencia. Calofrío. Me levanto, me aseo, me acicalo.

Salgo a la calle. Voy
en busca de algún auto, bueno o malo.
(El Turf me paga el automóvil hoy)
Cruzo el jirón de la Unión de prisa;
Luego la plaza de la Exposición,
(Un cachaco malsín monopoliza
a una criada del Paseo Colón.)
Así llego al Hipódromo. En la entrada,
un guarda niega el paso a mi automóvil.
Desciendo. Pago. Avanzo con pausada
tranquilidad. El guarda queda inmóvil
(Ha de quedar inmóvil por un móvil de la versada).
Junto a la pista de trabajo, hay gente
que murmura, que ríe y que discurre,

y que toma los tiempos formalmente. (Puesto entre aquesta gente Jack se aburre).

El señor Checa viste americana.
El señor Orellana viste kaki
(Kaki hecho traer de Nagasaki
para el señor Orellana).
El señor Walter Buse se arrebuja dentro de un paletó.

Y mira el señor Costa la burbuja de su quimera difumarse en gró. (Esta difumación y esta burbuja son cosas que Zapata me dictó).

Trescientos en 18! Setecientos en cuarenta! La vuelta al galopón! (En los soñolientos ojos de un dueño brilla la ilusión) ¿Qué yegua malandrina y desmedrada y de color de estopa es esta que galopa ¿Y ésta otra meliflua y afinada? ¿Y este caballo chico con aspecto de felón? ¿Y éste de orejas cortas, cuello erecto, capa nueva, mirar de percherón? ¿Y éste que entra y sale? ¿Y éste que da tres vueltas a la pista? ¿Y éste que nada vale? ¿Se acuerdan de alarmista?

IOh Jena insuperable! IJena mía!

-exclama el propietario del Bend'OrY en pago, se diría,
Jena apronta de modo superior.

Darío Vial
celebra confidencias con Fradique,
con el temor de que se porte mal
y que su ilusión se vaya a pique.
Castelli, colorado, interjecciona.
Pianezzi, gravemente, se sonríe.
Un comento de Soto que emociona.
—Remedio para el frío que nos fríe:
un pisco puro y un hangar de lona.
(Todo el mundo se ríe)
Las 9 p.m. Los aprontes,
han llegado a su fin.
Zapata ha hallado nuevos horizontes
para ganar la polla. Siento esplín.
Un iluso medita en la eficacia

del cálculo aplicado a las carreras.

La vuelta a la ciudad no me hace gracia. (Y Haydée sufre neurosis pasajeras)

Avenida. Desfile. Hay un rugido en los jardines de la Exposición.
Y habla Zapata López, convencido:
-Œs el león!
El urbano. Una espera.

Tan-tan!
La espera a poco más nos desespera.
Me miran un pollino y un patán...

KENDALIF

REFERENCIAS

1. En *El Turf*, Nº 42, pp. 25-26, Lima, 17 de junio de 1916.

Una tarde de carreras, deseada por Kendalif

José Carlos Mariátegui

UNA TARDE DE CARRERAS, DESEADA POR KENDALIF¹

A las dos de la tarde, con el alma sumisa abandonar la mesa. (Haber oído misa) Pulirse y salir luego, caminando sin prisa.

Estar bienhumorado, desdeñar el birloche de un amigo que pasa y preferir un coche. Ir plácido y risueño como el doctor Moloche.

No mirar el programa; confiar en el destino; tejer un complicado ensueño tardecino. (que el ensueño no sea más largo que el camino).

Olvidar los defectos de la innoble calzada y a cada innoble bache quitarle la mirada. Llegar al hipódromo sin reparar en nada.

Haber llegado a tiempo para apostar dos barras a algún caballo *outsider* que indiquen las pizarras. (Que Bellido nos cuente una historia de marras).

Ganar un batacazo
en la primera carrera
y acertar en la polla
la carrera primera.
Hablar bien del starter y
disculpar la espera.
Acertar la segunda;
mostrarse indiferente.
Ver pasar una dama
con aire displicente
y luego que ha pasado
contemplarla sonriente.

Acertar la tercera, y la cuarta y la quinta. (Como Zapata López, pensar que se despinta el óleo de la tarde en su más rara tinta).

(Si alguno nos pregunta: -¿Quién ganará la polla'?, decirle de este modo: -□Que lo averigüe Moya!)

Haber multiplicado nuestros billetes, pero rehuir por buen tono mostrarse placentero, aunque nos rodease ambiente zalamero.

Perder sólo la sexta, porque no es de buen gusto ganar toda la tarde. Hallar a Febo, adusto, reticente a Miss Ketty y a Wilful con disgusto.

Referir una rara teoría sobre el juego a un grupo que ha perdido, y desdeñar el ruego de llevarnos en auto. Tomar un coche luego.

Saludar a una dama aristócrata que pasa. Con un amigo, pedir *thé* en el Palé Y verse en la espejeante tetera de plaqué.

Pagar al terminar; darle propina al mozo: y escuchar a un amigo, que nos dice gozoso: -[Has ganado la polla!-, sin mostrar alborozo...

KENDALIF

REFERENCIAS

1. En *El Turf*, N° 43, pp. 9-10, Lima, 24 de junio de 1916.

Al margen de la polla – Recetas eficaces de Kendalif – Para ganar un Batacazo

José Carlos Mariátegui

AL MARGEN DE LA POLLA¹

El pobre Zabulón hace ya un año que persigue la polla, y sueña con la polla, y sufre siempre un desengaño el pobre Zabulón.

Una vez Zabulón hubo acertado como nadie en propicia reunión, pero fue por desdicha retirado un caballo del pobre Zabulón.

El pobre Zabulón con el programa sueña el lunes y el martes. La ocasión de su triunfo no llega, y ya se escama el pobre Zabulón.

En su hogar –Zabulón está casado– se circunscribe su conversación a caballos y aprontes que ha anotado el pobre Zabulón.

Zabulón ha inculcado en sus pequeños, desde su edad más tierna, la afición que motiva los máximos empeños del pobre Zabulón.

Y dice a su mujer el fausto día en que sale el programa: Œncarnación! Œsta vez sin cuestión la polla es mía! Y señala seis fijas Zabulón.

La anterior temporada, malhadada fue para nuestro amigo Zabulón, pues cierta vez tuvo acertada predicción;

pero por su inquietud, un favorito cambió por el impávido. Ocasión, y triunfó el favorito al *galopito* y se escapó la polla a Zabulón.

Y en la actual temporada, ya ha ganado tres placés por fallarle la sexta predicción, cuando creía al fin recompensada su gran perseverancia Zabulón.

Zabulón morirá de pretendiente al triunfo, al cual aspira su ilusión. Y hay seguramente más de veinte aspirantes del tipo Zabulón.

En cambio, un gringo, que apuntó ignorante, un japonés, un perdulario, don N. N., una dama, un debutante, aciertan el pronóstico triunfante mientras llegan placé los Zabulón

KENDALIF

RECETAS EFICACES DE KENDALIF 2

Dedicado a Eduardo Zapata López, aficionado y poeta.

PARA GANAR LA POLLA

Ser humilde y devoto. Ser austero y contrito. No fumar en cachimba. Leer *El Turf* tempranito.

No andar por la calzada. Desdeñar el cinema. Y cuando hable Bellido

56 POESÍA

escucharle con flema.

Estudiar el programa a la hora de almorzar. Consultarle al mantel quién habrá de ganar.

Inscribirse en la tarde del jueves y después olvidar el programa y estudiarlo otra vez....

PARA GANAR UN BATACAZO

Como Reynaldo Luza dibujar al *crayón*. Para ver los aprontes gastar un madrugón. Pensar que es uno el que hace la vuelta al galopón.

Aborrecer a Jena, a Tirolo y pensar que Castelli en la tarde una habrá de acertar.

Averiguar un tiempo reservado y saber que éste es el sistema mejor para perder.

Jugar a cara y sello con un hermano chico cuál ha de ser el chuzo que debe hacernos ricos.

Apostar al que tenga trece o quince boletos. Pensar que los huairuros son buenos amuletos.

Y si el cálculo falla, que la dicha nos llene, olvidar la ocasión y esperar la que viene...

KENDALIF

REFERENCIAS

- 1. En *El Turf*, N° 44, pp. 19, Lima, 1 de julio de 1916.
- 2. En *El Turf*, Nº 45, pp. 21, Lima, 15 de julio de 1916.

58 POESÍA

1.19

Crónica del Paddock

José Carlos Mariátegui

CRÓNICA DEL PADDOCK¹

Domingo veintitrés. Santos Liborio y Apolinar. En "La Habanera" tengo un transitorio malestar. Llamo a un auto mestizo y regular. El viaje es rudo y breve. Fetidez de la humareda azul de la bencina. Un cachaco con cara de viudez, está parado y triste en una esquina meditando tal vez en la República china, en la humareda azul de la bencina, o en otras cosas de igual jaez. Sol de invierno. Domingo veintitrés. En la plaza de Zela, una zamba recela ante el paso tortuoso del carruaje. El chauffer y su paje, -tiene paje el chauffer de este carruaje-, se ríen de la zamba que recela. Un automóvil chico. Es el de Hebert Trou. Y, dentro mi automóvil, yo me explico la elegancia de un mueble de bambú cuando te sientas tú. En un balcón diatriba un vil perico. El hipódromo luego.

Trámite de porteros con gorrita. Castaños brinda cigarrillo y fuego a un su amigo que los necesita. La terraza. Es temprano. Hay poca gente. Y va a correrse la primera carrera. La suerte es inclemente. Ella nos hace una perrada artera. Razona Buse de gentil manera. La segunda carrera. Militares. Triunfa la yegua nacional Perdiz. Y hay bullicio y aplausos singulares en las tribunas de Santa Beatriz. Otra carrera. Favorita Haydée. Partida deplorable. "Es un rosario" dice un joven romántico que ve, a través de un boleto mercenario, la carrera. Castelli: "Mirá, che". Engañosas pizarras. Gente experta. Las cifras son felonas y taimadas. Un timbre da la alerta. Hay tumultos y voces apuradas, mientras está la ventanilla abierta. Old Chap! Old Chap! Cosaco sigue a Old Chap vencedor. El señor Orellana: "Es un bellaco" quien declara que Alino es superior. Sensacional carrera. Mil quinientos soles de apuesta. Vagas predicciones. Son muy activas las cotizaciones. Bellido hace alarmantes aspavientos. Vacas. Dudas. Más vacas. Decisiones. Frío trágico. Frío. Se ha ocultado el Sol. En la cantina, thé,pastas, menguado chisme, kola, bizcochos, Hernán Bellido, Mariátegui, Orellana, Zapata, López, Cater. Distinguido corrillo. "¿A ver quién gana?". Victoria de Orviador. Tengo un boleto. Lo cobraré otro día. Un chauffeur se me ofrece con respeto. Y yo accedo por pura cortesía. Parte el auto repleto.

JACK

REFERENCIAS

Hay un ambiente de melancolía...

60 POESÍA

^{1.} En El Turf, Nº 47, pp. 18, Lima, 28 de julio de 1916.

1.20.

Emociones Glaciales

José Carlos Mariátegui

EMOCIONES GLACIALES¹

(Mañana de aprontes)
El señor Bellido y el señor Bedoya
(Bedoya y Montjoi),
el señor Mariátegui y el señor Costa,
y el señor Conroy.

Mi amigo Kendalif, mi amigo Orellana, dueño del Bend'Or, los preparadores y los aprendices, y este servidor.

Somos concurrentes,en esta mañana de frío y de lluvia y de cerrazón, de un espectáculo gratuito y amable que ha de tener repercusión en una cotización llena de emoción.

Una yegua joven y rubia, versátil, apodada Haydée, pasa galopando y caracoleando en amplio *foulée*.
Su dueño la mira con confianza y fe, yo no sé por qué.

Otras que cotejan, sojo y solidaridad, hacen la vuelta al carrerón;

valetudinario y exhausto, Vanadium tiene la certeza de otro papelón.

Un potro argentino y ágil, apodado de este modo: Old Chap, da una vuelta a la pista con pretensiones de crack.

Y siguen otras yeguas y otros potros: pasa también el crack Wilful y, como escribiría Kendalif, está el cielo muy claro y muy azul.

El señor Bellido habla de modo exorbitante y hace chistes a granel.
Le rebate mi amigo Buse, si la memoria no me es infiel.

Mi cronógrafo anota tiempos sensacionales que me han de hacer ganar las próximas carreras, y también con la polla he de *arrunzar*. (El Tunante esta palabra acostumbra emplear).

A las ocho el desbande se inicia con presura. Castelli exclama "ché", y el señor Soto pide que atenúe su frío una taza de *thé*, y siente que tan lejos se halle el Palais Concert.

Jockeys cholitos, negros chiquitos de la traza del negrito Solís, formulan comentarios y tejen predicciones y juegan zapatero con granos de maíz.

He apuntado tiempos, notas y tapaditas, y otros datos de igual jaez, el programa me advierte que habrá siete carreras ly mis fijas son diez!

CYRANO III

REFERENCIAS

1. En El Turf, Nº 47, pp. 32-33, Lima, 28 de julio de 1916.

62 POESÍA

1.21

El reportaje de la Semana

José Carlos Mariátegui

EL REPORTAJE DE LA SEMANA¹

Interview a Peevish.- El crack del Junín es un crack

humilde.-

Modestia y bondad. – Peevish no hace "pose". – Peevish está muy bien educado.

Es en la cancha.
Es en la cancha de Santa Beatriz.
Día de aprontes. Matutino instante.
Dialogan con el héroe del Junín
Walter Buse, Mariátegui, Castelli
y el que abajo suscribe, Kendalif.
Se inició el reportaje amablemente.
Todo fue así.

Kendalif:

Peevish, crack del Junín, en reportearte y en dialogar contigo tengo honor.

Peevish:

Es para mí el honor, cronista ilustre y distinguido redactor de "El Turf".

Kendalif:

Tus maneras corteses me permiten saber que de Carreño eres lector.

Peevish:

¿Quién es Carreño, Kendalif? Lo ignoro.

Kendalif:

Pero tienes muy buena educación.

Peevish:

Esfuerzo de Castelli, amigo mío, que es buen maestro y buen preparador.

Kendalif:

¿Por qué tardíamente tus arrestos de *stayer* has demostrado? No hay razón para que solo ahora tú te impongas y evidencies tu mérito y tu valor.

Peevish:

Hay un refrán, amigo, que aconseja ser modesto.

Kendalif:

No tiene esa virtud de la modestia adictos actualmente.

Peevish:

Así opina el bellaco de Wilful, pero no yo, que soy caballo honesto, bien criado, discreto, afable y muy caballero.

Kendalif:

Es antigua tu crianza y no pareces a la moda tú.

Peevish:

Me place ser así.

Kendalif:

Han murmurado las gentes de ti, mucho.

Peevish:

Su actitud no me inquieta. Perdono sus palabras. En mi alma todo es paz y todo es luz.

Kendalif:

¿Qué opinas de Fugace?

Peevish:

No opino nada.

64 POESÍA

(El señor Buse dirige a Peevish una mirada violenta y pronuncia una interjección deshonesta).

Kendalif:

¿Qué opinas de Wilful?

Peevish:

Opino igual.

Kendalif:

¿Qué opinas de Miss Ketty?

Peevish:

Me reservo.

Kendalif:

¿Y de Febo?

Peevish:

Silencio mi pensar.

Todos son esforzados, distinguidos,

hidalgos, honra y prez de la pur sang.

Yo soy un pobre contendor apenas.

Kendalif: (a sus amigos presentes):

IY sin embargo Peevish es el crack!

KENDALIF

REFERENCIAS

1. En El Turf, Nº 50, pp. 24-25, Lima, 19 de agosto de 1916.

1.22

Con el reloj de Tiempo – La alameda de los descalzos

José Carlos Mariátegui

CON EL RELOJ DE TIEMPO¹

Suena el despertador en la mesita
-la mesita de nocheLa llamada me irrita.
Me levanto, me visto y tomo un coche.

El hipódromo. Frío. Somnolencia. Zapata López, Buse y Orellana. Propietarios. *Sportsmen*. Diligencia. Es brumosa y absurda la mañana.

Un programa en la mano. Un lápiz tinta.
La primera carrera. La segunda.
La tercera. La quinta.
Inquietud tremebunda.
Un tiempo. Y otro tiempo. Los ensayos son o no interesantes.
Hay corrillos parlantes,
de una locuacidad de papagayos.

- -Frou Frou corre ligera.-No ganará Frou Frou
- de ninguna manera.

-¿Qué sabes tú?

Enigma, Cubanita y Alma en Pena

aprontan felizmente.

–¿Se acuerda usted, Conroy, de Macarena?

¿También del batacazo?

- -Ciertamente.
- -¿Por qué Zapata López se ha teñido de tal manera el pelo?
 -Déjalo que medite en el "florido silencio" y en la "calma terciopelo"...

Old Chap es una flecha, una saeta. Garufa. La tordilla maravilla, Mignonette, está inquieta. Jena corre una milla.

¿Cobalto o Wilful? ¿Wilful o Cobalto?

-Cualquiera de los dos, amigo mío.

-IUn *match* sensacional!

Se dialoga alto

y mientras se dialoga, yo me río.

Total, Old Chap, la fija. Cubanita ha de ser inquietud para Orellana. Un bonito pronóstico, Rotita. Y son las 10 y 10 de la mañana...

KENDALIF

LA ALAMEDA DE LOS DESCALZOS*

De las fronteras el murmullo, de la fontana el arullo, el cristal del surtidor, la umbría de los jardines, los bulbules cantarinos que allí revuelan de amor;

La añoranza del pasado y del virrey historiado que nos dio una Pompadour, a quien sobre sus gregüescos hizo ensoñar versallescos jardines de oro y azur;

La liturgia de la ermita
"cenobita"
que está al fin, junto al convento
de recorte austero y rudo
donde se abriga el hambriento
y le dan pan al desnudo;

La beata solitaria

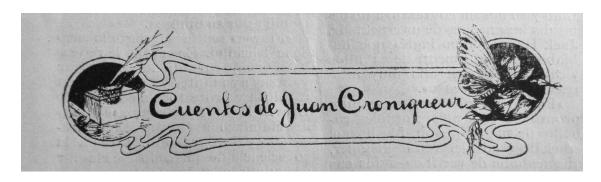
que va a decir su plegaria, las parejas amorosas que se dicen otras cosas, aquel lego y un pollino que han unido su destino, el granuja mataperro que trepa al cercano cerro....

Todo esto, amable y romántico, con la suavidad de un cántico que trae una evocación, reclama para esa reja esta queja, que se aleja, en alas de mi canción.

REFERENCIAS

1. En *El Turf*, Nº 66, pp. 49, Lima, 9 de diciembre de 1916.

68 POESÍA



Sección de la revista El Turf (c.1915) Archivo Fotográfico Servais Thissen.

Cuentos de Juan Croniqueur

Título Sección de la revista *El Turf*

Año c. 1915

Medio Recorte de prensa

Localización Archivo Fotográfico Servais Thissen



José Carlos Mariátegui junto a César Falcón y Félix del Valle en la playa La Punta, Callao, (c.1916). Fotografía, 9,4 x 8,5 cm. Archivo José Carlos Mariátegui

José Carlos Mariátegui en la playa de La Punta, Callao

Título José Carlos Mariátegui junto a César Falcón y Félix del Valle en la playa La Punta, Callao

CreadorAnónimoAñoc.1916MedioFotografía

Localización Archivo José Carlos Mariátegui

Cuento

2.1. Juan Manuel
2.2. Los Mendigos
2.3. Rudyard Ring, ganador 8
2.4. El Jockey Frank 84
2.5. Una tarde de sport
2.6. Amid Bey 9
2.7. La señora de Melba
2.8. El baile de las máscaras
2.9. El hombre que enamoró de Lily Gant
2.10 Fue una apuesta del <i>Five o'clock tea</i> 10
2.11. Historia de un caballo de carrera
2.12. Epistolario Frívolo
2.13. El jockey de Ruby
2.14. Jim, jockey de Willy
2.15. El príncipe Istar 129
216 Fl <i>Match</i> 133

2.17. La guerra que pasa	 135
ziiii za gaeira qae paea	.00

2.1

Juan Manuel

José Carlos Mariátegui

¹En aquel pueblo de San Luis, viejo, apacible y serenamente pintoresco, era Juan Manuel, desde hacía quince años, el médico.

Quince años antes, Juan Manuel terminaba sus estudios y, modesto y abúlico como era, acogió de muy buen grado el nombramiento de médico titular que algunos influyentes amigos le consiguieron.

Y habitó desde entonces en San Luis, sin que nada turbara su vida monótona e invariable, compartiendo su tiempo entre las visitas a sus enfermos, que degeneraban en familiar tertulia con los deudos del paciente, las charlas con el boticario que, gordo, bonachón y todo, era sin duda la persona más culta del pueblo, y la lectura de periódicos y libros de tan extrañas y revolucionarias teorías filosóficas, que escandalizaban al párroco e intrigaban al gobernador, incapaz de comprender teoría alguna, como casi todos los gobernadores.

Juan Manuel gustaba de vivir solitario. Le acompañaban únicamente una vieja de aquellas que tan bien estofan un pollo como preparan una cataplasma, vieja buena, aunque habladora, que hacía a la vez de ama de llaves, cocinera y zurcidora de medias, y un gato rojo, considerado por todos como un modelo de longevidad en este género de felinos. El ama se llamaba Ramona y Relámpago el gato, y eran los dos seres tranquilos, ordenados e inofensivos que se distinguían entre ellos sólo por la misteriosa tranquilidad del uno, mal avenida con su nombre desde luego, y la bulliciosa charlatanería de la otra.

Juan Manuel tenía un carácter raro. No era precisamente un misántropo, y ni siquiera llegaba a huraño. Frecuentaba las veladas de la casa del cura y de don Belisario Rodríguez, negociante en ganados, que gustaba del briscán, rocambor y juego de prendas. Don Belisario vivía con su esposa y un hijo, Andrés, que lo representaba en sus negocios, y tenía educándose en Lima a una hija, llamada Rosalía, a quien conoció Juan Manuel antes de que abandonara el pueblo y cuando no tenía más de diez años.

El médico estaba encariñado resueltamente con su libertad y temía al matrimonio, entre otras causas, por miedo a que la esposa utilizara en menesteres domésticos sus revistas científicas, echara al fuego los libros que escandalizaban al cura, y desordenara la mesa vasta y negra de su escritorio, que tenía cierto fúnebre carácter sin duda porque en ella escribía la casi totalidad de sus recetas. Para Juan

Manuel, una mujer estaría quizá demás en su casa, ya que no consideraba tal a doña Ramona, a quien íntimamente definía en un género de vertebrados, bastante extraño, pero más útil e inofensivo en su concepto. Seriamente, nunca pensó en la posibilidad de adquirir matrimonio, ni en que pudiese hacerle falta.

Pese a su afanoso anhelo de emborracharse en la lectura de libros tremendos y de perder toda credulidad, era Juan Manuel un hombre bueno y sencillo, que se santiguaba al bostezar, y hablaba con religioso respeto de Santa Rosa de Lima y San Antonio de Padua, a quien Ramona prendía todos los días una lámpara de aceite.

*** * ***

Juan Manuel fue despertado un día a media noche con urgencia inusitada. Un muchacho había ido a decirle que don Belisario se hallaba grave y le esperaba sin tardanza. Se vistió de prisa y salió a la calle sin perder segundo. Echó a andar, seguido por el muchacho, en demanda de la casa del ganadero. La luna derramaba su luz blanca sobre los tejados donde los gatos maullaban dolorosamente y los grillos decían el monorritmo interminable de su canción.

Don Belisario se moría sin remedio. Su casa estaba toda llena de gente y Juan Manuel hubo de abrirse, dificultosamente, paso para llegar hasta el lecho del paciente.

El diagnóstico fue comunicado solo a Andrés, el hijo de don Belisario. No había esperanzas. El viejo industrial se moría, entre la consternada desolación de los suyos, y las lamentaciones bulliciosas de las gentes del pueblo que llenaban la casa, más por veletería que por condolencia.

Don Belisario dijo a su mujer su último deseo. Quería ver a su hija antes de morir. Quería verla. Y Rosalía fue llamada por telégrafo, enseguida.

• • •

Muy pocos días después Rosalía llegaba al pueblo. Era joven, buena y lozanamente hermosa. Y tenía el solo defecto de haberse habituado mucho a la vida de la ciudad y de encontrar desesperante la monotonía de San Luis.

Al verla, el médico se sintió por primera vez un poco conmovido, sin que atinara a explicarse por qué.

Aquel día olvidó la lectura de sus libros revolucionarios y se durmió pensando en la tristeza de su vida sin recompensa y sin cariño.

• • •

Juan Manuel se había despertado muy temprano, tan temprano que la vieja y el gato, con ser madrugadores por excelencia, dormían tranquilamente.

El médico salió al jardincillo que hacía entrada a la casa y por primera vez reparó en la mal cuidada almáciga de trinitarias que ponía en un trecho su nota de color y poesía. Antes nunca le habían preocupado las flores. Y esta vez, la primera, Juan Manuel sintió que eran bellas y se hizo el propósito de cuidarlas.

Una matita muy pequeña perecía entre el exuberante florecimiento de las demás. Juan Manuel sintió pena por ella, y, con solicitud cariñosa, la trasplantó a un tiesto. Y también, por primera vez, creyó haber hecho una obra buena en su vida.

*** * ***

Don Belisario se murió como estaba previsto. Toda la casa se llenó de gente y Rosalía, pálida y enlutada, recibió las condolencias de las personas del pueblo. Primero el cura, luego el boticario, después el médico. Juan Manuel tendió la mano a Rosalía y se estremeció al contacto de la suya, pequeña y carnosa.

Varios días después Juan Manuel volvió a casa de Rosalía. La viuda había ido con Andrés al cementerio. Rosalía estaba sola. Entre los dos medió un silencio embarazoso por largo tiempo. Juan Manuel fue el primero en hablar y sus palabras temblaron acariciadoras y entrecortadas...

Gradualmente, el diálogo se animaba y crecía. Juan Manuel y Rosalía se hicieron confidencias del pasado y dedicaron una cariñosa frase a cada recuerdo.

Por una ventana, entreabierta, penetraba un haz de luz que atenuaba la penumbra de la sala. La ventana enmarcaba un trozo florecido del valle, en medio del cual serpenteaba el camino. Todo en el paisaje contrastaba con la fúnebre tristeza de la estancia. Se diría un himno mudo al amor y a la vida.

*** * ***

Era el crepúsculo cuando Juan Manuel volvió a su casa. Antes de entrar, el médico acarició con solicitud mimosa la plantita recién trasplantada. Retoñaba lozana y entre las hojas tiernas y verdes se hinchaban los primeros botones.

REFERENCIAS

 En La Prensa, Lima, 1 de agosto de 1914. Y en las Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 58-64.

2.1. Juan Manuel 77

Los Mendigos

José Carlos Mariátequi

¹En las gradas del atrio de esta iglesia, se diseminaban mugrientos y callados los mendigos. Hablaban unos baja y entrecortadamente; contaba otro con sus manos secas y ganchudas las monedas recogidas en el día; dormía el de más allá y, de su garganta, se escapaba un ronquido de cansancio y de miseria; decía aquél su súplica monótona y triste, en espera de que alguien penetrara al templo a esas horas solitarias.

Acurrucados en un rincón hablaban Paco y Antonio. Antonio era ciego y era joven. Tenía cerrados y hundidos los ojos. A ratos brotaban de ellos las lágrimas y se entreabrían entonces mostrando las cuencas horriblemente vacías. Paco era tullido y jorobado. Sus piernas enanas e inmóviles lo obligaban a arrastrarse en una carretilla de minúsculas ruedas.

Hablaba Antonio y había en su voz un tono doloroso de confidencia. Ayer no más era feliz y fuerte. Trabajaba para ganar su subsistencia y amaba. Tenía una novia buena y hermosa que lo esperaba todas las noches tras de la ventana de su casa. El dolor del recuerdo le enmudecía un instante.

Un día cualquiera sobrevino el fatal accidente que le dejó ciego para siempre. Y desde entonces pedía limosna para no morirse de hambre.

Paco escuchaba silencioso.

Antonio buscó en sus bolsillos y extrajo de ellos un medallón de metal, pequeño y sucio. Estaba allí el retrato de su novia. Y era su única fortuna. Con él se sentía un poco feliz todavía. Y aunque era ciego, gozaba con colocarse en las manos el pequeño retrato y hacerse la ilusión de que contemplaba la imagen de la amada de sus días dichosos. Y lo besaba muchas veces con ansia febril.

Paco examinó el retrato con ojos inquisidores y hurgones, lo miró por todos lados y lo devolvió enseguida al ciego.

*** * ***

Paco no era bueno. Tenía el espíritu envenenado por la desgracia. Y sentía un placer perverso cuando podía hacer algún daño. En sus ojos relucía una mirada de maldad.

Un día ató de las patas a un perrito y lo puso en la línea del tranvía. Y desde la acera, muy pegado contra el suelo para no perder detalle del espectáculo, esperó que el carro pasara y destrozara el cuerpo del can. Paco sintió entonces un calofrío extraño de placer.

Los ciegos lo odiaban. Recordaban que muchas veces Paco, aprovechando un descuido, les había arrebatado el bastón y había huido rápidamente, arrastrándose en su carretilla. Paco gozaba ante la rabia de los ciegos, impotentes para seguirlo.

Los ojos de Paco decían toda su degeneración. Era de una voluptuosidad extremada. Sentía la más violenta y extraña de las sensaciones cuando pasaba muy cerca de él una mujer hermosa, azotándole el rostro con el hálito tibio de sus bajos perfumados. Paco se detenía entonces un instante, y aspiraba con febril ansia la aromada y mareante exhalación. Pedía entonces el mendigo una limosna con la más sentida de sus súplicas y, cuando la mujer se detenía para entregarle una moneda, Paco sentía un estremecimiento indefinible, y muchas veces tuvo la tentación de morder las piernas de carne rosada y fresca que se adivinaba bajo la presión sutil de las medias. Y buscaba a diario estas emociones.

El día en que Antonio le mostró el retrato de su amada, en el alma de Paco se generó un intenso sentimiento de envidia. Un sentimiento torturador y cruel que lo enloquecía. Odiaba ya al ciego. Lo odiaba porque había sido joven y fuerte y había tenido novia. Lo odiaba porque había sido feliz y aún tenía el consuelo amable de un recuerdo. Paco había nacido enfermo y fue siempre tullido y miserable. Su alma no había conocido sentimiento delicado alguno. Sólo recordaba que su padre estaba siempre ebrio, que era muy malo, y que lo había aborrecido mucho, porque un día le contaron que había matado a golpes a su madre, la madre del mendigo.

Por primera vez, después de mucho tiempo, Paco lloró amargamente. Lloró de envidia y de rabia. Poco a poco se serenó un tanto. Y se hizo la resolución de robar a Antonio su fortuna. Por su rostro vagó una sonrisa indefinible y en sus ojos brilló un chispazo de satisfacción. Sí, le robaría el retrato. Él también tendría novia.

Pasó un transeúnte. Paco le tendió la mano y dijo con voz plañidera una súplica El transeúnte siguió sin volver la cara. Paco cerró los puños y dijo a media voz una blasfemia.

*** * ***

Era de noche. En el zaguán de una vieja casa dormían acurrucados los mendigos. Antonio estaba despierto todavía y hablaba con una vieja que se quejaba del reumatismo. La voz de la vieja tenía un acento dolorosamente plañidero.

Antonio preguntó a la vieja si había luna. La vieja dijo que no. Era una noche muy triste. Una noche trágica.

Las voces de ambos fueron apagándose lentamente, muy lentamente. A poco no se oyó en el patio otro rumor que el ronquido entrecortado de los mendigos y el maullido quejumbroso de un gato hambriento.

Sigilosamente se levantó Paco, quien dormía en el patio como todos. Y arrastrándose con precaución, llegó hasta Antonio. Iba a robarle el retrato.

Las manos pequeñas y deformes de Paco buscaban en los bolsillos del ciego. Un instante después apretaba ya el objeto codiciado.

Antonio despertó sobresaltado. Había sentido que registraban en sus ropas, que le robaban. Intuitivamente se llevó las manos al bolsillo en que guardaba el retrato. Lanzó un grito de rabia al hallarlo vacío. Le habían robado su fortuna. Sintió que Paco se arrastraba apresuradamente; y, a tientas, tropezando, se lanzó en su persecución.

Ladrón! gritaba desesperado.

Paco se escurría, huyendo del ciego.

Antonio había caído al suelo varias veces y tenía una herida en la cara. Ensangrentado, tembloroso, rugiente, el ciego tenía un aspecto pavoroso.

Al fin logró hacer presa de Paco. Le asió del cuello, con rabia, y tomó aliento un instante. Paco

2.2. Los Mendigos 79

daba gritos desesperados pidiendo socorro. El ciego apretó entonces la garganta, la apretó con violencia, con energía, convulsivamente, hasta que Paco quedó inerte, sin movimiento, con las manos apretadas aprisionando todavía el retrato robado.

Los mendigos se agruparon en torno a ambos, silenciosos, consternados, sin saber lo que pasaba, presintiéndolo solo.

REFERENCIAS

 En La Prensa, Lima, 3 de agosto de 1914. Y en las Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 52-57.

Rudyard Ring, ganador...

José Carlos Mariátegui

Los aplausos al caballo vencedor de la gran prueba clásica vibraban estruendosos.

Y Rudyard Ring paseó nervioso su fina lámina anglo-árabe de vuelta al pesaje. Jim, el jockey sonreía satisfecho. Y Alberto Domal, el afortunado *gentleman* dueño de Rudyard Ring, conducía de las bridas al vencedor.

Desde la tribuna, los vio pasar orgullosa la señora de Domal. Era hermosa, era elegante y era joven la señora de Domal. Y era morena, de tez pálida y ojos negros de expresión infinita, con todos los nobles atributos de su belleza de criolla y ademanes que decían de la gran señora, de la dama aristocrática que en teatros, salones y calles paseaba la caprichosa arrogancia de su *spleen*. A su lado Julio Gil, *sportman* impenitente en el amor y en las carreras, comentaba verboso y amanerado el triunfo de Rudyard Ring y halagaba mimoso a su dueña gentil.

Julio no parecía joven ni viejo. Acicalado y pulcro, la silueta atildada daba una impresión de juventud que desmentía el rostro estucado. Afeites, traje, ademanes, prismáticos, escarpines, palabras, todo, lo sindicaban como un ocioso elegante y galanteador profesional.

- -IY Ud. que dudaba del triunfo de Rudyard Ring! Ahora, qué dice... A ver...
- -No, Elena, Yo solo no dudaba. La prueba era dura para Rudyard Ring... Cualquiera diría que Ud. ha embrujado al caballo como ha embrujado a tantos.

La voz de Julio Gil era nerviosa, incitante, enamorada. La voz de Elena era coquetona, dúctil, musical.

- -¿Y piensa Ud. que no ganará el gran clásico próximo?... Voy a creer que de caballos no sabe Ud. ya nada... Y como su habilidad hípica marchó siempre paralela con su habilidad en el amor...
- -Pues bien, esta opinión mía sí es definitiva. Rudyard Ring no ganará el domingo. Esa prueba es muy distinta de la que hoy ha vencido. En ella corren Belveder, Tick, Gold Pirker...
- -Rudyard Ring ganará otra vez, Julio. Le apuesto lo que quiera... Y reía gozosa de contradecir al sportman.
 - -Acepto, Elena. Le apuesto a Ud. ... Ella le cortó nerviosa, juguetona.

¹⁻IRudyard Ringe! Rudyard Ring for ever!...

- -Le apuesto a usted...
- -¿Qué?... Hable, Elena...
- -IOh no! IQué atrevida! ...
- -Œlena! ¿Quiere Ud. jugarse en la carrera de "Rudyard Ring la cita que tantas veces le he pedido? Diga Elena...

Ansioso, trémulo, se aproximaba a la gentil coqueta que reía aún...

- -¡Naya! Estoy tan segura de que ganará Rudyard Ring que se lo apuesto... Solo porque estoy muy segura... Si no lo estuviera. Pero, usted, ¿qué pierde? A ver.
- -Mi poney mulato, mi finísimo poney mulato que tanto codicia Domal. Un poney hecho para una amazona como usted...

Domal, sonriente y satisfecho interrumpió el coloquio, Julio Gil tendió la mano enguantada para felicitarlo.

*** * ***

Era una mañana gris y húmeda cuando Julio Gil llegó al hipódromo. Un pequeño esfuerzo exigido a su natural de *nosseur*.

Minutos más tarde hablaba con Jim, el jockey de Domal, que se aprestaba para los trabajos del día. Galoparían todos los caballos del stud. También Rudyard Ring.

Julio Gil pidió al jockey su opinión sobre la carrera clásica. Y Jim le dijo su seguridad en el triunfo de Rudyard Ring. Nunca estuvo mejor el caballo. Milagros del *entraineur* que le hacían invencible por el momento.

El sportman descubrió sus propósitos. Él no quería que ganase Rudyard Ring. No podía ser. Siempre fue buen amigo de Jim; por influencias de él lo favoreció y halagó la crítica de los periodistas y hoy que lo necesitaba, debía servirlo. Sería bien remunerado: cien libras, de las cuales adelantaría la tercera parte. Le juró que no se trataba de una trampa de juego. Era un capricho distinto. Cosas de mujer...

Jim dudó. Iba a traicionar a su amo. Era una prueba segura... Pero no supo resistir. Deudas, obligaciones, exigencias de esa Lily siempre pedigüeña: le urgía dinero. Y este Julio Gil, había sido para él un buen chico. Este Julio Gil que lo miraba entretanto, que lo mareaba con sus palabras mimosas, que lo sugestionaba. Cedió Jim. Y guardó en su cartera el anticipo que Julio Gil le ofreció.

El sportman le estrechó efusivo la mano para despedirse.

-Gracias, Jim. Eres un buen muchacho. No sabes lo que me representa este servicio. ¿No te he dicho que son cosas de mujer? Le he apostado a la señora Domal que Rudyard Ring perderá. Si acierto, tendré la cita que le he pedido y con ella su amor... ¡Qué mujer más hermosa! Te lo confío, Jim, porque lo mereces...

*** * ***

Jim se quedó pensativo, estático.

Vio al *sportman* que se alejaba presuroso, alzando el cuello del gabán, hacia el automóvil, en cuyo pescante se desperezaba prevenido el chauffeur. Y tuvo tentaciones de llamarlo, de decirle que renunciaba al compromiso. Pero no supo decidirse.

El automóvil partió raudo. Jim meditaba.

Lamentaba el compromiso. Con la derrota de Rudyard Ring, traicionaba a su amo y entregaba a su ama. Jim se estremeció. No quiso pensar en la coquetería caprichosa que había insinuado la apuesta. Se dijo tan sólo que ponía a su ama a merced de Julio Gil, del galanteador profesional y descorazonado, del aventurero del amor. IA ella, a Elena! Sacó de su bolsillo un pedazo de papel. Ella estaba ahí retratada, en una revista elegante como una de las más gentiles paseantes del *paddock*. Jim lo besó frenético.

Jim amaba a Elena. La amaba desde que traviesa y risueña visitó el Stud, para regalar con terroncitos a Rudyard Ring, a Fru-Fru, a Zazá. Le hablaba mimosa. Y le había embriagado con su perfume de esencias y de hembra elegante. Después había vuelto a verla muchas veces. Y un día que le dijo: —Quiero que gane Zazá. Lo quiero, Jim. Te regalaré mi latiguillo —él puso toda su habilidad para que Zazá ganara. Y ella le regaló su frágil fuetecillo de amazona. Él soñaba con ella todos los días y cuando ella le hablaba, le contestaba trémulo y turbado.

Ahora, esta mujer de sus ensueños, iba a ser para Julio Gil. Y Jim se la entregaba. Vencido, angustiado no sabía rebelarse.

Sonó la voz del entraineur.

-Al trabajo, Jim. IQue se hace tarde!

* * *

Rudyard Ring, Belveder, Gold Pirker, Tick, Tarapacá, Amor. Desfilaron los seis competidores del clásico ante las miradas de las gentes agolpadas ante la barandilla. Gran día en Santa Beatriz.

Rudyard Ring iba jineteado por Jim. Jim iba triste. Cuando todos los caballos partieron hacia el poste de partida, Jim miró con angustia a la tribuna desde donde lo seguían con los anteojos Domal, Elena y Julio Gil. Rudyard Ring galopó soberbio.

Los timbres sonaron. Se sucedieron las pizarras de apuestas. Rudyard Ring era el favorito. Luego clausuraron las ventanas del sport y todas las miradas convergieron hacia el punto de partida.

El starter dio la señal y todos salieron en pelotón. Pronto se marcaba en el primer puesto Tarapacá, seguido por Tick, tercero Rudyard Ring que galopaba sin esfuerzo. En la curva, Jim requirió severamente a su caballo y pasó el disco, en la primera vuelta, a la cabeza del lote. Tick le entabló lucha. Rudyard Ring siguió. Amor exigido con firmeza la arrebató por un momento para perder su puesto luego.

Se acercaban a la curva nuevamente. Jim, sudoroso, trémulo, desvió a Rudyard Ring, hacia la baranda exterior, levemente. Era el compromiso fatal, la voluntad del señorito, contra la cual él, el pobre jockey, no podía rebelarse. Las gentes comenzaron a vocear: IAmor!, IGold Pirker!, ITick!

Los gritos tuvieron un eco doloroso en el corazón de Jim. Iban a ganar a Rudyard Ring. Julio Gil tendría a Elena. Creyó verlo gozoso, mirándola con lujuria y sintiendo ya la fruición de que era suya. Los celos lo espolearon y se rebeló furioso.

Jim, loco, excitado, apeló al látigo con energía. El caballo se creció al castigo. Y empezó el *rush* más sensacional, más vertiginoso. Ya había dominado a todos. Faltaba sólo Tick. Y estaba casi sobre la meta. El látigo de Jim castigaba frenético a Rudyard Ring. Y el crack, obedecía al estímulo y se alargaba en un supremo esfuerzo.

Atronó una ovación. Rudyard Ring había vencido por una cabeza.

- Rudyard Ring! Rudyard Ring!

En la tribuna, Elena aplaudía con sus manitas enguantadas y decía riendo a Julio Gil, asombrado y estático:

-Le he ganado! ¿Quiere apostarme otro poney?

JUAN CRONIQUEUR

REFERENCIAS

En El Turf, N

13, pp. 10-12, Lima, 3 de julio de 1915. Y en Lulú, N

35, pp. 8-9, Lima, 23 de marzo de 1916.

2.4

El Jockey Frank...

José Carlos Mariátequi

¹Tras de aquella noche de orgía, Frank, el jockey afortunado y adolescente, se despertó inquieto. Los vapores del alcohol turbaban aún su cerebro, en el cual los recuerdos del deber, del stud y del hipódromo surgían vagamente, se abrían paso y lo despertaban de su inconsciencia letárgica. Y por la mente del jockey desfilaron borrosas y confusas las escenas de los días anteriores. Escenas de bacanal, escenas de juerga a que lo arrastrara Rosina, su amante bella y caprichosa y gentil, que dormía a su lado, laxada por las fatigas de los días orgiásticos, en que su sangre cálida y retozona pusiera la nota más vibrante y pintoresca. Ambos habían vuelto a su casa ebrios e inconscientes, en la madrugada de aquel día.

Frank miró el reloj que en el velador decía su tictac. Eran las 10. Frank saltó de la cama y comenzó a vestirse de prisa. Su naturaleza madrugadora se rebelaba contra el cansancio.

Mientras se vestía, Frank meditaba, queriendo restituirse del todo a la realidad del instante. Era lunes. Le tocaba trabajo y era ya muy tarde para cumplirlo. ¿Y el día anterior? El día anterior había sido domingo y debía haber jineteado varios caballos de "su" stud. ¿Y por qué no había ido al hipódromo? Frank recuperó de pronto, ante esta pregunta, pleno dominio de sí. El día anterior había estado de juerga. Y también el sábado. Él recordaba que tuvo perfecta conciencia de su deber, que quiso partir al hipódromo, y que Rosina y sus compañeros de diversión no le habían dejado ir. Rosina, imperiosa y suplicante al mismo tiempo, le había detenido rogándole mimosa que se quedase. Y cuando él, obstinado, se empeñó diciendo que tenía cinco montas forzosas y no podía faltar, ella se había reído locamente: "Pero hombre, [si estás borracho!". Él se había visto también, inútil, y se había quedado.

No quiso pensar en la cólera de su amo, ese Félix Leal tan nervioso, tan arbitrario y tan despótico. ¿Qué habría pensado de su ausencia y, sobre todo, cómo la habría remediado? Verdad que los caballos del stud Aurora no habían disputado ninguna prueba importante. Todos fueron *handicaps* corrientes. Frank concluyó de vestirse y sin despertar a su querida que dormía con voluptuoso abandono, salió de su casa apresuradamente.

• • •

En el stud, solo estaban los muchachos cuidadores. Lendo, el *entraineur*, había salido por breves momentos. Frank no hizo pregunta alguna y se dirigió a los boxes. Allí estaban sus caballos. Los revistó lentamente. Se detuvo en el box de Gaminet.

Gaminet era el mejor caballo de la ecurie Aurora. Y era al mismo tiempo el crack aclamado, el crack asombroso, el crack invicto que tenía en su haber tantas victorias como carreras había disputado en aquel año y en el anterior. Y Frank fue siempre su jinete. Cuando se iniciaba en su carrera y era apenas un aprendiz aprovechado, el nombre de Frank comenzó a sonar unido al triunfo de Gaminet. El prestigio de jockey creció ligado al prestigio del crack y para ambos fueron las aclamaciones del público después de cada victoria nueva.

Frank dio una palmadita en la quijada del caballo y puso en su boca un terrón de azúcar que él hizo crujir goloso bajo su dentadura amarilla. Y Gaminet humillaba la cabeza al sentir la mano mimosa de su jinete que acariciaba el mechón gris que caía sobre su frente tordilla.

*** * ***

Llegó Lendo. Era el entrenador, joven agradable y vestido con una pulcritud que se avenía poco con el trabajo de su profesión. Con Frank fue siempre burlón y duro. Y Frank no lo quería.

Lendo estaba asombrado de la falta de Frank. ¿Por qué no había ido el domingo? ¿Cómo podía disculparse? Refirió la indignación de Leal que había ordenado colérico que se despidiese a Frank. Él había querido defenderlo, disuadir al amo de su propósito, pero no había podido. Ya conocía Frank el carácter del amo, tan caprichoso, tan imperativo. Además, Leal había jugado mucho dinero, confiando en el triunfo de tres de sus caballos y lo había perdido. Pero si él sabía disculparse, suplicarle, tal vez lo perdonaría. Y Lendo hablaba de la falta de Frank como de un delito, como de una ofensa terrible al amo del stud.

Frank permaneció callado un rato. Luego, cuando el *entraineur* le habló de buscar el perdón de Félix Leal, fue rotundo, enérgico y valiente en la negativa. Se marcharía. Se iría del stud a cuyo servicio hizo su profesión y al que tan ligado estaba.

Frank dio otro terroncito a Gaminet, y Gaminet lo hizo crujir otra vuelta bajo su dentadura amarilla.

Y sin mirar a los boxes que guardaban los caballos que fueron sus favoritos, dijo adiós a Lendo y salió silencioso y lento.«/div>

*** * ***

La gran prueba clásica había reunido en el hipódromo a todo el gran mundo. Las tribunas desbordaban y en las terrazas inmensas, la muchedumbre hormigueante e inquieta ponía un sordo rumor de marea. Y las primeras pruebas habían transcurrido sin que su interés amenguase el despertado por el clásico. El público guardaba avaramente sus entusiasmos y lo esperaba anhelante.

En el paddock, Rosina, Frank y dos sportsmen atildados y jóvenes formaban un grupo. Rosina, arrogante y gentil, atraía las miradas. Y de ella pasaban al jockey, dueño de aquella cortesana incitante que tenía en su elegancia, distinción y buen tono de aristocrática señora. Rosina conversaba animadamente, contestando desenfadada y alegre la galantería presuntuosa de los sportsmen. Frank llevaba puesto un cubrepolvo sobre su vestido de jockey. En su rostro, en su ademán y en su voz, hablaba una tristeza adormida, latente y honda.

Se hablaba del clásico que debía disputarse dentro de breves momentos. Frank montaría a Girasol, un buen caballo argentino que comenzaba a destacarse. Corrían también Gaminet, el favorito de la cátedra y del público que respetaban su condición de invicto, Rustin, Pelele, Willy y Monsieur Gerard. Era la primera presentación de Gaminet después de que Frank abandonó el stud Aurora. La primera vez que montaba a Gaminet otro jockey. Y la cátedra expresaba algunas dudas respecto del triunfo de Gaminet. Había ahí un Pelele, un Willy, un Girasol...

2.4. El Jockey Frank... 85

*** * ***

Concluido el canter los seis competidores se dirigieron hacia el poste de los 800 metros. La carrera era de 2400 y de ahí debían partir. Frank dirigió por última vez la vista a la tribuna donde estaba su querida. Rosina le seguía con los anteojos y le sonreía. Frank miró luego con tristeza a Gaminet, a "su caballo", que caminaba adelante y que era jineteado por Buin, que para Frank era ahora un intruso. Le usurpaba a "su" Gaminet.

Frank quiso despreocuparse de Gaminet. Hacía dos semanas que fue echado del stud Aurora y desde entonces el recuerdo de su crack era para él una obsesión tiránica. Había buscado locamente el olvido en las caricias de Rosina. En las caricias de Rosina, la hembra dominadora y caprichosa que le había dicho, llena de rencor contra ese Leal, que había puesto en la calle a su amante:

-Quiero que Gaminet pierda esta vez. Haz que Girasol lo gane. Hazlo...

Y lo había besado furiosa, insaciable, frenética.

*** ***

Un inmenso clamor primero. Un aplauso delirante después. La partida había sido dada. Rustin corría de punta, Gaminet galopaba desenvuelto en segundo término; los demás, escalonados a continuación. Frente a la tribuna popular Pelele, demandado por su jockey, pasó a ambos y se marcó en el comando. No hubo alteración hasta aproximarse la última curva. Frank exigió a Girasol y Girasol con grandes alientos ganó el primer puesto, Gaminet le seguía cercano y los demás se rezagaron un tanto. En la recta Girasol y Gaminet resistieron el ataque postrero de sus competidores. Y desde entonces, solo hubo un *match* colosal, un *match* encarnizado. Gaminet y Girasol luchaban bravamente. El público los aclamaba con locura.

Gaminet dominó por un momento a su rival y ya se le creía vencedor. Pero Girasol reaccionó y delante de la meta había puesto un cuerpo de luz entre él y su rival, extenuado y vencido.

Cuando Frank escuchó la ovación que aclamaba a Girasol, sufrió un desmayo. Il abía vencido a Gaminet, a "su caballo"! El crack invicto sufría la primera derrota. Lo miró fatigado y rendido detenerse y sintió un dolor inmenso, un dolor muy hondo, como si hubiera asesinado su propia obra, como si hubiera destruido con sus manos toda su gloria, como si hubiera desbaratado de un latigazo su mayor ensueño.

*** * ***

La concurrencia abandonaba el hipódromo. Quedaban unos pocos rezagados que cobraban en el sport boletos de Girasol ganador... Frank pasó delante de ellos, inconsciente, ensombrecido.

Y vio muy cerca a Rosina que al pie de una victoria y puesto ya graciosamente el pie en el estribo, lo esperaba sonriéndole. Más allá había un grupo de *sportsmen* que departían con Lendo, el *entraineur* de Gaminet.

Frank sintió que la aborrecía. Ella tenía la culpa. Ella sola. Era la hembra maja que le había vencido y que había vencido a Gaminet, a su crack...

Al llegar a ella, Rosina le tendió su manita enguantada y le palmeó en el hombro.

Bravo Frank. Frank mío...

Al sentir su contacto y oír su voz acariciadora, seductora, la misma voz con que le había dicho: Quiero que Girasol gane a Gaminet, el dolor y la cólera de Frank estallaron.

Sin responderla Frank la rechazó violentamente y Rosina estuvo a punto de caer. Frank siguió su camino sin mirarla.

Rosina, soltó una carcajada burlona, fresca, cantarina:

Tonto! Lendo, ¿quiere acompañarme?...

El *entraineur* obedeció presuroso. Y la victoria partió y pasó rauda, cerca de Frank, que siguió solo, triste, indiferente, por la senda desierta.

JUAN CRONIQUEUR

REFERENCIAS

 En El Turf, Nº 14, pp. 6-8, Lima, 10 de marzo de 1915. Con algunas supresiones y ligeras enmiendas formales (por ejemplo: en lo tocante a los nombres de los personajes), fue posteriormente publicado con un nuevo título "Jim, jockey de Willy".

2.4. El Jockey Frank... 87

Una tarde de sport

José Carlos Mariátequi

¹En la solitaria tristeza de una estancia en urdimbre, Margarita se aburría, al atardecer penumbroso de este día de invierno. Margarita estaba sola, abandonada sobre un canapé que se hundía al peso de su cuerpo gentil. Y ella, la primorosa muñeca, tan bella como frívola, a cuyos encantos sumaran otros nuevos la armonía y aristocracia de su *toilette* de este día, meditaba, con el gesto graciosamente austero. Breve, morena, envuelta en vaporosas sedas y encajes sutiles, se diría una figulina de cromo o una marquesita esplinática hecha para ilustrar las fantasías raras de algún cuentista de moda.

Margarita se aburría. Despreciadas y en desorden, yacían a su lado sobre la alfombra las revistas femeninas y los magazines de modas. Y la policromía brillante de sus modelos, en la penumbra de la estancia, contrastaba extrañamente con las tintas difuminadas de la alfombra.

Y engreída, desesperaba de que aún no llegase la noche, cumpliesen los criados sus rituales liturgias del comedor, probase ella dos bocaditos de cada vianda y partiese el automóvil con flores y luz blanca en su interior mullido, en que debía ir con sus padres al teatro. Era sexta función de abono y seguramente habría en el teatro mucha gente elegante. Estarían las Armida, Luciana, Miguel. Margarita sonrió levemente. No había querido acompañar a su madre, que había salido de visita y por eso estaba sola y se aburría. [Qué fastidio! Llegasen siquiera de visita las Belda, presuntuosas y tontas como eran, y se entretendría un poco. Pero las Belda, que eran presuntuosas y tontas, no eran en cambio oportunas. Margarita estuvo a punto de ponerse furiosa contra las Belda que no tenían el tino de visitarla a tiempo.

Involuntariamente fijó la vista en una cartulina que estaba sobre la mesita próxima. Con la curiosidad de quien no tiene otra cosa que hacer, la cogió Margarita. Era el programa de carreras del día anterior. Estaba impreso en dura cartulina y plegado en cuatro partes como un librito. Y al pie de las inscripciones había anotaciones de ganador y placé hechas por Margarita. Margarita se sumergió en el recuerdo de esa reciente tarde de carreras que el programa anotado en el mismo Hipódromo le evocaba. Cada página del programa la hacía reconstruir una escena de esa tarde, que tanta gente distinguida había reunido en el Hipódromo. Estuvieron todas las amigas aristocráticas de Margarita: las Armida, Luciana, etc. También las Belda, que se las daban de hípicas como ellas decían, porque eran

amigas de Pablo Lugo, el propietario del stud Eclaire.

Margarita leyó:

"Primera carrera. Premio... Distancia, 1100 metros. Handicap. Inscripciones..."

Ella había llegado al Hipódromo cuando iba a comenzar esta prueba. En la terraza estaban las Armida y le habían presentado a Miguel. Miguel era joven y simpático y se había mostrado muy cortés con Margarita. Margarita lo recordó con fruición y se confesó que Miguel le había gustado. ¿Pero le habría gustado más que Guillermo que también le gustaba y que Juan Manuel que la cortejó antes de ser novio de esa coqueta de Isabel? Margarita no quiso seguir haciéndose preguntas y miró de nuevo el programa de carreras...

"...Segunda carrera, Premio... Distancia, 1400 metros. Handicap. Inscripciones..."

Muy amable e interesante era Miguel. Cuánto las había hecho reír a propósito del triunfo de Oriol, un chuzo, como decía Elena Armida acentuando coquetonamente la zeta, en la primera carrera. Miguel había perdido cinco libras y había estrujado sonriente los cinco billetes para arrojarlos luego. Con Margarita se mostraba mimoso y muy atento. De pronto había llegado Eduardo. Eduardo cortejaba a Margarita y era también joven y simpático. Pero no como Miguel. Margarita pensó que a Eduardo le faltaba el ingenio que hacía tan ameno cuanto decía Miguel. Eduardo y Miguel eran amigos y sus manos enguantadas se habían estrechado efusivas.

"...Tercera carrera. Premio... Distancia, 800 metros. Handicap para yearlings. Inscripciones..."

Juntos habían paseado las Armida, Miguel, Eduardo y Margarita el paddock y la terraza. Miguel, anecdótico y locuaz, las había seguido entreteniendo. Volvió a perder sonriente. [Bah! Sobraba tiempo para ganar. Eduardo en cambio se había mostrado colérico por habérsele "escapado una fija", como decía. Margarita cruel le hizo una broma y él no tuvo más remedio que reírse de un chiste de Miguel.

"...Cuarta carrera. Premio... 1700 metros. Handicap. Inscripciones..."

Miguel le había dicho a solas que era muy bonita. Fue en la tribuna mientras el padre de Margarita, que toda la tarde estuvo con un diplomático, paseaba con este por la terraza; y las Armida y Eduardo, desertores del grupo, se unieron al que formaban las Belda y el *sportmen* Pablo Lugo, propietario del stud Eclaire. Y ella había reído locamente de los requiebros de Miguel para enfadar a Eduardo que de rato en rato volvía la vista para mirarla.

"...Quinta carrera. Premio... 1100 metros. Handicap. Inscripciones..."

Miguel la había dejado sola por un momento para apostar. Tres libras, Iris ganador. Una fija, le había dicho Lugo, el amigo de las Belda y propietario del stud Eclaire, y había vuelto sonriente para seguir contándole la historia de un jockey que se enamoró de un figulina breve, morena, elegante. Como usted, le había dicho. Era simpático Miguel!

Margarita llegó a la última página del programa:

"...Sexta carrera. Clásico Ministerio de Fomento. Peso por edad. Distancia, 2000 metros. Inscripciones..."

Miguel le había hablado de vagos ensueños. Él era en el fondo un poco triste. Y en un medio de hombres prácticos, tenía la imperdonable tontería de soñar. Y soñaba con una mujer que iluminase con

2.5. Una tarde de sport

su amor la senda de su vida. Una mujer buena y hermosa. Breve, morena, esbelta. Lo decía de un modo que parecía sincero y habría engañado a cualquiera. Una mujercita breve, morena, esbelta, había repetido él. Como usted, había dicho luego. Margarita rio. Margarita rio locamente. Las Armida y Eduardo cortaron la escena. Partieron los caballos. Gran clamor en el público. Regocijo de Eduardo que había apostado cinco libras al vencedor.

Después, el regreso en automóvil con su padre y Eduardo. Miguel se había despedido en el Hipódromo. Y Margarita, mientras el auto avanzaba raudamente por la ancha avenida, se había olvidado de él y se abandonaba a las galanterías de Eduardo.

Margarita observó la última anotación del programa, "Tick, ganador". Lo arrojó después a un lado, junto a las revistas de moda, que ponían en la penumbra de la estancia, la policromía brillante de sus modelos sobre las tintas difuminadas de la alfombra.

JUAN CRONIQUEUR

REFERENCIAS

1. En El Turf, Nº 15, pp. 13-14, Lima, 17 de julio de 1915. Y El Tiempo, Lima, 3 de septiembre de 1916.

2.6

Amid Bey

José Carlos Mariátegui

¹Amid Bey, el crack glorioso del stud Rosicler, miraba por la ventanilla de su stud que un descuido de su cuidador, había dejado abierta. Su largo cuello y su cabeza erguida salían del box y parecían otear curiosamente fuera.

Era el medio día. El stud estaba en silencio. El *entraineur*, sus ayudantes, los vareadores, almorzaban en ese instante. El largo cuello y la cabeza erguida de Amid Bey daban la sola nota de vida en el corral.

Amid Bey era alazán, era fornido, era hermoso. Le mimaban en el stud al cual había aportado cuantiosas sumas, desde la lejana fecha en que él se hiciera el amo de Santa Beatriz. Porque Amid Bey era entonces el mejor caballo de las pistas limeñas.

Frecuentemente, Amid Bey miraba desfilar delante de su box, guiados por su amo o su entraineur, a periodistas y sportsmen. Amid Bey veía a su amo señalarlo orgulloso y luego acercarse a él, hacerle una caricia y darle una golosina. Amid Bey tenía conciencia de que era un gran caballo.

Amid Bey, no obstante, se sentía infeliz en este momento. Su instinto le decía cómo era diferente su vida natural y Amid Bey deseaba ser libre, tener anchos prados para correr a su gusto sin sufrir encima al jinete que le azuzaba y le espoleaba. Escuchó un relincho, luego otro y presintió en seguida dentro de los boxes fronterizos a las hembras lozanas, fuertes, vírgenes. Amid Bey comprendió que debía ser muy grato vivir libremente, comiendo yerba fresca y entre hembras lozanas y fuertes como las que escondían los boxes fronterizos.

Pronto llegó el rumor de pasos cercanos. Luego de voces. Y un minuto más tarde se detenían frente al box su amo y otros señores periodistas y *sportsmen*.

Y su amo señaló orgulloso a Amid Bey y se acerca a él para hacerle una caricia y darle una golosina. Amid Bey no supo agradecer esta vez ni la caricia ni la golosina.

*** * ***

Minutos antes de que se efectuara la gran prueba clásica de aquella tarde, Amid Bey paseaba, hermoso, fornido, altivo, delante de las tribunas. Millares de ojos lo escrutaban y Amid Bey, soberbio,

formidable, galopó hacia el poste de partida.

Era dura la carrera para Amid Bey. El handicap lo cargaba con el peso más alto y entre sus contendores había caballos jóvenes, caballos veloces que se destacaban entre las generaciones nuevas, futuros cracks.

Amid Bey se colocó en su puesto y aguardó quieto la partida. No fue esta vez con la intranquilidad de otros tiempos, cuando nervioso y corajudo esperaba la lucha. Se diría que Amid Bey lamentaba ser un gran caballo.

A sus ojos, tras las tapias del hipódromo, se extendía un mundo ansiado, un mundo amable, un mundo en que viviera cuando fue un potrillo, cuando siquiera a medias era libre, cuando arrancaba con sus dientes del suelo húmedo la yerba fresca, cuando no conocía más esfuerzo que el que hacía al retozar en el potrero verde y vasto.

*** * •**

A una señal que coreó el clamor del público, partieron los caballos que disputaban la gran prueba. Todos trataron de ganar la punta. Pero más rápido que ninguno, Picaflor, el crack futuro que ya decían los cronistas, se marcó en el comando. Tras de él iban Bread, Room, Trini, escalonados. Al fondo, siguiendo su táctica tradicional, iba Amid Bey, en quien la lucha despertaba las instintivas y atávicas energías de la raza que ahogara un día la vaga nostalgia de la vida libre.

Los caballos avanzaban raudos, elásticos, soberbios. Disputábanse con Picaflor el primer puesto y se esforzaban por distanciarse de Amid Bey; Amid Bey corría al fondo aún.

Pronto estuvieron cerca de la última curva. Amid Bey fue lanzado entonces contra sus contendores e inició su ataque, uno de aquellos formidables ataques que lo habían reputado como el mejor caballo de las pistas limeñas. Pero Picaflor, Bread, Trini, Room eran también requeridos, eran también espoleados y favorecidos por el peso liviano corrían veloces. Tom, el jockey de Amid Bey, exigió con más vigor al crack y Amid Bey respondió noblemente al castigo que ensangrentaba sus ijares y quemaba sus flancos. Toda la atávica bravura del caballo se revelaba en aquel instante y cuando faltaban trescientos metros para el disco, era su *rush* el más gigantesco, el más formidable, el más soberbio.

De pronto pareció que Amid Bey se quedaba de improviso. Avanzó algunos pasos, muy pocos, para pararse luego, mientras estallaba un gran clamor en las tribunas y Picaflor cruzaba la meta, victorioso, con un cuerpo de ventaja sobre Bread.

*** * ***

Amid Bey, en el colosal esfuerzo, había dado una pisada falsa y se había mancado. Se afirmaba apenas sobre su mano derecha desgarrada y halado por su jockey y rodeado por los curiosos avanzaba lentamente hacia el pesaje.

El crack caído, inutilizado, enfermo, despertaba la compasión del público que tantas veces lo aclamara. Y Amid Bey sintió un gran dolor de verse vencido y de que lo compadecieran. Miró luego a Picaflor que contento y ufano, salía del pesaje y comprendió que su derrota era cruel, total, definitiva.

*** * ***

Fue al haras Rosicler donde llevaron a Amid Bey, el crack asombroso, después de curado. Inútil para las pistas, con la amenaza constante de que la lesión reviviera, Amid Bey había sido dedicado a la reproducción. Y en el haras, como en las pistas, volvió a ser el amo, el engreído, el mimado.

De vez en cuando le daban libertad junto con los potrillos retozones e imprudentes y Amid Bey se tendía al sol y arrancaba con sus dientes la yerba fresca de la tierra húmeda...

*** * ***

Un día, varios años habían pasado ya de aquél en que llegara al haras. Amid Bey vio que instalaban en él a otro caballo. Necesidades de incrementar el reciente criadero que habían obligado al propietario del stud Rosicler a adquirir otro semental. Bellevue. Como Amid Bey era alazán, como Amid Bey era hermoso, como Amid Bey era fornido.

Amid Bey miró a Bellevue como un intruso, como un advenedizo que venía a disputarle sus derechos, a arrebatarle el amor de las hembras. Y una vez en que Amid Bey vio desde su box que se llevaban a Lulú, a su yegua, y que tal vez próximo la aguardaba Bellevue, el nuevo caballo que venía a compartir con él el dominio de su harén, sintió celos del intruso, lo odió. Y odió también a Lulú, a su yegua, que dejaba el box vecino al suyo, para ir donde Bellevue.

Se había dado suelta en el potrero vasto y verde a Amid Bey, a Bellevue, a los potrillos. Los potrillos, inquietos imprudentes, retozaban jubilosos.

Amid Bey y Bellevue, graves y reposados, pacían la yerba fresca. Y Amid Bey miraba con celos al intruso, al usurpador, que triscaba indiferente.

Y Bellevue, más joven y más fuerte se sintió contagiado del ímpetu retozón e inquieto de los potrillos y se tendió al galope sobre la tierra blanda, húmeda y verde como alfombrada.

En Amid Bey despertó el recuerdo de su pasado, su atávica bravura de corredor, su corajudo empuje de crack y siguió a Bellevue, corrió tras él, lo alcanzó casi. Los dos caballos, instintivamente, corrían veloces.

Ya igualaba Amid Bey a Bellevue ya lo pasaba, cuando, como aquella tarde, muchos años antes, en Santa Beatriz, se detuvo de pronto y cayó después. La mano resentida, la mano inútil, la mano desgarrada, se había doblado nuevamente. Bellevue siguió al galope. Y Amid Bey, caído, lo miró alejarse, como en la otra vez a Picaflor, a Bread, a Room. Y sintió que su derrota lo perseguía hasta en los prados vastos y verdes del haras, donde antes fuera el amo, y sintió que su derrota era cruel, total, definitiva...

JUAN CRONIQUEUR

REFERENCIAS

En El Turf, Nº 17, pp. 2-4, Lima, 28 de agosto de 1915.

2.6. Amid Bey 93

La señora de Melba

José Carlos Mariátequi

¹Lucía había nacido para señorita. Así dijeron siempre todos los habitantes de la vasta y tranquila casa de vecindad en que Lucía viviera desde pequeña.

Lucía era huérfana y no tenía más familia que una tía bondadosa y vieja que la mimaba con el más solícito de los cariños.

Engreída por la tía, rondada y requerida por muchos galanes, Lucía, con ser pobre como era, habría gozado de una acabada felicidad hogareña, si no hubiera tenido necesidad de trabajar para concurrir a su subsistencia.

Y Lucía trabajaba entusiasta y alegremente en un taller de modas, sin pensar por su parte casi nunca en que debía aspirar a una vida más regalada.

Lucía no era bonita, pero, menudita, armónica, graciosa, era también muy atrayente por su juventud y lozanía. Y si no bonita, era en cambio buena y modesta, y sus aspiraciones nunca pasaron de la adquisición de un traje nuevo. Solo una vez deseó cosa mayor: un canario alegre y dorado en una jaula de alambre.

Y Lucía era tan buena que su único defecto casi no era un defecto. Lucía era golosa, extremadamente golosa. Devoraba ansiosa cuantos dulces baratos le era posible y se relamía luego los labios con su lengua carnosa, roja y felina. Era la suya al relamerse los labios la más voluptuosa y coquetona de las golosinerías.

Y además de golosa, tenía también Lucía sus puntitos de vanidad y nada la halagaba como oírse requebrar al pasar con breve trotecito por las calles y como oírse decir que era muy guapa y muy bonita y muy graciosa. Pero en medio de su trivial y menuda coquetería, ningún amorío la inquietó. Y nunca se preguntó Lucía si le hacía falta enamorarse.

• • •

Tenía veinte años cuando don Manuel Melba pidió su mano. Don Manuel Melba hizo, a la tía vieja y bondadosa, protestas inconfundibles de la sana honradez de sus propósitos.

A Lucía no le desagradó la idea de casarse con don Manuel Melba. No era joven don Manuel

Melba, pero tampoco era viejo. A la verdad que no lo pensó más regalado. Bigotes retorcidos, como le gustaba a Lucía, y ganaba dinero bastante para tenerla con toda la estimación de un objeto de lujo. Seguramente le compraría el canario alegre y dorado en una jaula de alambre.

Y luego como la tía le hiciese presente que ya se sentía vieja, muy vieja, que tenía miedo de morirse de repente y que no quería dejarla sola en el mundo, Lucía encontró cada día más conveniente su matrimonio y un día cualquiera dio el sí.

El noviazgo fue breve. Y la tía cuidó -no era necesario- de que fuese también lo más honesto posible.

*** * ***

En los días que siguieron a su boda, Lucía estuvo muy satisfecha del matrimonio. A la verdad que no lo pensó más regalado. Su marido la mimaba con afectuosa solicitud y no permitía que se la molestase en lo menor.

Era como dijeron los vecinos de la vasta y tranquila casa en que Lucía viviera desde pequeña: Lucía había nacido para señorita.

Además, Lucía que razonaba siempre con mucho juicio, pensaba que había subido su nivel social. No era ya Lucía, la obrera del taller de modas, sino la señora Lucía de Melba, y esto la halagaba mucho. Cuando meditaba así, llamaba de pronto a la criada y se hacía mudar por ella el calzado y le daba órdenes.

Lucía no sabía si amaba a su marido. Pero como le daba mucho miedo descubrir que no lo amaba, prefería hacerse la ilusión de que lo quería con locura. Se le habría antojado de una ingratitud horrorosa confesar que, con ser empleado de banco, algo joven todavía y hasta buenmozo, no le inspirase el más ferviente cariño.

Una noche soñó Lucía que detestaba a su marido y que se había enamorado de un mozo que de soltera la asediaba con sus requiebros. Y al levantarse, ojerosa y sobresaltada, el recuerdo de lo que había soñado la perseguía por mucho rato. Lucía se hizo cruces y tuvo que invocar a su santo patrón para alejar la tentación del sueño.

*** * ***

Tres meses hacía que se había casado. Notábase ahora descompuesta y enferma. La náusea la asaltaba a cada instante. Y su tía la había hablado con misterioso sigilo. Lucía estaba nerviosa. Comenzaba a desencantarse del matrimonio.

Este día se había levantado muy tarde. Su marido, puntual y serio como no había otro, trabajaba en la oficina. Y ella estaba sola porque la tía había salido temprano junto con la criada.

Lucía estaba triste. El recuerdo de su cercana y libre juventud la torturaba. Era entonces – pensaba– bonita, fresca y lozana, y los mozos le dirigían esos requiebros de que tanto había gustado siempre y que nunca le había dicho su marido, tan serio, tan formal, tan laborioso. Sabía entonces que era provocativa y vivía satisfecha de la idea de que era admirada y deseada.

Ahora, en cambio, creía que su situación era desgraciada. Muy desgraciada. Como no salía a la calle, hacía tiempo que no escuchaba una galantería, una sola. Estaba, además, tan pálida, tan ojerosa, tan desmadejada, que no quería salir a la calle por nada de esta vida. ISe reirían de ella!

Se miraba envuelta en una bata amplia que le quitaba toda agilidad y toda esbeltez. Y se desesperaba.

Su coquetería infantil la llevó al espejo y entonces aumentó su desconsuelo. Se vio fea, despeinada, flácida, con grandes ojeras. Su ropa de mañana la abultaba el cuerpo, antes gracioso y ligero, y bajo los senos que resbalaban perezosos, se abultaba el vientre.

Y había envejecido. Hasta las zapatillas que cargaba se le antojaban horriblemente ridículas y la hacían recordar con pena sus botitas de grandes tacones, que, según indicación de su tía, ya no podía

2.7. La señora de Melba 95

usar.

Lucía sintió una impresión de malestar terrible y se dejó caer en un diván. No quería verse más. Le dolía la cabeza y le daba una sensación indefinible de mareo. Luego la arcada. Lucía se dio asco. Y tuvo un síncope.

Volvió en sí rápidamente, abrió los ojos con sobresalto y se encontró sola. Se vio remotamente, despeinada, flácida, indolente. Un ataque nervioso agitó su cuerpo y rompió a llorar, como cuando era una chiquilla y la mimaba la tía vieja y bondadosa...

REFERENCIAS

 En La Prensa, Lima, 28 de julio de 1915. Y en las Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 46-51.

El baile de las máscaras

José Carlos Mariátequi

¹Mi amigo Esteban, tan triste, tan sombrío, tan melancólico siempre, era esta noche más espontáneo, más comunicativo, más verboso que nunca, ante una copa de whisky que bebía a sorbos menudos, en el bar lleno de luces y de voces de cristales.

Mi amigo Esteban me había prometido explicarme por qué se había negado aquella noche – noche de carnaval– a ir conmigo al baile de máscaras. Y comenzó a decirme con voz pausada, triste, esta historia:

-Hace diez años, tenía yo entonces veinticinco, en una noche como esta, tercera de carnaval, Julio Vial y yo -¿se acuerda usted de Julio Vial?- (Yo hago una inclinación afirmativa). Julio Vial y yo nos aburríamos sin distracción. Julio Vial me propuso ir a casa de las Sixto, que eran alegres y simpáticas, pero yo me acordé que las Sixto nos habían torturado con polvos y chisguetes el día anterior y no quise ir. Julio Vial me invitó entonces al baile de máscaras y acepté. Yo no había ido nunca a un baile de máscaras. Cuando llegué al teatro y miré una serie de parejas ebrias, disfrazadas con trajes grotescos, me dio un poco de repugnancia y quise marcharme. Pero pensé en que no tenía otra distracción posible y alguna habría de proporcionarme mi permanencia en el baile. Las parejas pasaban ante mí, bailando desenfrenadamente. Y llegaban otras nuevas y el baile se animaba. A poco era un vértigo de serpentinas, colorines y dominós abigarrados. Yo me aturdía y comenzaba a distraerme. Julio Vial también.

(Mi amigo Esteban hace una pausa y bebe un sorbo de whisky. Yo lo imito. El bar está todo lleno de luces y de voces de cristales. Fuera, pasa como una onda de locura el carnaval).

De pronto llegó una pareja nueva. Era una mujer con dominó, una mujer esbelta, ágil, de elegante silueta; y era un hombre extraño, seco, de bigote recortado, de ojos pequeños, de mirada agresiva. El hombre y la mujer se sentaron próximos a nosotros. Yo los escruté curiosamente. Se me antojaron una pareja rara. Y me atrajeron sobre todo los ojos de ella, grandes ojos negros, grandes ojos brilladores. Los ojos de ella me miraron también, y yo la encontré misteriosa, sugestiva, fatal en su disfraz.

Y la adiviné hermosa, supremamente hermosa, tanto como eran su silueta y sus formas

turgentes.

El hombre extraño, seco, de bigotes recortados y de ojos pequeños, se paró de repente. Dijo en voz baja unas cuantas palabras a su compañera y salió de la sala casi de prisa. Yo seguí con la vista al hombre extraño y seco, y lo vi volverse para mirar a la mujer del dominó que con él vino.

• • •

La mujer del dominó siguió sola por mucho rato. La adivinaba impaciente y fastidiada. Ella se quitó el antifaz y me dije que no me había engañado al creerla hermosa, supremamente hermosa. Era morena, joven, fresca, deliciosamente bella la mujer del dominó y de los grandes ojos negros.

Julio Vial y yo comenzábamos también a aburrirnos. Para distraernos nos acercamos a la mujer del dominó y le hablamos. Ella nos contestó afable y yo sentí muchas veces en mis ojos los suyos grandes, negros y brilladores. La invité a "dar una vuelta" y ella aceptó gustosa.

(Mi amigo Esteban bebe un sorbo de su copa de whisky. Yo lo imito. El bar está todo lleno de luces y de voces de cristales. Fuera, pasa como una onda de locura el carnaval).

Nos confundimos entre el loco torbellino de las parejas que bailan un vals. Muy apretados, muy juntos, nos deslizábamos raudamente, automáticamente, vertiginosamente. Y yo sentía en mi cara su alentar tibio, perfumado y mareante, a ritmo de su respiración que le enarcaba el seno turgente. Bailamos con locura, bailamos frenéticos, con la misma ansia de embriagarnos entre el loco torbellino de las parejas abigarradas...

Fatigados, nos detuvimos. La conduje a su asiento, el mismo que antes ocupara. Ahí estaba Julio Vial. Yo la invité a tomar un refresco en el bar, pero ella rehusó. Insistí, y entonces habló así en su respuesta: "IGracias! IPodría venir él!". ¿Él? Yo me había olvidado de él. ¿Él era el hombre extraño, seco, de bigotes recortados, de ojos pequeños? No quise seguirme interrogando, me despedí de mi pareja y salí de la sala, obediente a Julio Vial, que me llevaba al bar...

• • •

Sentados ante una mesita del bar, Julio Vial y yo bebíamos. Irrumpían de pronto las parejas bulliciosas y ebrias para marcharse luego. Yo estaba nervioso. Una meretriz disfrazada de Colombina, me dirigió una provocación atrevida que corearon muchas risas. Julio Vial necesitó usar toda su energía y toda su sagacidad amistosa para calmarme.

Pedimos la tercera "menta".

Sonó un tiro. Julio Vial y yo nos quedamos estáticos, aterrados. Salimos después corriendo y entramos anhelantes a la sala, donde había cesado bruscamente la algarabía del baile. Una gran aglomeración señalaba el sitio donde el disparo había sido hecho. Era el mismo sitio donde habíamos dejado a la mujer del dominó que bailó conmigo.

Julio Vial y yo nos acercamos, abriéndonos paso casi a la fuerza. Escuchamos: ILa ha matado! Cuando llegamos al sitio en que dejamos a la mujer del dominó, un tumulto marcaba el otro por donde se llevaban al hombre extraño, seco, de bigotes recortados y ojos pequeños. Era el asesino. Mi pareja de hacía un instante estaba ahí, inmóvil, yerta, con una herida sangrante en el pecho. No quise seguir mirando su cadáver y me escapé del grupo, atontado. Julio Vial me seguía. A la salida escuchamos a dos personas que hablaban en voz alta. Una dijo:

-Ha sido por celos. Él era su amante y ella lo engañaba con otro. Él la espiaba y la dejó sola para sorprenderla. No hace mucho ella bailaba con su segundo amante. Un joven alto, delgado, pálido, vestido de gris oscuro, con corbata de lazo...

Salí del teatro como un loco. A lo lejos vi al grupo que se llevaba al asesino. Corrí aterrorizado. Yo era el joven alto, delgado, pálido, vestido de gris oscuro, con corbata de lazo. No he vuelto más a un

baile de máscaras.

(La voz de mi amigo Esteban ha concluido trémula, velada, llena de emoción. Él se ha bebido el último sorbo de su copa de whisky. Yo lo he imitado. El bar estaba lleno de luces y de voces de cristales. Fuera, pasaba como una onda de locura el carnaval).

REFERENCIAS

En La Prensa, Lima, 28 de julio de 1915. Y en las Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p. 40-45.

El hombre que enamoró de Lily Gant

José Carlos Mariátegui

¹Seis y 30 p.m. Parpadeaba la penumbra del cinema. Tanda vermouth. Lunes de moda. Hebea. Pathé Fréres. París.

En una fila media de la platea repleta, sin lagunas, Arnaldo se abandonaba con pereza sobre su asiento. Y entornaba los ojos -ojos grandes, verdes, vivaces, almendrados en el trazo-, como si soñara.

Arnaldo era joven. Treinta años decía su rostro afeitado, en el cual ponían su nota de cansancio las huellas de una juventud intensa. Y eran atildados y eran pulcros su traje y su ademán.

Por el ecran desfilaban escenas animadas y fugaces que Arnaldo miraba apenas. Pero surgió de pronto en una de ellas la figura esbelta, risueña y elegante de Lily Gant, y Arnaldo se incorporó en su asiento de platea y la siguió con los ojos –ojos grandes, verdes, vivaces y almendrados en el trazo–, que sonreían a la imagen de la artista.

Y Lily Gant, que hacía el papel de niña engañada en la historia folletinesca y cursi de la película, ponía en cada gesto y en cada ademán un matiz de su gama artística.

Era Lily Gant frágil y hermosa como una muñeca. Pero, al revés de una muñeca, era intensamente expresiva. Blonda, leve, aérea, pasaba por la luminosa fantasmagoría del ecran con los prestigios de lo misterioso, de lo desconocido, de lo irreal.

Arnaldo la seguía vehemente. Se diría que por el alma de este hombre elegante y pulcro pasaba una onda de extraño y refinado romanticismo.

Y en la sala, la concurrencia burguesa, vulgar y plácida, no perdía detalles de la historia folletinesca y cursi de la película. Un beso furtivo y quedo, cambiado en la penumbra protectora por dos enamorados, hizo vagar por un instante un leve perfume de juventud y de amor, de carne y de deseo.

Arnaldo era un *gourmet* del amor. Llegaba a los treinta años, maceradas sus carnes lívidas en los éxtasis locos de las locas caricias. Y llegaba célibe, irreductible en su soltería y en su ansia de libertad, después de deshojar pétalo por pétalo la flor exangüe de todos los placeres.

Hasta los treinta años no supo del amor su corazón. Arnaldo era sólo un cerebral, un refinado, un

exquisito. El gourmet que decían sus amigos. La crisis sentimental se esbozó en su adolescencia, espoleada por los encantos de Rosa, su prima joven y bella. Pero Arnaldo conjuró inmediatamente la crisis seduciendo a la prima joven y bella.

Y ahora, el *gourmet*, el refinado, el exquisito, llegaba a los treinta años y se preguntaba si no habría hecho una tontería al no casarse con la prima de su primer episodio donjuanesco y si no era muy pobre, muy infecunda y muy estéril su vida sin cariño y sin recompensa.

Un día, por primera vez, pensó Arnaldo en que le convendría casarse, poseer un hogar, una familia. Él no tenía padres y en su vida de célibe, su alma de ficticia misoginia daba los primeros indicios de hastío. Y pensó unirse con Isabel Saravia, que contaba cinco años menos que él y que era muy hermosa.

Al día siguiente, pidió a Isabel Saravia, con la misma serenidad indiferente con que hacía un cable a Buenos Aires, adquiriendo un caballo nuevo, tres años, familia número 3, pedigrí garantizado.

Isabel no amaba seguramente a Arnaldo. Pero había despertado en ella el interés que en todas las mujeres casaderas de veinticinco años despierta un hombre de treinta con reputación de don Juan y vasta leyenda de conquistas, amantes y adulterios.

Los dos conseguían a ratos hacerse la ilusión de quererse. Y a la hora del *five o'clock* tea se partían de una misma galleta de vainilla y hasta se daban un beso.

*** * ***

Arnaldo acompañó un día a su novia al cine. Lo había puesto a elegir entre acompañarla al cine o a casa de sus primas las Miravales. Arnaldo se acordó de que las Miravales eran muy tontas y que todavía sus novios eran más tontos que ellas. Y prefirió llevar a Isabel al cine.

Ya en el cine, Isabel le dijo que exhibirían una cinta nueva: "El debut de Lucy". Y que interpretaba a la protagonista, Lily Gant. --"Una gran artista! ¿No la conoces tú?" - Arnaldo no la conocía, pero por decir algo dijo que la había oído nombrar mucho. Isabel la ponderó entusiasta, hasta que apagaron las luces y comenzaron a sucederse las escenas de la película que se estrenaba ese día.

Arnaldo vio surgir a poco en el ecran la figura primorosa de Lily Gant, simulando una Lucy, que debutaba en el Folies Bergeres. Y esta Lucy de Folies Bergeres recibía un billete de un cansado amante que la abandonaba. Arnaldo nunca iba al cine. No conocía a Lily Gant y la encontró deliciosa.

Hubo un momento en que la figura de Lily Gant agrandada, luminosa y fantástica, apareció envuelta en un halo parpadeante y sonrió enviando un beso con sus dedos leves. Arnaldo sintió en sus ojos la mirada de los ojos de Lily Gant, que adivinó garzos. Y se sintió un poco niño. Le parecía estar preso de la misma impresión que cuando conoció en su adolescencia lontana a su prima joven y bella. Y que la mirada de Lily Gant era la misma mirada de su prima cuando se posó en la suya tímida. También los ojos de Rosa eran grandes, garzos, expresivos. Arnaldo recordó entristecido el día en que Rosa, su prima, la de los ojos grandes, garzos y expresivos como estos que ahora la miraban, se le entregó sumisa, inconsciente, amante.

Pero Lily Gant era más frágil. Lily Gant era más bella. Sólo sus ojos se parecían a los de Rosa, cuando Rosa era adolescente. Porque desde que Rosa se había casado, cuatro años antes, con un hombre rico, con lentes y con un abdomen muy grande, sus ojos tenían una mansa, una dulce, una beata expresión de animal doméstico.

Terminó la película. Salieron todos. Arnaldo con Isabel entre los últimos. Isabel le hablaba de Lily Gant: "IQué bonita! ¿No?" Arnaldo miró con pena a su novia y no le dijo nada.

Arnaldo regresó al día siguiente al cine para ver nuevamente a Lily Gant. Y volvió después muchas veces. A ratos se preguntaba si no sería infantil dejarse sugestionar así por una sombra que vagaba una hora o más entre el vertiginoso conjunto de la "fila". Se acordaba de que tenía treinta años, de que iba a casarse, y se decía que no iba a derrotarlo un sentimentalismo ridículo e ingenuo, después de haber sido él tan fuerte y cerebral. Pero volvía a mirarse en los grandes ojos garzos de Lily Gant y se sentía otra vez niño, como cuando sintió en la suya la mirada de Rosa, su prima joven y bella.

Y día a día, le interesaba menos su novia. Se convenció más de que no la amaba. Faltó a

menudo a los *five o'clock* tea a su lado, y no volvieron a partirse de una galleta de vainilla ni a darse un beso, el pobre beso melancólico que compartieron a veces, indiferente él, temblorosa y espoloneada por el deseo ella.

*** * ***

Ese día Arnaldo –le acariciaba la penumbra parpadeante del cine de seis–, se dijo que estaba enamorado de Lily Gant.

Pero ¿se había podido enamorar de una vaga, de una incorpórea, de una intangible mujer, de una sombra del ecran, él que no se había enamorado de ninguna otra real, de ninguna otra por hermosa que fuera? Arnaldo pensó que Isabel Saravia era también muy hermosa. Y que era su novia, y que iba a ser su esposa. ¿Iba a ser su esposa Isabel Saravia? Arnaldo, por primera vez, tímidamente, se arrepintió no poco de haberla pedido.

El cálculo razonador y frío, del hombre fuerte, del hombre cerebral, reaparecía. ¿Cómo podía enamorarse de una mujer que conocía solo por las imágenes oscilantes de las películas? Era un tonto. No volvería al cine. Lily Gant sería sin duda una cortesana asequible a los caprichos de un millonario bruto, con lentes y con un abdomen muy grande como el marido de Rosa, y al mismo tiempo amaría a un "macró" elegante que le pegaría y le quitaría el dinero. Arnaldo se encontró ridículo, infantil, y se ratificó en su propósito de no volver al cine. Esta vez sería la última. Estrenaban "La pobre Margot", una película en la cual Lily Gant interpretaba a la protagonista, como la noche aquella en que acompañó a su novia y vio por primera vez a Lily Gant.

Las escenas del folletín de la película, grotesco y vulgar como el de la otra vez, comenzaron a pasar rápidas. Y Lily Gant surgió en el lienzo blonda, frágil, aérea. Arnaldo volvió a sentirse infantil y enamorado.

Lily Gant era "la pobre Margot". Las aventuras de un amorío romántico y contrariado pasaron primero. Luego surgió la figura de un elegante, cínico, hermoso. Era el novio que sus padres imponían a "la pobre Margot". Y Margot lo aceptaba sumisa, triste, apenada. Un día ambos tomaban té en una terraza. Él le hablaba mimoso, acariciador, y ella lo escuchaba sufrida, melancólica. Él quiso darle un beso y ella lo esquivó. Espoleado por la resistencia... él la abrazó violentamente. Y le dio brutal, uno, dos, tres besos crueles, ansiosos. Arnaldo miraba trémulo, enloquecido, inquieto. Sintió en la suya la mirada triste de los ojos garzos de Lily Gant. Y los ojos de Lily Gant miraban como miraron a Arnaldo los ojos de Rosa, de su prima joven y bella, aquel día en que se le entregó sumisa, inconsciente, amante. La escena desapareció entre un parpadeo fantástico de luz y un estremecimiento nervioso de sombra.

* * *

Cuando concluyeron las escenas del folletín grotesco y cursi de la película, salieron del cine las gentes plácidas y satisfechas. Se habían marchado todas cuando Arnaldo salió de la sala sombrío, inconsciente, como loco. Dio a un chauffer las señas de su casa e hizo que lo llevaran a ella. Cuando el automóvil se detuvo, entró a su casa de prisa y escribió a Isabel Saravia una carta muy breve. Le devolvía su palabra de matrimonio. No podía casarse con ella, porque era hereditariamente epiléptico. "Antes no había querido decírselo... La amaba tanto!"...

REFERENCIAS

En La Prensa, Lima, 4 de agosto de 1915. En Lulú, Nº 48, pp. 18-20, Lima, 18 de mayo de 1916. En El Tiempo, Lima, 25 de agosto de 1916. En las Páginas Literarias, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), p.21-39.
 Y en la Revista Diplomática Peruana, Nº 36, pp. 14-15, Lima, 2 de abril de 1972.



José Carlos Mariátegui en la tribuna del hipódromo, apoyado en su bastón (c.1916). Archivo Fotográfico Servais Thissen

José Carlos Mariátegui en el hipódromo de Lima

Título	José Carlos Mariátegui en la tribuna del hipódromo, apoyado en su bastón	
Creador	Anónimo	
Año	c.1916	
Medio	Fotografía	
Formato	Digital	
Localización	Archivo Fotográfico Servais Thissen	

Dirección y Administración EL TURI SUSCRIPCIONES POR LA TEMPORADA Billinghurst 361 LIMA-PERU En Provincias..... S. 5.00 REVISTA ILUSTRADA DE CARRERAS Polia Particular En el Extranjero.. ,, 8 00 DIRECTORES: JUAN CRONIQUEUR Y DEBEL MELCHORMALO 302 Número suelto..... , 0.20 Año II } Lima, 3 de Julio de 1915 1 Núm. 13

El Turf. Revista ilustrada de carreras, Año 2, N° 13 (3 de julio de 1915). Archivo Fotográfico Servais Thissen

Portada de la revista El Turf

Título El Turf. Revista ilustrada de carreras

Año julio, 1915

Medio Publicación Periódica

Localización Archivo Fotográfico Servais Thissen

Volumen Año 2, Nº 13

2.10.

Fue una apuesta del *Five* o'clock tea...

José Carlos Mariátegui

Juan Croniqueur, cuentista atildado y sutil, publicará en "El Turf" cuentos, como el que hoy ofrecemos, en los cuales se retrata el ambiente de aristocracia y esnobismo que da

marco a la afición hípica. En el año anterior "El Turf" publicó algunos otros del mismo literato que fueron muy celebrados por nuestro público.

¹Irene se incorporó en el muelle y plácido *chaise longue* de su alcoba. Se había detenido a las puertas de la casa suntuosa el automóvil.

En la estancia tibia y plácida, en la cual recién se había desperezado la mañana, había el perfume fresco de un oliente ramo de flores sobre las cuales pusiera minutos antes el estrujón de su caricia nerviosa la señora Irene de Oriol. Y había el perfume voluptuoso que esparcía el cuerpo joven, mórbido y lozano de la señora de Oriol.

Una criada entró a la alcoba y dijo a la señora:

-Ha vuelto Julián, trayendo al jockey. Espera en el vestíbulo. Irene tuvo un gesto de contrariedad neurótica.

-Le dije que lo condujera aquí!

La criada salió. Irene miró al espejo biselado y límpido del ropero. En él se copiaba su cuerpo envuelto en una bata de tela sutil. Bajo las transparencias vaporosas de la bata, la carne tuvo un calofrío. Irene cruzó con fuerza los brazos sobre el pecho trémulo. Luego sonrió. Llegó un ruido de pasos tímidos sobre el piso alfombrado de la inmediata habitación. Y, en seguida, entraron Julián, el mayordomo, primero, y el jockey después.

El jockey llevaba en las manos su gorra de lana. Hizo una reverencia. Julián se fue silenciosamente a un ademán de Irene. El jockey paseó una mirada de azoramiento por la estancia, al sentirse solo en ella con su ama.

Irene habló:

-Acérquese, Nick.

Del mismo modo le había nombrado ella las pocas veces que le había visto en el hipódromo y en el stud. Nick. Así también lo nombraban los periodistas, los entraineurs, los demás jockeys, todo el mundo. Nick se aproximó respetuosamente a Irene. Irene tornó a mirarse en el espejo biselado y límpido del ropero. El jockey, confuso, esperó.

Irene habló:

-Oiga, Nick. El que le voy a pedir es un favor muy grande. A usted le va a parecer raro, pero crea Nick que no es nada malo. Quiero que el domingo pierda Myrtho.

Irene calló. Nick la miró con asombro. Y después el diálogo fue así:

-Sí, Nick. Yo necesito que Myrtho pierda el domingo. No le puedo decir por qué. Tampoco lo puede saber mi marido. Y yo estoy segura de que usted querrá ayudarme, sin pedirme otra explicación. ¿Verdad, Nick?

(Hubo una pausa. Avanzando su busto trémulo hacia el jockey absorto, Irene buscaba con su mirada de súplica y seducción la mirada de Nick que fugaba cobarde entre las manos pálidas que jugaban con la gorra).

- -Señora. Porque usted me lo pide... Yo haría un esfuerzo... Pero el amo, señora, podría saherio
- -Usted es lo bastante hábil para fingir una causa de la derrota de Myrtho. Una causa inteligente. Sí, Nick.
- -Yo, señora... Tal vez. No fío en ningún ardid, aunque acaso hubiese uno. Pero, señora. ¿Necesita usted tanto que Myrtho pierda? Ya sabe usted que es una gran carrera. Un gran clásico. Y un triunfo fijo.
- -Sí, Nick. Lo necesito mucho, mucho. No le puedo decir por qué. Usted me va a salvar. Hágalo a toda costa. Nadie podrá saberlo. Sí, Nick, sí. No tengo a otra persona a quien pedirlo. Y tú eres bueno. Hazlo tú.

(La voz suplicante del ama que lo hipnotizaba con los ojos y con el perfume de su carne muelle, dominó a Nick. Nick se oyó tutear absorto. Hubo un silencio muy corto, durante el cual pasó por los ojos de Nick la visión de su ama –la misma Irene que le había mandado traer del hipódromo en su automóvil de silenciosas llantas, ruidosa bocina y mullido interior—, visitando uno a uno los boxes, montando a caballo, pidiendo auxilio en el trance de bajarse que hinchaba sus músculos jóvenes bajo la prisión del augusto traje de amazona, llenándolo todo con el timbre vibrante de su risa nerviosa. La visión de Irene en esa vez o en esas veces en que Nick se había confesado que la amaba).

- -Bueno, señora. Myrtho no ganará el domingo.
- -Gracias

La voz de Irene era agradecida y zalamera. Nick leyó en ella la seguridad con que esperaba que su respuesta fuera así: "Bueno, señora". Y tuvo un pequeño arrepentimiento ante la sonrisa coqueta de Irene.

Hizo una genuflexión y dijo a media voz una frase confusa de despedida.

Irene lo detuvo todavía un segundo para decirle:

-Muchas gracias. Le voy a regalar algo en recuerdo de su servicio. Esta sortija. Y se quitó del dedo anular de la mano derecha, fina y gentil como la otra, una sortija de oro, sencilla y caprichosa. Nick rehusó aceptarla. Se puso rojo y salió de la estancia afligido de no saber decirle que preferiría una flor de las que había en el oliente ramo, desprendida por sus manos gentiles y finas.

Cuando salía, ella le dijo con voz fuerte, sonora y alegre, como si estuviera mojada por sus sonrisas:

-DAdiós, Nick!

*** ***

Dos días antes, a las cinco de la tarde, Irene dialogaba con su amigo Andrés Rosas en su gabinete de recibo. Los dos estaban muy juntos, frente el uno del otro y acodados sobre una mesita redonda y frágil, cuyos pies se curvaban primero convexa y después cóncavamente hasta aproximarse en un nudo bajo la sombra del fleco esquinado de la sobremesa.

Andrés Rosas era un hombre elegante, atildado y simpático.

– Bigote recortado, polvos de talco sobre la sombra azul de la barba, peinado inteligente que disfrazaba la incipiente aparición de la calva, sonrisa elástica, mirada de hombre acostumbrado a usarla, voz untuosa y maligna, edad cenital para un dandi, *sportman* y galantuomo— Era amigo de Roberto Oriol, gerente de una compañía anónima, director de otra, dueño incondicional de una casa suntuosa, un fundo, un stud, un automóvil y condicional de Irene, su gentil y joven esposa. Y como Andrés era tan amigo de Roberto Oriol, la esposa de Roberto Oriol tan bella y codiciada, y poseedor él de tanta historia de aventuras galantes, se le asignaba cerca del matrimonio el papel de cortejador de la señora. Andrés que era hombre resignado aceptaba el papel y tenía alguna vez el honor de poner el abrigo sedeño sobre los hombros escotados de la señora Oriol en las noches del teatro, de ser su confidente a propósito de cualquier trivialidad que podía ser confiada a la modista, de tomar *thé* con ella en las tardes en que le parecía aburrido tomarlo sola o con una amiga y de discutir con ella en las carreras sobre cómo era más elegante que usasen los caballeros sus prismáticos. Irene había visto la usanza más chic en Europa. Y había estado en Epsom, en Chantilly, en Longchamps.

Ahora, Andrés e Irene se decían las mismas banalidades de siempre, interrumpiéndolas a veces ella con una risa nerviosa, escurridiza, y veleta que hacía decir a Andrés: "ICállese, por Dios, Irene!" Porque hacía dos meses que Andrés le decía familiarmente Irene y le había jurado con una formalidad muy teatral que estaba completamente enamorado de ella, después de intentar robarle un beso.

Entró un criado portando el servicio de *thé*. Encima de la mesa brilló enseguida el plaqué de las cucharillas y de la tetera que ponía entre los rostros de Andrés e Irene un suave calor de discreta estufa. En las tazas transparentes se vertió el *thé* y lo endulzó el concéntrico giro de las cucharillas. Y entre los dientes de él y de ella, que mordían la música intermitente de la risa y cortaban las palabras, crujían las galletas frágiles.

Hipnotizado por la mirada de Irene, quien estaba tan cerca de él y jugaba con la suya experta y brillante, Andrés decía frases vehementes, cálidas y apasionadas que parecían muy hondas y muy sinceras.

- -Mire, Irene, yo le pido muy poco. Una cita solamente. Una cita en mi casa. Irene rio nuevamente con risa nerviosa, escurridiza, y veleta que acompasaba sobre la porcelana del platillo con la cuchara de plaqué.
- -Por Dios, Irene, no se ría. Es muy serio. ¿Por qué no quiere usted ir una sola vez a mi casa? Una mujer como usted saldrá sin que le haya pasado nada que contraríe su voluntad. Así es mi amor, Irene...
 - Y ella seguía riendo y acompasando su risa sobre el platillo con la cuchara de plaqué.
 - -Doy mi vida por esta cita. Toda mi vida. Es la primera vez que yo digo esto, Irene... Irene dijo, interrumpiendo su sonrisa, con la cuchara suspensa sobre la porcelana del platillo:
 - -¿Una cita no más? ¿Verdad? Andrés contesto:
 - −Sí.

Irene tornó a reírse con nervios de mujer engreída e indecisa. Pensó que era una necedad no ceder un paso a la tentación de Andrés Rosas y no urdir con él la red de una aventura que figuraría como la más honesta de sus historias de señoras casadas, cuando era tan interesante, tan rendido, tan amable, mientras Roberto Oriol hacía negocios, se paseaba o charlaba en el club. Y Andrés Rosas, su cortejador, era, desde que la enamoró, el capricho de la nerviosa y bella Irene que buscaba modo decoroso de dar pie a la aventura sin que pareciese que por su voluntad ella lo daba. Hoy tenía un proyecto.

Irene dijo:

-Andrés, le hago una concesión. Le apuesto a usted la cita. Se la apuesto en una carrera de caballos.

Andrés sonrió sin extrañeza ante la ocurrencia y dijo sólo:

-ſOh!

Irene continuó:

-Sí. Pero yo he de poner las condiciones. En el clásico del domingo solo Myrtho y Ruy tienen opción. Roberto dice así. Pues bien. Yo tomo a Myrtho y le dejo a usted Ruy. Si Myrtho gana usted tendrá por castigo regalarme su colección de orquídeas.

Andrés hizo una débil protesta:

-No, Irene. Así no vale. Myrtho ganará de todos modos. Y que Ruy gane es imposible. Cambiemos las cartas.

Ella lo cortó con una coquetería ceñuda:

-No, señor. Algo ha de dejar usted a la suerte, regalón. Fíese en ella. Sólo así ganaría la cita. ¿En la casa de usted? ¡Qué vergüenza! Si no supiera que de allí saldría siempre sin que me hubiese pasado nada que contrariase mi voluntad, como usted dice.

La risa estalló nuevamente. Y el diálogo fue apagándose y muriendo a tiempo que la luz que tamizaban las cortinas se tornaba adusta y amarilla; oxidaba el plaqué de las cucharillas, de la tetera, del azucarero y de la bandeja de pastas y jugaba en la sortija que Irene tenía en el dedo medio de la mano derecha y con la cual tamborileaba sobre el labrado borde de la bandeja de pastas.

*** * ***

Nick colocó a Myrtho en el puesto en que le correspondía partir. Los demás caballos, Ruy, Lord Robs, Pick, Ride y Douglas ocuparon los suyos también. Hacia el lugar de partida de la carrera clásica, convergían los anteojos de las tribunas y de las terrazas. Nick recordó su compromiso y la visión de Irene, risueña, luminosa, incitante, arrebujada en su bata de mañana, pasó lentamente por sus ojos.

Cinco minutos después los caballos partieron.

Ruy ganó la carrera. Myrtho llegó segundo. Hubo comentarios. Unos culpaban al caballo y otros culpaban al jinete. Roberto Oriol perdió cien libras. La derrota le causó una gran sorpresa. Y antes de la siguiente carrera, Nick pasó delante de Irene, golpeándose una polaina con el latiguillo. Irene lo miró sonriente y Nick se estremeció. La sonrisa de Irene, mundana y regocijada, esa sonrisa en torno de la cual se agrupaban las siluetas elegantes de dos o tres dandis que seguramente le decían sus requiebros, lo hizo arrepentirse un poco de su traición y lo puso sombrío.

• • •

9 a.m. En su humilde cuarto del stud, Nick sentado meditaba. De fuera llegaba el rumor de una charla frívola y animada, en cuyo tema se mezclaban caballos, apuestas, mujeres, amores, modas. Junto a la ventanilla del cuarto de Nick, en un pasadizo del stud de Oriol conversaban Andrés Rosas y Juan Lendo. Nick conocía sus voces. Y no ponía atención en el diálogo cuyas palabras llegaban a su cuarto por la ventanilla. De pronto, oyó el nombre de Irene y se irguió. Y aguaitó por la ventanilla, cauteloso y ávido. Los dos *sportsmen*, vestidos con trajes de polo y llegados de visita incidental y ociosa al stud, hablaban efectivamente de Irene. Andrés refería. Nick escuchó.

-Es la suerte que yo tengo siempre -decía Andrés-, el azar que me protege. Gano en la ruleta, en las apuestas mutuas y en el amor. Lo que te he contado es cosa de suerte no más. Imagínate. Yo la había pedido muchas veces la cita. Pero siempre me la había negado. Es tan caprichosa. Esta vez me propuso la original apuesta. Yo acepté naturalmente. Pero no tenía fe en que Ruy ganase. ISi era una fija de Myrtho! Pero me socorrió la fortuna. Ruy ganó y tuve la cita. IFue un batacazo!

*** * ***

Nick quedó consternado. La verdad le parecía monstruosa y le asombraba. Recordaba a Irene, a la gentil y voluptuosa Irene de Oriol que él había amado en secreto, recibiéndolo en la tibia intimidad de su alcoba. Luego la proposición, la súplica, el asentimiento, su cobardía para pedirle la recompensa de una flor en reemplazo de la sortija rehusada. Y después la traición, la deslealtad, la trampa en que tuvo su origen la derrota inesperada de Myrtho. Y todo había sido una intriga pecadora de Irene para conceder sus favores, malignamente negados hasta entonces, a ese pobre diablo elegante de Andrés

Nick evocó los comentarios de la derrota. Un telefonazo de la perversa había conseguido que Dick, cronista del principal diario hiciese hábil explicación de la carrera. Nick tuvo celos. Y se despertó en él un odio inmenso a Andrés. ¿A Irene? A Irene, no. Volvió a verla, cerca de él, suplicante, trémula, hermosa. En la pared recortado y pegado por las manos de Nick estaba también su retrato. Una silueta que había publicado una revista elegante. En ella estaba risueña, displicente, coqueta, pero tan bella como cuando la envolvía la bata sutil de aquella mañana.

Nick sacó de un bolsillo un pequeño recorte de periódico. Y lo leyó con tristeza. Decía así: "El esfuerzo de Nick por hacer triunfar a Myrtho fue constante e inteligente. Myrtho corrió con algún desgano. Y la presentación de Ruy fue en cambio inmejorable. Nick fue el mismo jockey de siempre, enérgico, hábil, intrépido y listo".

Nick estrujó el recorte y lo arrojó apenado y trémulo.

JUAN CRONIQUEUR

REFERENCIAS

2.11

Historia de un caballo de carrera

José Carlos Mariátegui

¹Flower asomaba su cabeza nerviosa y fina por la abierta ventana del box, a punto en que Lucy Regnier entraba al soleado patio del *stud*. La fina y nerviosa cabeza de Flower se irguió ante la risueña proximidad de Lucy Regnier, que avanzaba hacia el box con paso breve y rápido, dejando las agudas huellas de sus tacones. La seguía el *entraineur* a quien la visita de Lucy Regnier, hija del amo, no sorprendía, pues era habitual la frecuencia con que ella iba a visitar a Flower, su caballo favorito, su predilecto, de la ecurie.

Hacía año y medio que Flower había llegado al *stud*. Era entonces un potrillo pequeño e indómito, adquirido por el señor Regnier en un remate. Lucy lo vio en el *stud* un día que llegó a él con su hermano Alfredo. Y desde entonces tuvo para él la misma caprichosa e infantil predilección que a los cinco años tuviera por un fox-terrier, con quien riñó porque un día la hizo llorar con una mordedura sorpresiva.

Flower era alazán. Su pelaje tenía en el lomo un vivo tinte doradillo, por el cual corría una tenue ondulación nerviosa cuando erguía su cabeza avizora ante la caricia inminente de Lucy Regnier caminando hacia el box de su confortable cautiverio. Y en la frente y sobre el hocico, una mancha blanca, parecía una pincelada que se hubiese trazado, adrede para que Lucy Regnier pusiera en ella la breve palmadita de su mano mimosa, la misma mano que colocaba terrones de azúcar en la ávida boca del potrillo.

Cuando Flower se presentó por primera vez en una tarde de carreras, el debut tuvo para Lucy proporciones de solemne y magno acontecimiento. Flower ganó y Lucy porfió a todos que Flower era el mejor caballo que pisaba el hipódromo. Y con Luis Galdós que la contradijo se enfadó grave y coquetonamente. No se supo si fue sincero convencimiento de que Flower era un gran caballo o pretextos de *flirt*, como decía Alfredo Regnier.

Y, como si el mimo de su gentil amita le diese fortuna, Flower sorprendía a todos, y asombraba singularmente a Luis Galdós, con nuevos y sucesivos triunfos. Luis Galdós, profesional de sports, turfista apasionado, experto en la aplicación de la teoría de Bruce Lowe, afirmaba que Flower era un

caballo excepcional. Su pedigrí era vulgar, casi insignificante, su precio en el remate inferior al de muchos yearlings que no tenían la menor esperanza de conseguir figuración en el calendario del Jockey Club y su misma contextura no delataba los "medios" de un crack. Mr. Jack Hamilton, un inglés que hablaba incansablemente de caballos y carreras, se mostraba muy interesado por este "caso".

Flower llegó a contarse muy pronto entre los más notables caballos de su generación. Y se hizo el crack del *stud* del señor Regnier, que acababa de ver fracasadas sus expectativas en otro caballo de intachable pedigrí, admirables *inbreedings*, "medios" poderosísimos, y precio fabuloso.

Flower había oído aclamar su nombre por una multitud febril en las circunstancias emocionantes de muchas reñidas llegadas. En las carátulas de las revistas hípicas había aparecido su cabeza avizora, en la cual la mancha blanca semejaba una pincelada extendida adrede para que Lucy Regnier pusiera sobre ella la breve palmadita de su mano mimosa.

*** * ***

Esta mañana Lucy Regnier visitaba a su caballo. Flower inclinaba su cabeza hacia las manos de ella. La cabeza de Flower tenía un abandono voluptuoso cuando Lucy Regnier la mimaba con mimo de niña por su muñeca.

Flower sentía el engreimiento de la felicidad. En el *stud* le rodeaba el prolijo cuidado del *entraineur* y de sus ayudantes y lo visitaba la cariñosa y protectora asiduidad de Lucy. En el hipódromo, Flower se veía muchas veces rodeado, acariciado y fotografiado. Y tenía la conciencia de que todo ese clamor era admiración y aplauso.

Una mañana había ingresado al *stud* un nuevo huésped. Era una yegua joven, nerviosa, fina, alazana también. Flower la había visto pasar por la ventanilla de su box como una sombra luminosa, como una aparición que despertase en él mucha alegría, como a Lucy Regnier cuya proximidad sabía presentir. Viendo a Lucy avanzar hasta el box, vibraba bajo el pelaje de su lomo la ondulación nerviosa que se desperezaba al roce caricioso de las manos pequeñas y blancas.

*** * ***

Llegó una tarde fatal para Flower. Fue durante una carrera ruda y sensacional. En un brusco esfuerzo de dirección, Flower sufrió el desgarronamiento de una mano. Y Flower cayó al suelo, mientras los demás caballos pasaban veloces muy cerca de él, guiados por el enérgico y rápido requerimiento de sus jockeys que esquivaban el peligro del caballo caído.

El accidente tuvo gran repercusión. Lucy se afligió hondamente ante su caballo herido. Los cronistas hípicos lamentaron el eclipse inevitable del crack del señor Regnier.

Flower enfermo y triste en el *stud*, tenía el solo consuelo de que su ama lo visitase y le llevase terrones todavía. Solo le afligía su derrota y su soledad, cuando el *stud* se quedaba abandonado porque uno a uno todos los caballos habían ido al hipódromo para hacer sus ensayos. Flower tenía la nostalgia del campo brumoso y del césped blanco que en las mañanas invitaba a sus nervios a la carrera y al retozo.

Un día, curado ya, pero invalidado para las carreras, Alfredo Regnier lo sacó del *stud* y dio en él un paseo. Los Regnier, bajo el sabio consejo de Mr. Jack Hamilton, habían resuelto que Flower no servía para el criadero. Mr. Hamilton tenía minuciosamente e*stud*iado su pedigrí y afirmaba que Flower daría productos insignificantes. Lucy Regnier había escuchado con agrado esta declaración que le permitía conservar a Flower y hacer de él, tan manso, tan bonito, "tan bueno", su caballo de paseo.

Flower encontró grato su nuevo oficio. Alguna vez le afligió la nostalgia de la pista, de la carrera, de la lucha. Pero le contentaba seguir en el *stud*, tener siempre el mimo de Lucy Regnier y pasearla de vez en vez. El requerimiento de las riendas apretadas por su manita enguantada, la presión leve de sus zapatitos y hasta el golpe de su fuetecillo tenían para Flower sabor de caricia. Flower estaba orgulloso de su gentil señora y amazona.

*** * ***

Fue otra tarde fatal. Flower paseaba a Lucy Regnier por un parque. Lucy Regnier lo había obligado a apurarse y se había distanciado mucho de Alfredo Regnier que la seguía lentamente en una yegua tordilla. Flower se detuvo ante una zanja. Lucy lo requirió para que la saltara. Y Flower brincó sobre la zanja. Al caer, en la mano desgarronada, revivió el extinguido dolor de la herida, agudo e intenso. La mano se dobló violentamente y Lucy cayó al suelo.

Flower se aproximó hacia ella lentamente y extendió su largo cuello sobre el frágil cuerpo de la amazona exánime. Flower la miró como si comprendiera que Lucy Regnier se había hecho daño por su culpa. Alfredo Regnier lo halló así, galvanizado, pensativo ante Lucy Regnier que se sobresentaba descompuesta y trémula.

* * *

Lucy Regnier no volvió a pasear en Flower. No volvió a visitarlo en el *stud*. El accidente había hecho decir a su padre, a su hermano, a Míster Jack Hamilton, a Luis Galdós, a todo el mundo, que era una imprudencia temeraria usar para paseo un caballo de carrera nervioso e indómito. Y Lucy Regnier, con la versatilidad de la niña bonita que se aburre de una muñeca, se olvidó de Flower que quedó tristemente recluso en un box del *stud*. Las manos que pusieran terrones de azúcar en la boca ávida de Flower, urdían ahora recatadas coqueterías ante la galantísima invocación de Luis Galdós enamorado.

Sobre la pista mullida del *stud* no volvieron a dejar sus huellas agudas los tacones de Lucy y en el box solitario, Flower sentía la nostalgia del roce caricioso de las manos finas y blancas. Hasta poco antes en su quiebra, en su fracaso, en su derrota de crack y de corredor, lo había acompañado consoladoramente Lucy Regnier. Teniéndola a ella, sintiendo en su flanco la presión de sus tacones y en su anca el golpe tímido de su fuetecillo y sintiendo el requerimiento de las riendas cogidas por su mano enguantada, Flower había olvidado las satisfacciones de la antigua vida.

Nadie dijera que, en el rincón sombroso de un box, que no era ya el que en otra época albergara al crack, vivía la dolorosa tragedia del alma de un caballo.

*** * ***

Medio día en el *stud*. El sol ponía un cuadrilátero concéntrico de luz en el patio cuadrilateral. Silencio. Quietud. Siesta. De raro en raro el paso de un muchacho que llevaba y traía un balde, una escobilla, una montura. Relincho intermitente.

Un muchacho abrió un box y sacó de él a Naná, la yegua alazana y joven. Y comenzó a pasearla por la pista. Por la rendija de su box cerrado, Flower vio pasar luminosa y fugaz la silueta de la yegua alazana y joven. La yegua halada de la rienda por el muchacho, pasó una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces. A los tristes ojos de Flower, este paso, que hacía silencioso la muelle blandura de la pista, llevó la evocación de Lucy Regnier avanzando con gesto risueño hacia el box de otrora.

Alfredo Regnier se había acordado de Flower para dedicarlo a halar su birloche. Y Flower fue uncido al frágil cochecillo naranja de Alfredo Regnier cuando Alfredo Regnier quiso dar un paseo matinal y campesino. Una mañana en la alameda, el birloche de Alfredo Regnier se detuvo frente a Lucy Regnier a la jineta en un caballo zaino. Flower tuvo un estremecimiento de placer ante la presencia de su ama. Luego la miró apenado porque las manos finas y blancas no llegaban hasta él, como en otra época, para acariciarlo y porque otro caballo sufría ahora el mimo del fuetecillo, de sus tacones y de sus riendas.

Lucy miró casi con desdeño a Flower y dijo a Alfredo: "IQué feo está!"

Parecía que Flower hubiese entendido la frase y la mirada. Lucy se despidió. Alfredo agitó las riendas para que Flower partiese. Flower, imbécil, no obedeció. Entonces la mano nerviosa y engreída del señorito tuvo una crispación colérica y descargó el látigo sobre el anca que antes hiriera el fuetecillo señoril de Lucy. El latigazo chasqueó dolorosamente. Flower partió mientras el caballo zaino de Lucy, requerido por las riendas que cogían una mano enguantada, se alejaba también.

*** * ***

Otra mañana. Flower arrastraba hacia el *stud* el birloche de Alfredo Regnier. Otra vez el birloche de Alfredo Regnier se detuvo en el camino. Frente al birloche suspenso de Alfredo Regnier, estaba Naná, la yegua alazana y joven y Boy, el reciente crack el que reemplazara a Flower, y como Flower inutilizado por otro desgarronamiento traidor. Pero Naná y Boy dejaban el *stud* para ir al haras. Flower tuvo el amargo presentimiento del destino de Naná y Boy tan distinto del suyo. Comprendió por qué dejaban el *stud*. Supo que marchaban hacia el campo, hacia la libertad, hacia la alegría, hacia el amor. La evocación de la yegua alazana y joven paseando por las pistas mullidas del *stud* surgió a sus ojos tristes, unida a la evocación de Lucy Regnier avanzando con gesto risueño hacia su box.

Entre Alfredo Regnier y los sirvientes que conducían a Boy y a Naná se cambiaron algunas frases. Luego, el látigo chasqueó sobre el anca de Flower, dolorosa y cruelmente, y el birloche partió raudo.

JUAN CRONIQUEUR

REFERENCIAS

1. En El Turf, Nº 38, pp. 1-5, Lima, 20 de mayo de 1916.

2.12

Epistolario Frívolo

José Carlos Mariátegui

(Novela Auténtica)1

Breve y necesaria noticia: Elías, treinta años, renta importante, elegancia, displicencia, risueña ironía. Helena veintidós años, posición social distinguida, belleza, automóvil coupé, días de recibo con *five o'clock tea*.

8 de mayo, 7 y 35 p.m.

Helena:

Hace una hora y media la he visto a usted en el Palais Concert. Tomaba usted té en una mesa inmediata a la mía. Yo no puedo resistir a la necesidad imperiosa de escribirle que, desde hace hora y media, me gusta usted inmensamente (Perdone usted que le escriba en papel con timbre de Visconti. Esto es muy prosaico). Yo le debo decir francamente que conozco varias mujeres indiscutiblemente más bonitas que usted. No sabré adularla proclamando a la suya ama y señora de todas las bellezas que mis ojos han visto. Pero es usted demasiado seductora y me sugestionan en usted, uno a uno, muchos detalles: la boca, los ojos, la sonrisa. Y, sin embargo, ni la boca, ni los ojos, ni la sonrisa de usted son perfectos. Yo la encuentro a usted luminosa. Parece que usted tuviera una diafanidad rosada. Hubo un instante que yo la miraba y en que usted me miró también. La mirada de usted me ha hipnotizado. Es usted maravillosa. Si tiene usted un retrato en que esté escotada, mándemelo. Le incluyo una tarjeta con mis señas. Irremediablemente, estoy enamorado de usted. Hidalgamente, le advertiré que he bebido hasta ahora diez cocktails por lo menos.

9 de mayo, 11 a.m.

Elías:

La carta de usted es ciertamente extraña. Por lo mismo me ha intrigado. La he leído tres veces. Vuelva a escribirme. Que sea antes de que haya bebido ningún cocktail. Podría usted llegar a interesarme.

Helena

10 de mayo, 11 a.m.

Helena:

¿Por qué no me envió usted carta por servicio expreso? (El costo del franqueo es once centavos). Solo hoy he recibido su carta. Esta tardanza en darle respuesta a un hombre enamorado, es innoble y reprensible. ¿Le interesan a usted mis cartas? No le escribiré más. ¿Pretende usted divertirse con mis cartas y refocilarse a costa de esa originalidad que descubre usted en ellas, no? Pues no lo va usted a conseguir. La sigo encontrando maravillosa. Pero no le escribiré una línea más. Hoy no he bebido ningún cocktail.

Elías

14 de mayo, 5 p.m.

Elías:

¡Qué gracioso! Vuelva a escribirme. ¡No sea malo! Mire que me aburro. Le conozco a usted de vista mucho. Era usted el único caballero que no me había dicho hasta ahora una galantería.

Helena

15 de mayo, 11 a.m.

Helena:

No la escribiré más. No me da la gana. No quiero verla. Sin embargo, si quiere usted, más bien, conversaremos.

Elías

16 de mayo, 5 p.m.

2.12. Epistolario Frívolo

Bueno. Conversaremos. Mañana me lo presentará a usted Aníbal Oriol. Será en el Palais Concert, en el mismo lugar donde me conoció usted (IQué romántico es esto!).

Helena

• • •

1º de junio, 4 p.m.

Helena:

Te he llamado por teléfono tres veces. ¿Dónde has estado?

Elías

1º de junio, 5 p.m.

Elías:

Esta tarde voy al cinema.

Helena

10 de junio, 2 p.m.

Helena:

No me levanté a tiempo para verte a la salida de misa. Después de las carreras te buscaré en el teatro, en el cinema y en el Palais. Tú estarás en uno de estos sitios.

Elías

15 de junio, 2 p.m.

Quiero que me escribas esa frase que me has dicho tantas veces y que me repetiste ayer en el té de las Leal.

Helena

16 de junio, 11 a.m.

No hay inconveniente: "Creo que te amo más de lo que es discreto".

Elías

18 de junio, 10 y 30 p.m. Llámame por teléfono a las seis. Helena 22 de junio, 11 a.m. ¿Qué tuviste ayer? Te encontré nerviosa y displicente, ¿Qué tenías? No me gustas así. Entiéndelo. Beso este papel. Elías 25 de junio, 4 p.m. No me interesa estar de modo que te guste. ¿Sabes? Yo no soy tan exigente. Helena 30 de junio, 8 p.m. En la recepción de las Gil, has estado golosa, coqueta, procaz, inquieta, inconveniente, de mal gusto y hasta fea, Perdóname. Esta carta va post cocktails. Elías 30 de junio, 11 p.m. Impertinente! Helena 3 de julio, 10 a.m.

Acabo de levantarme. Estoy en pijama. Y estoy absolutamente seguro de que te amo.

Elías

10 de julio, 8 p.m.

Antes de irme al comedor quiero escribirte estas dos líneas. Nunca me has dicho si te gusta mi letra. En el colegio fui la primera en la clase de caligrafía.

Helena

16 de julio, 11 a.m.

Oye. ¿Qué me ibas a decir ayer cuando nos interrumpió mi mamá? ¿Qué me ibas a decir?

2.12. Epistolario Frívolo

17 de julio, 10 a.m.

Lo que quería decirte ayer es esto: ¿No te parece que podíamos pasar a ser formalmente novios?

Elías

17 de julio, 5 y 30 p.m.

Me voy al cinema. Te escribo muy apurada. Mira ¿Sabes lo que te iba a decir ayer? Te iba a decir que hace seis meses estoy de novia con I. Así son las cosas, hijo. Yo tengo la culpa por haber contestado tu primera carta. Me empava decírtelo así. Eres muy simpático.

Helena

18 de julio, 8 p.m.

Hoy no he bebido ningún cocktail. Mira. Yo te dije lo del noviazgo formal, por reverencia a un convencionalismo vulgar. ¡Qué gracia! ¿Sabemos acaso si nos amamos? No es posible. Si no te hubiera escrito en papel de Visconti y por motivo de los cocktails de Visconti, después de haberte encontrado luminosa, ¿nos habríamos conocido? No. Que conste que eres la única mujer por quien he transigido con la posibilidad del noviazgo. Me sigues gustando.

Elías

18 de julio, 10 a.m.

Eres razonable. Seguiremos siendo muy buenos amigos, hoy, mañana y pasado. Antes y después de mi matrimonio. ¿Si no hubiera contestado yo tu primera carta, nos habríamos conocido y tratado? Tienes razón ¿Sabemos acaso si nos amamos?

Helena

25 de julio, 11 a.m.

Oye. Quiero que me escribas una sola cosa: ¿Qué fecha tiene mi primera carta?

Elías

26 de julio, 4 y 30 p.m.

Tu primera carta tiene fecha 8 de mayo. Como ves, hemos sido breves.

Helena

Por la copia.

JUAN CRONIQUEUR

REFERENCIAS

 En Alma Latina, Nº 20, pp. 15-17, Lima, 1 de julio de 1916. Y en El Tiempo, Lima, 2 de agosto de 1916. En Alma Latina apareció bajo el título de "Epistolario de un noviazgo prudente". Y, corregido por el autor, apareció en El Tiempo con un encabezamiento asociado a la crónica: "Ecos sociales".

2.12. Epistolario Frívolo

2.13

El jockey de Ruby

José Carlos Mariátegui

¹Miércoles 8 de febrero, 6 y 30 p.m. En la terraza del hipódromo se agitaba una muchedumbre de *entraineurs*, jockeys, *sportsmen*, cronistas y otras gentes, a quienes interesaban los aprontes de este día. Faltaban cuatro para que se realizase el de la prueba clásica, que inquietaba desde hacía dos meses a la gran ciudad. Los competidores en esta prueba iban a ser once. Los principales eran Ruby, Nag, Ford, Nargilé y By.

El jockey Douglas hizo trabajar a Ruby. Ruby era un yearling admirable. Decían algunos que sería el vencedor de la carrera inevitablemente. Pero a tales afirmaciones dispensábase poca aceptación, porque eran muy conocidas, estimadas y celebradas las calidades y aptitudes de los demás competidores.

Ruby galopó admirablemente. Douglas le contenía, para que el apronte no tuviese mucha repercusión entre el pequeño mundo de aficionados, que asistía con sus cronógrafos a los trabajos.

Después del ensayo, el jockey Douglas se sintió enfermo. Días hacía que le amenazaba un malestar. Y ahora se daba cuenta de que no estaba bien. Tenía un poco de fiebre. Pensó con terror que podía enfermarse y que esto le impediría correr a Ruby. Y Ruby era vencedor seguro de la carrera. Su estado había sido mantenido en silencio con gran sigilo. Anteriores presentaciones habían permitido saber al público que Ruby era un buen yearling, pero nada le había hecho sobresalir respecto de los otros que iban a tomar parte en la carrera. El comentario público le asignaba probabilidades iguales a las que tenía Nag, Ford, Nargilé, By. Mr. James, el distinguido *gentleman*, propietario de Ruby, tenía absoluta certidumbre acerca del triunfo de Ruby. El jockey Douglas y el preparador Jim Stephane, la tenían también. Ruby se había revelado en magníficos y secretos ensayos. Su victoria iba a ser una sorpresa.

Douglas avisó al *entraineur* Jim Stephane que se volvía a su casa. Estaba enfermo. Debía hacer ensayar a varios otros caballos, pero tenía un miedo enorme de que su malestar se hiciese grave.

El jockey Douglas salió del hipódromo, tomo un automóvil y se hizo llevar a su casa.

• • •

Douglas descendió minutos después del automóvil. Pagó al chauffeur su estipendio. Pensó fugazmente en la sorpresa de su mujer, de la pequeña y mimada Gaby, su esposa desde hacía diez meses, al verlo regresar a hora tan inusitada. Douglas abrió la puerta de su casa. Y penetró en ella.

La pequeña casa del jockey estaba en silencio. En el saloncito, la criada desempolvaba los tapices. Y puso una cara de gran turbación al ver a su amo. Le dijo confundida.

-Señor. La señora está indispuesta. No entre usted....

Douglas miró a la criada con alguna estupefacción. Pero no le hizo caso. Y penetró a la siguiente estancia. La puerta de la alcoba estaba cerrada. Douglas la empujó con suavidad para sorprender amablemente a su esposa. Sentía una ternura inefable al hallarse a pocos pasos de su mujer. La pequeña Gaby estaba malita según el aviso extravagante de la criada. La puerta no cedió. Douglas sintió muda extrañeza. ¿Quién había cerrado la puerta por dentro? Douglas se inclinó para aguaitar por el agujero de la cerradura. Estaba tapado por una cortina. Douglas, tuvo un presentimiento terrible. Salió en busca de la criada. Douglas tenía un aspecto trágico.

La confusión de la criada fue tremenda. Douglas la amenazó con matarla inmediatamente si no le decía quién estaba en la estancia de su esposa. La criada, rápidamente convencida de que era torpe toda resistencia respondió en seguida. En la estancia de la esposa de Douglas estaba Mr. James, el distinguido gentleman propietario de Ruby.

*** * ***

Douglas tuvo una tentación de catástrofe. Acababa de ser herida de muerte su vida. Su esposa Gaby lo había llenado por completo, desde los días idílicos y plácidos del *flirt* y del noviazgo. Rubia, gentil, pequeña y armónica, miraba con unos ojos azules muy ingenuos y muy puros. Al recordarla, Douglas se decidió a matarla en seguida. Mataría también a Mr. James. Avanzó hacia su mesa escritorio. Abrió un cajón y sacó de él un revólver. La criada dio un grito. Douglas tuvo entonces toda la visión de la tragedia. La encontró ridícula, torpe, grotesca, absurda, inútil. Iba a matar a dos miserables a quienes había amado hasta hacía un instante. Gaby era una mujercita muy bella, muy buena, muy razonable, Mr. James era un gentleman apuesto, joven, simpático. Si suprimía a Gaby y Mr. James, su existencia y su felicidad no iban a quedar reconstruidas.

Y una idea surgió instantáneamente en su cerebro. Mr. James estaba arruinado. No tenía más fortuna que un pequeño stud, en el cual Ruby era el único caballo de valor. Y, aún Ruby no representaba precio alguno antes de que la carrera próxima lo revelase. El premio que iba a ganar representaba veinticinco mil libras esterlinas. Veinticinco mil libras eran una pequeña fortuna, que reconstituiría la situación de Mr. James, obligado a vivir lujosamente por su calidad de hombre del gran mundo. Además, Mr. James iba a jugar en la carrera, absolutamente seguro de su triunfo, una suma cuantiosa que no sería suya probablemente. Mr. James había confiado al jockey todo esto en un instante de sinceridad, al pedirle su opinión sobre la seguridad del triunfo y al rogarle que su esfuerzo hiciese imposible el fracaso. Douglas no ponía en duda el triunfo de Ruby. La superioridad de Ruby sobre sus competidores no podía discutirlo quien lo supiera.

Douglas pensó rápidamente en que su venganza más definitiva era arruinar a Mr. James. Mr. James sería cuatro días después más que un mendigo. Sería un defraudador. Le perdonaba la vida cruelmente. A Gaby, deliciosa a pesar de su perfidia, la castigaría después. O la perdonaría, ya que la venganza no iba a reparar su vida. Douglas había sido siempre un hombre sereno tranquilo, frío.

Guardó el revólver. Se acercó a la criada y le prohibió con ademán feroz que descubriese su llegada.

Salió de su casa. Avanzó una cuadra. Su aspecto era sombrío. Luego, llamó un automóvil y regresó al hipódromo. En el bar del hipódromo bebió una copa de gin. Al servírsela, el cantinero le dijo una frase amistosa acerca de la próxima carrera de Ruby. Douglas lo miró trágicamente, pagó su consumo y sorbió su gin.

Douglas envió un recado a su mujer. Le decía que no iba a almorzar con ella aquel día por acceder a la invitación de unos amigos. Y le pedía perdón.

2.13. El jockey de Ruby

Había pensado un momento en intoxicar a Ruby, pero rechazó rápidamente la idea. Era grotesca. Además, salvaría a Mr. James, impidiendo que jugase en el sport y en apuestas particulares cantidades que iban a comprometer su crédito. Mr. James estaba arruinado y jugaba una carta desesperada. Entre perder su situación del gran mundo, exhibiéndose como un pobre diablo, gentil hombre que se había arruinado por imbécil y exponerse a ser un estafador, había optado por lo segundo.

La venganza de Douglas iba a ser eficaz.

• •

Domingo, 12 de febrero, 4 y 10 p.m. En el gran hipódromo, había una muchedumbre silenciosa. Iba a comenzar la gran carrera. Douglas montaba a Ruby. Dos horas antes le había entregado a su amo todos sus ahorros, quinientas libras, para que se las apostase también a Ruby. Así Mr. James adquiría una prueba absoluta de la confianza de Douglas en el triunfo de Ruby. Mr. James había arriesgado en diversas y múltiples apuestas más de cincuenta mil libras. Douglas sentía cercana la admirable venganza que se le había ocurrido.

Se inició la carrera. Ruby galopaba con soltura y sin esfuerzo. Habría ganado con facilidad. Douglas tuvo una gran satisfacción al comprobarlo. La carrera parecía interesante. Los caballos se aproximaron a la última curva. Ruby seguía galopando fácilmente. Douglas pensó que en ese instante Mr. James fijaba en él, lleno de inquietud, sus elegantes prismáticos. Intempestivamente requirió al caballo. Ruby avanzó velozmente. La curva estaba inmediata. Ruby iba a entrar en ella como Douglas había calculado exactamente que debía entrar. Douglas con una enérgica maniobra desvió a Ruby. Fue una maniobra llena de pericia en la cual Douglas había pensado tres días. Ruby se estrelló contra la baranda de la pista. Y Douglas, rápidamente se arrojó por encima de la baranda. Evitó la muerte, pero el golpe fue siempre grave.

*** * ***

Nag ganó la carrera. Mr. James desde la tribuna quedó desconcertado por la desgracia. Su ruina era definitiva. Sus apuestas comprometían cuarenta mil libras que no eran suyas. Era pues un estafador. Mr. James, se dio cuenta rápidamente de la magnitud de su miseria. El banquero Witing a quien debía diez mil libras se acercó a él. Y le dijo como una condolencia:

-IQué desgracia!

Luego se despidió. Y al despedirse de Mr. James le recordó:

-Mañana, a las 10 y media, te espero en mi despacho, conforme nuestro convenio.

El banquero Witing ignoraba toda la magnitud de la desgracia.

• • •

En una camilla varios hombres llevaban a la enfermería al jockey Douglas, herido y sin conocimiento. Al mismo tiempo sonaba en la tribuna un disparo. Mr. James se había suicidado. El jockey Douglas había burlado la ingrata necesidad de cometer el vulgar, grotesco y peligroso asesinato aconsejado por el destino.

JUAN CRONIQUEUR

REFERENCIAS

1. En *El Turf*, N° 47, pp. 12-14, Lima, 28 de julio de 1916.

2.13. El jockey de Ruby

2.14

Jim, jockey de Willy

José Carlos Mariátegui

¹10 a.m. Jim, el joven jockey de los grandes éxitos, entró al stud silencioso y solitario. Un muchacho a quien interrogara le dijo que Fausto el *entraineur* había salido por breves instantes. Jim no hizo ninguna otra pregunta y se dirigió a los boxes. Allí estaban sus caballos. Los revistó lentamente. Y se detuvo en el box de Willy.

Willy era el mejor caballo de la ecurie Palmy. Y era al mismo tiempo el crack aclamado, el crack asombroso, el crack invicto que tenía en su haber tantas victorias como carreras había disputado en aquel año y en el anterior. Y Jim fue siempre su jinete. Cuando se iniciaba en su carrera y era apenas un aprendiz aprovechado, el nombre de Jim comenzó a sonar unido al triunfo de Willy. El prestigio del jockey creció ligado al prestigio del crack y para ambos fueron las aclamaciones del público después de cada victoria nueva.

*** * ***

Ante el crack, Jim reflexionaba. Los lunes. Le tocaba trabajo y era ya muy tarde para cumplir. ¿Y el día anterior? El día anterior había sido domingo y debía haber jineteado varios caballos de "su" stud. Y el día anterior había estado de juerga con Berta, su amante hermosa y encantadora. Y también había estado de juerga el sábado. Él recordaba que tuvo perfecta conciencia de su deber, que quiso partir al hipódromo y que Berta y sus compañeros de diversión no le habían dejado y Berta, imperiosa y suplicante al mismo tiempo, le había detenido, rogándole mimosa que se quedase. Y, cuando él, obstinado, se empeñó diciendo que tenía cinco montas forzosas y no podía faltar ella se había reído locamente: —Pero hombre, lsi estás borracho! Él se había visto tambaleante, inútil y se había quedado.

No quiso pensar en la cólera de su amo, ese Luis de Fast tan nervioso, tan arbitrario y tan despótico. ¿Qué habría pensado en su ausencia y, sobre todo, cómo la habría remediado?

*** * ***

Jim dio una palmadita en la quijada del caballo y puso en su boca un terrón de azúcar que él hizo crujir goloso entre su dentadura amarilla. Y Willy humillaba la cabeza al sentir la mano mimosa de su jinete que acariciaba el mechón gris que caía sobre su frente tordilla.

*** * ***

Llegó Fausto. Era el *entraineur*, joven agradable y vestido con una pulcritud que se avenía poco con el trabajo de su profesión. Con Jim fue siempre burlón y duro. Y Jim no le quería.

Fausto estaba asombrado de la falta de Jim. ¿Por qué no había ido el domingo? ¿Cómo podía disculparse? Refirió la indignación de Luis de Fast que había ordenado colérico que se despidiese a Jim. Él había querido defenderlo, disuadir al amo de su propósito, pero no había podido. Además, Luis de Fast había perdido mucho dinero confiado en el triunfo de tres de sus caballos. Pero si él sabía disculparse, suplicarle, tal vez lo perdonaría. Y Luis de Fast habíaba de la falta de Jim como de un delito, como de una ofensiva terrible al amo del stud.

Jim permaneció callado un rato. Luego, cuando el entraineur le habló de buscar el perdón de Luis de Fast, fue rotundo, enérgico y valiente en la negativa. Se marcharía. Se iría del stud a cuyo servicio hizo su profesión y al que tan ligado estaba.

Jim dio otro terroncito a Willy y Willy lo hizo crujir nuevamente entre su dentadura amarilla. Y sin mirar los boxes que guardaban los caballos que fueron sus favoritos, dijo adiós a Fausto y

Y sin mirar los boxes que guardaban los caballos que fueron sus favoritos, dijo adiós a Fausto y salió silencioso y lento.

*** * ***

La gran prueba clásica había reunido en el Hipódromo a todo el gran mundo. Las tribunas desbordaban y en las terrazas inmensas, la muchedumbre hormigueante e inquieta ponía un sordo rumor de marea. Y las primeras pruebas habían trascurrido, sin que su interés amenguase el despertado por el clásico. El público guardaba avaramente sus entusiasmos y lo esperaba anhelante.

En el paddock Berta, Jim y dos sportsmen atildados y jóvenes formaban un grupo. Berta, arrogante y gentil, atraía las miradas. Y de ella pasaban al jockey, dueño de aquella cortesana incitante que tenía en su elegancia, distinción y buen tono de aristocrática señora. Berta conversaba animadamente contestando desenfrenada y alegre la galantería presuntuosa de los sportsmen. Jim llevaba puesto un cubrepolvo sobre su vestido de jockey. En su rostro, en su ademán y en su voz, hablaba una tristeza dormida latente y honda.

Se hablaba del clásico que debía disputarse dentro de breves momentos. Jim conduciría a Montaraz un buen caballo argentino que comenzaba a destacarse. Corrían también Willy el favorito de la cátedra y del público que respetaban su condición de invicto, Pillo, Esopo, Margot, Gavroche y Lily.

Era la primera presentación de Willy después que Jim abandonó el stud Palmy. La primera vez que montaba a Willy otro jinete. Y la cátedra expresaba algunas dudas respecto del triunfo de Willy. Había ahí un Esopo, un Pillo, un Lily...

*** * ***

Concluido el canter, los seis competidores se dirigieron al poste de los 800 metros. La carrera era de 2,400 y de allí debían partir.

Jim dirigió por última vez la vista a la tribuna donde estaba su querida. Berta le seguía con los anteojos y le sonreía. Jim miró luego con tristeza a Willy, a su caballo que caminaba delante y que era jineteado por Blank, que para Jim era ahora un intruso. Le usurpaba a su Willy.

Jim quiso despreocuparse de Willy. Hacía dos semanas que fue echado del stud Palmy y desde entonces el recuerdo de su crack era para él una obsesión tiránica. Había buscado locamente el olvido en las caricias de Berta. En las caricias de Berta, la hembra dominadora y caprichosa que le había

2.14. Jim, jockey de Willy

dicho, llena de rencor contra ese Luis de Fast que le había puesto en la calle a su amante:

"Quiero que Willy pierda esta vez. Haz que Montaraz lo gane. Hazlo...".

Y lo había besado, furiosa, insaciable, frenética...

*** ***

Un inmenso clamor primero, un aplauso delirante después. La partida había sido dada. Pillo corría de punta a punta. Lily galopaba desenvuelto en segundo término; los demás escalonados a continuación. Frente a la tribuna popular. Esopo demandado por su jockey pasó a ambos y se marcó en el comando. No hubo alteración hasta aproximarse la última curva. Jim exigió a Montaraz, y Montaraz con grandes alientos ganó el primer puesto. Willy lo seguía cercano y los demás se rezagaron un tanto. En la recta Montaraz y Willy resistieron al ataque postrero de sus competidores. Y desde entonces solo hubo un *match* colosal, un *match* encarnizado. Montaraz y Willy luchaban bravamente. El público los aclamaba con locura.

Willy dominó por un momento a su rival y ya se le creía vencedor. Pero Montaraz reaccionó y delante de la meta había puesto una cabeza escasa entre él y su rival extenuado y vencido.

Cuando Jim escuchó la ovación que aclamaba a Montaraz sufrió un desmayo. IHabía vencido a Willy, a su caballo! El crack invicto sufrió la primera derrota. Le miró fatigado y sintió un dolor muy hondo, como si hubiera asesinado su propia obra, como si hubiera destruido con sus manos toda su gloria, como si hubiera desbaratado de un latigazo su mayor ensueño...

• •

La concurrencia abandonaba el Hipódromo. Quedaban unos pocos rezagados que cobraban en el sport boletos de Montaraz ganador.

Jim pasó delante de ellos ensombrecido, inconsciente. Y vio muy cerca a Berta que al pie de una victoria y puesto ya graciosamente el pie en el estribo, lo esperaba sonriéndole. Más allá había un grupo de *sportmen* que departían con Fausto el *entraineur* de Willy.

Jim sintió que la aborrecía. Ella tenía la culpa. Ella sola. Era la hembra maja que le había vencido y que había vencido a Willy, a su crack...

Al llegar a ella, Berta le tendió la manita enguantada y le palmeó en el hombro:

-Bravo, Jim. Jim mío.

Al sentir su contacto y oír su voz acariciadora, seductora, la misma voz que le había dicho: Quiero que Montaraz gane a Willy, el dolor y la cólera de Jim estallaron.

Sin responderla Jim la rechazó violentamente y Berta estuvo a punto de caer, Jim siguió su camino sin mirarla.

Berta soltó una carcajada burlona, fresca, cantarina...

Y dirigiéndose a Fausto:

-¿Quiere usted acompañarme?

El entraineur obedeció presuroso.

JUAN CRONIQUEUR

REFERENCIAS

En El Turf, Nº 52, pp. 3-5, Lima, 2 de septiembre 1916. Anteriormente publicado bajo el título de "El jockey de Frank". Confróntense ambos textos para reconocer los criterios seguidos por el autor (p. ej.: supresiones enderezadas a prescindir de los superfluo).

2.15

El príncipe Istar

José Carlos Mariátegui

¹El príncipe Istar, magnate de la India, era brahmán, soltero y diabético; vivía en Londres City; amaba el whisky y el champán; cultivaba el ocultismo, jugaba en las carreras y en el bacarat; y estaba muy contento de ser vasallo del Rey de Inglaterra.

La aristocracia inglesa estimaba al príncipe Istar por su exotismo, por su gentileza y por sus trapacerías de quiromante y espiritista. Le estimaba también por ser dueño de un stud y de una yegua notable llamada Ogal y perteneciente a la familia número 3, conforme a la teoría de Bruce Lowe.

El príncipe amaba entrañablemente a su yegua Ogal. Ogal era una yegua alazana famosa que había ganado las más sobresalientes carreras de Epsom. Había sido fotografiada y elogiada por todas las revistas inglesas y tenía tanta popularidad como el primer Lord del reino.

Ogal daba celebridad al príncipe Istar. Todo el gran mundo británico proclamaba al príncipe Istar como el más afortunado *sportmen*. Su yegua Ogal había ganado en una carrera al caballo Dick, representante del Rey de Inglaterra. Y el príncipe Istar vivía orgulloso de ser dueño de Ogal. Este título le engreía más que su calidad de príncipe de la India y de vasallo insigne del Rey de Inglaterra.

El príncipe Istar creía en el origen divino de Ogal. Y negaba la autenticidad del pedigrí registrado en el Jockey Club que hacía a Ogal, hija de Tulé y Proserpina y nieta de Great Roos. El príncipe Istar estaba convencido de que el Jockey Club era totalmente embustero y se empeñaba en mistificar el linaje excelso de su yegua alazana.

* * *

Excéntrico, alucinado, borracho, glotón y ególatra era el príncipe Istar. Usaba tóxicos. Y se había enamorado, en un baile real, de una hija del Rey de Dinamarca. Persuadido absurdamente de este amor había querido suicidarse un día sábado. Pero le había hecho desistir de su propósito el recuerdo de Ogal que corría al siguiente día en el hipódromo de Epsom.

Después de ese amor intempestivo y fugaz el príncipe Istar no había tenido ningún otro. Y nada hacía verosímil el fracaso de su celibato de brahmán notable y millonario.

Mas un día en que Ogal tuvo el más culminante de sus triunfos, el príncipe Istar se fijó en la

bailarina Gaby Storn que aplaudía entusiasmada en la terraza a la gran yegua vencedora.

Gaby Storn era muy bella. Al príncipe Istar le parecía más bella aún por haberla visto aplaudir a Ogal en el momento en que su victoria arrebataba a las gentes más elegantes, mesuradas y discretas del hipódromo de Epsom.

Aquella tarde Mr. Douglas hizo oferta de cien mil libras al príncipe Istar por su yegua famosa. Y el príncipe Istar fundó así su negativa:

-Mis investigaciones me han permitido comprobar perfectamente el origen divino de Ogal. Mr. Douglas pensó que el príncipe Istar era un indio necio, chiflado y borracho.

*** ***

Desde ese día el príncipe Istar amó igual y equitativamente a Gaby Storn y a su yegua alazana Ogal. Y tuvo el amor de Gaby tan honda resonancia en su espíritu que se apoderó de él la certidumbre de que Gaby tenía también origen divino.

Gaby se hizo amante del príncipe Istar. Y de este modo, se puso en camino de adquirir tanta celebridad como el muy ilustre vasallo del Rey de Inglaterra y como la yegua Ogal.

El príncipe Istar estaba completamente enamorado de Gaby Storn. Y Gaby Storn dilapidaba la resentida fortuna del príncipe Istar.

Y, para el príncipe Istar, Gaby Storn dejó de llamarse Gaby Storn. Comenzó a llamarse también Ogal. El príncipe decidió que era preciso que los dos seres que él amaba se llamasen de la misma manera.

*** * (**

El príncipe Istar y Gaby Storn eran jugadores impenitentes. El príncipe se nirvanizaba acodado en la mesa de bacarat. La fortuna le era habitualmente propicia. Pero como la fortuna es veleta se tornó un día en su enemiga. Y desde ese día el príncipe Istar comenzó a perder en el bacarat tanto como en su amante Gaby que tenía palacio, coche, automóvil y otros regalos que afectaban seriamente la fortuna de su amigo.

*** * ***

Un día todos los aristócratas de Londres supieron que el príncipe Istar se arruinaba definitivamente. Era absolutamente cierto. Y Mr. Douglas se apresuró a constatarlo para proponer al príncipe la adquisición de Ogal en cien mil libras.

El príncipe Istar rechazó la oferta pertinaz de Mr. Douglas.

*** * ***

El sábado 6 de mayo, el príncipe Istar, totalmente borracho, y su amiga Gaby Storn jugaban obstinadamente. Y con la misma obstinación con que jugaban la suerte les combatía.

El príncipe Istar, dominado por el alcohol y por la locura del bacarat, miraba de rato en rato los ojos azules de Gaby Storn y le decía:

-Estoy absolutamente convencido de que tienes origen divino. Mañana voy a comprobarlo.

Repentinamente, el príncipe Istar se dio cuenta de que había perdido doscientas mil libras y de que estaba totalmente arruinado. No le quedaba sino su yegua, su querida y sus muebles. Un príncipe de la India no podía vivir con una yegua, una querida y unos muebles. Tenía, pues, que reconstruir su fortuna inmediatamente.

Y el príncipe Istar hizo esta propuesta indicando a Gaby Storn:

-Necesito cien mil libras a cambio de mi amada Ogal, cuyo origen divino debo comprobar mañana.

Mr. Douglas presente extendió silenciosamente un cheque por cien mil libras en su talonario del Banco de Inglaterra y se lo entregó al príncipe Istar.

El príncipe Istar recibió el cheque y le dijo a Mr. Douglas:

-Es usted dueño de Ogal. No se olvide usted de que tiene origen divino y de que yo debo constatarlo. Y siguió jugando.

*** * ***

En el hipódromo de Epsom y en la tarde del domingo 7 de mayo, el príncipe Istar y Mr. Douglas se encontraron. Y le dijo Mr. Douglas al príncipe Istar:

- -Usted me ha vendido anoche a Ogal. Ogal es mía. Y el príncipe Istar le dijo a Mr. Douglas:
- -Efectivamente. Pero no olvide usted que Ogal tiene origen divino.
- Y Mr. Douglas habló:
 - -Para mí es sólo una excelente yegua de carrera. Su pedigrí es notable.
 - El príncipe Istar exclamó:
 - -Yo no le he vendido a usted mi yegua. Le he vendido mi querida. Las dos tienen origen divino.
 Pero Mr. Douglas arguyó definitivamente:
- -Yo he comprado a Ogal. Ogal es su yegua alazana. ¿Cómo puede usted creer que yo sea capaz de pagar cien mil libras por una bailarina? Sería absurdo. Yo he pagado cien mil libras por la yegua.

Y el príncipe Istar, terriblemente consternado, se tuvo que dar cuenta de que había vendido a su yegua.

*** * ***

En la biblioteca de su palacio amaneció muerto el lunes 8 de mayo el príncipe Istar. Se había envenenado. Y se encontró en su escritorio un papel suyo que decía así:

"Después de comprobar que mi yegua Ogal, ganadora de trescientas mil libras en el hipódromo de Epsom, tenía efectivamente origen divino, conforme a todos mis libros y pergaminos brahmanes y conforme a todas mis deducciones filosóficas, he resuelto suicidarme. He cometido el crimen de vender a Ogal en cien mil libras. Soy una especie de Judas. No me cuelgo de un árbol porque a los brahmanes les está prohibido colgarse de árbol alguno. Prefiero envenenarme. Un brahmán puede envenenarse sin ofender sus creencias".

JUAN CRONIQUEUR

REFERENCIAS

1. En El Turf, № 63, pp. 3-5, Lima, 18 de noviembre de 1916. Y en el El Tiempo, Lima, 2 de marzo de 1917.

2.15. El príncipe Istar

2.16

El Match

José Carlos Mariátegui

¹Acodado sobre la baranda de la tribuna, junto a Miss Mary, Mr. Edwin se sintió asaltado por un convencimiento grave. Se había enamorado definitiva y profundamente de Miss Mary que estaba ahora a su lado embriagándole con la ingenua alegría maligna que tenía en el bridge, en el baile, en la equitación, en el *skating*. Para un hombre tan serio y displicente, el amor era un fracaso. Iba a efectuarse después de la carrera inmediata un *match* entre Pick, el potrillo invicto de Mr. Edwin, y Flirt, el potrillo caprichoso de Miss Mary. Pick era disciplinado, trabajador, honesto. Flirt era desigual, voluble, mañoso. Pick y Flirt tenían, respectivamente, algo del espíritu de sus amos. Y en este momento Miss Mary se reía de la confianza de Mr. Edwin en el triunfo de Pick. Le discutía llena de locuacidad, de disfuerzo y de gracia. Se encendía entre ambos un debate complicado y ardoroso. Mr. Edwin amaba a su caballo. Tenía puesto todo su orgullo en él y en sus aptitudes deportivas. Se rebelaba contra la arrogancia de Miss Mary, que había sido tantas veces su adversario en el tenis, en el *bridge* y en el *skating*.

- -Pick no ganará hoy -afirmó Miss Mary.
- -Flirt no ganará hoy -respondió Mr. Edwin.
- La porfía continuó irreconciliable.

Mr. Edwin mantenía su aseveración pundonorosa y se olvidaba por un momento de la ingrata constatación de su amor por Miss Mary. Miss Mary no era en este momento su amada. Era su rival. Miss Mary y él no eran una dama y un caballero que flirteaban, sino dos turfistas que iban a disputarse un mismo premio y un mismo honor.

Miss Mary le propuso una apuesta a Mr. Edwin. Quería ganarle a Sire, su admirable caballo de paseo. Como estaba segura de que Flirt vencería a Pick podía apostarle cualquier cosa. Mr. Edwin se sonrió convencido de que Miss Mary se engañaba. Sintió muy cerca de su alma la sonrisa terrible de Miss Mary y puso los ojos en el disco lejano de la meta para decirle que apostaba a Sire, su admirable caballo de paseo, contra un beso. Mr. Edwin cerró los ojos cuando Miss Mary le respondió aceptando la apuesta.

*** * ***

El *match* había adquirido para Mr. Edwin nuevos motivos de interés. Su orgullo de *sportsmen* y de jugador había recibido un estímulo singular. Era su empeño conquistar un beso de Miss Mary, coqueta y maligna, gracias a las excelencias de su caballo Pick.

Mr. Edwin y Miss Mary hablaron con sus jockeys en el *paddock*. Fueron breves las palabras que ambos les dirigieron. El público los seguía con la mirada y pensaba que Mr. Edwin y Miss Mary instruían a sus jockeys para el seguro éxito de la carrera.

*** * ***

El invicto caballo Pick, de la familia número 2, medio hermano de Galop ganador de las Dos Mil Guineas en Epsom, jineteado por Perry, fue el vencedor del match. No le sorprendió al público este resultado. Había alguna confianza en Flirt. Pero se sabía de él cuán caprichoso y raro era. Pick fue el favorito del sport. Una gran ovación sonó cuando Pick traspuso la meta. Y Mr. Edwin fue retratado llevando de la brida a Pick.

Miss Mary perdió en la carrera quinientas libras jugadas en el sport después de haber concertado su apuesta con Mr. Edwin.

*** * ***

El príncipe Istar y Gaby Storn eran jugadores impenitentes. El príncipe se nirvanizaba acodado en la mesa de bacarat. La fortuna le era habitualmente propicia. Pero como la fortuna es veleta se tornó un día en su enemiga. Y desde ese día el príncipe Istar comenzó a perder en el bacarat tanto como en su amante Gaby que tenía palacio, coche, automóvil y otros regalos que afectaban seriamente la fortuna de su amigo.

*** * ***

Esta vez Mr. Edwin estaba acodado no sobre la baranda de una tribuna del hipódromo sino sobre la baranda de un yate. Pero nuevamente estaba junto a él Miss Mary que no era ya Miss Mary sino Mrs. Edwin. Mr. Edwin y Miss Mary miraban al mar. Se habían casado un mes antes a consecuencia del beso ganado por Mr. Edwin gracias a su caballo Pick.

Mr. Edwin estaba muy contento de haber ganado un beso y una esposa en una carrera de caballos. Estaba extraordinariamente orgulloso de Pick. No había para él en todo el mundo un caballo mejor que Pick. Pronunciaba el nombre de Pick en todos los instantes en que la ternura de la luna de miel le hacía sentir que era muy dichoso.

*** * ***

Era de noche y Mr. Edwin y su esposa estaban callados. Mr. Edwin interrumpió de pronto este silencio para hablar de Pick. Amorosamente, le preguntó a Mary cómo se encontraría Pick lejos de su cuidado y de su solicitud.

Y Mary se rio y habló de esta manera:

-Pick no ganó lealmente. Yo le ordené al jockey de mi Flirt que perdiera. Flirt habría ganado de otro modo. Yo quería que tú me vencieras. No tienes que amar pues a Pick sino a mí únicamente. Por despistarte yo jugué quinientas libras y las perdí. Yo te quería desde antes de que Pick ganase la carrera.

Mary se quedó esperando la frase y la caricia agradecidas de su marido. La confesión pronunciada iba a hacer culminar seguramente la ternura de la luna de miel. Mary estaba risueña y

2.16. El Match 133

dulce como nunca.

Pero Mr. Edwin no hizo lo que Mary esperaba. Se apartó de su mujer como si le hubiera hecho una revelación fatal. Se sintió confundido por un golpe terrible. Había sufrido una desilusión. Él habría deseado deber el beso, el amor y la boda a Pick. Y no era así. Mary lo había engañado. Mary había apelado a una trampa. Mary había jugado con él sin hidalguía. Mary no merecía su cariño. Pick no era un gran caballo.

Sorprendida Mary tendió los brazos a su marido y le dijo:

- -IOh! IQué te pasa!
- Mr. Edwin la rechazó con una mano y le dijo gravemente:
- -Miss Mary, usted no es una sportwoman pundonorosa. Usted no ha jugado honradamente.
- Y le volvió las espaldas dejándola sola en la cubierta del yate.

JUAN CRONIQUEUR

REFERENCIAS

1. En El Turf, Nº 72, pp. 2-4, Lima, 16 de mayo de 1917.

2.17

La guerra que pasa

José Carlos Mariátegui

¹Por la aldea había pasado la guerra como un hálito de destrucción y de muerte. Aún repercutía a la distancia el eco de disparos aislados. Era la guarnición belga que defendía su retirada, después de evacuar la pintoresca aldea campesina. El panorama alegre de la campiña mostraba en sus árboles tronchados y en sus sembríos destruidos, las huellas calcinantes del combate. Y en eras y pajonales el incendio languidecía y sus espirales de humo se dirían el alma del paisaje que se esfumaba.

Las calles estaban tristes, solitarias. Interrumpían de rato en rato su silencio las voces de algún grupo de soldados que discurrían lentamente y pasaban con un bronco y descompasado son de hierro. Eran los invasores. En sus ademanes hablaba el cansancio de las jornadas vencidas. Quedaban en el pueblo en espera de otras tropas por llegar. Y disfrutaban con satisfacción de la oportuna tregua.

Un rancho caliente, reparador, que no había tenido la frugalidad del dudoso y tardío de la campaña, habíales brindado un bienestar nuevo.

En un grupo, uno dijo:

-Quiero vino. Tengo una sed vieja.

Y otro forzó de un culatazo la atrancada puerta de una taberna e invitó a beber a los compañeros.

Los soldados bebían ansiosos, insaciables.

Bebían, reían, jugaban y vertían el vino por el suelo.

Caía la tarde. Un crepúsculo triste y nublado extendía un manto de angustia por la cima de la aldea desolada.

Se apagaba el eco de los disparos distantes. Y era cada vez más aislado, cada vez más lontano.

Ahítos de alcohol, los soldados reían, jurando. Algunos vagaban inconscientes, tambaleantes por las calles solas. Y sus siluetas reflejadas en las paredes por la sombra creciente, eran como tenues fantasmas epilépticos.

De vez en cuando, una puerta o una ventana se entreabrían y asomaba tímida una cabeza para esconderse luego.

A lo lejos, en la campiña solitaria, el incendio ponía sus intermitencias rojas y fugaces, sujeto al capricho veleidoso de los vientos.

*** * ***

En el sótano de su casita pobre, la familia Bonneau cenaba. Era sencilla, era buena la familia Bonneau. La apacibilidad campesina de su vida había sido truncada por la guerra.

El padre, el pobre papá Anatole, la había dejado, siguiendo un éxodo de fugitivos que confiaban tornar pronto a la aldea, cuando los clarines y los tambores de los belgas sonasen nueva y triunfalmente en sus calles

Su hijo, Mauricio, se batía con el ejército. Mauricio era fuerte, era hermoso, era bravo.

Quedaban sólo con la señora Bonneau, Ninette, su hija, y la pequeña Adela, su nieta, hija de Mauricio el ausente.

La pequeña Adela era huérfana de madre.

Tenía seis años. Ella no había sabido darse cuenta de la guerra. Y comía glotona y hablaba atragantándose muy sorprendida de que la señora Bonneau y la tía Ninette no la imitasen y estuviesen tan tristes. Cansada de interrogarlas sin que la contestasen con más que una caricia que alisaba sus cabellos caídos sobre la frente, la niña monologaba o brindaba bocaditos al gato. El gato era grande y negro y era glotón como la pequeña Adela. Pero al revés de ella, era silencioso.

La señora Bonneau callaba.

También callaba Ninette. Ambas tenían una actitud meditabunda. Las viandas de sus platos estaban apenas tocadas.

El gato grande y negro, enarcaba el lomo a compás con su ronco soliloquio de satisfacción y hartazgo.

*** * (**

Ninette era muy joven. Era joven y era hermosa. Tenía la frescura lozana de las bellezas campesinas. Y el rictus amable de sus labios y la serenidad azul de su mirada, decían cómo Ninette era buena. Bajo la prisión de su vestido aldeano, se insinuaba la rica euritmia de sus formas núbiles. En plena primavera de su vida y de su hermosura se diría que su virginidad lloraba.

Ninette estaba triste. Recordaba con pena a su padre fugitivo junto con la legión nómade. Recordaba a Mauricio, tan bueno, tan hermoso que agonizaba acaso en el fondo ensangrentado de un reducto. Recordaba a Juan, Juan era su amado. Y Juan, como Mauricio, era también hermoso y fuerte, y era también bueno. Sus varoniles arrogancias habían hablado al corazón de la virgen, se amaban intensa, serena, sinceramente, Juan también estaba en la guerra. Alegre, entusiasta, había pasado por la aldea y había hecho adiós desde muy lejos a Ninette con un pañuelo blanco en que ella había bordado su nombre. Ninette lo había visto partir tan jubiloso que tuvo celos de la patria.

Se abstraía en su meditación. Llegó hasta sus oídos el eco de voces ebrias y tuvo un estremecimiento. Eran los prusianos. Ella los había visto pasar fieros y duros. Algunos eran jóvenes y eran también garridos. IOh, cómo les había hallado hermosos, así en sus trajes sucios, así fatigados, así sudorosos, así bruscos! Pero se había dicho al mismo tiempo que eran enemigos, que debía odiarlos. Quizá si en ese instante otros prusianos habían matado a su padre, a Mauricio, a Juan. Y se había santiguado, arrepentida de encontrarlos hermosos como un pecado mortal. Juan también era hermoso. Era, sin embargo, distinto de estos otros. Los hallaba más varoniles, más arrogantes, dentro de su dureza de ademanes y su desaliño de ropas.

Ninette recordaba la historia reciente de las exacciones que ellos cometían. Rápida había llegado a la aldea, la noticia de cómo arrasaban los pueblos, incendiaban las casas y ultrajaban a las mujeres. En la aldea cercana, a cinco kilómetros tan sólo, habían asesinado al guardián Fermín. Y a Jacinta, su hija, la habían gozado siete prusianos uno tras otro. Ninette tuvo un estremecimiento.

El ruido de los sables y de las voces ebrias sonó nuevamente. Esta vez más cercana. Lo oyó Ninette y lo oyó también la señora de Bonneau. Ambas se agitaron nerviosas, asustadas. La pequeña Adela preguntó qué ocurría.

Los sables y las voces ebrias sonaron más próximas.

La pequeña Adela abría unos ojos muy grandes, unos ojos de miedo y la señora Bonneau y Ninette la acariciaron para tranquilizarla.

El gato se erizaba a los pies de la niña y erguía sus orejas menudas y avizoras.

Eran tres soldados ebrios que apenas podían tenerse y chanceaban incoherentes y bulliciosos. Recostábanse en las paredes y seguían un trecho. Se detenían luego. Eran jóvenes, eran fuertes. No sabían dónde iban. El frío de la noche los invadía. Uno de ellos aguaitó por la ventana de la casita en que vivía la familia Bonneau. Vio dentro un vago destello de luz que indicaba lumbre, y pensó que junto a ella podían calentar sus cuerpos fatigados. Tambaleante, dio un golpe a la puerta endeble.

La puerta no cedió del todo, pero se entreabrió un poco a la violencia del golpe. Sus compañeros le ayudaron. En medio de la inconsciencia de su borrachera, el instinto les decía que tras de esa puerta había lumbre, abrigo y tal vez camas. [Si hubiese camas! [Hacía tanto tiempo que sus cuerpos no descansaban!

La puerta se abrió al fin. El primer soldado cayó de bruces al ceder la hoja en la cual se apoyaba su cuerpo *semi-inerte*. Juró furioso e hizo esfuerzos vanos por incorporarse. Los otros entraron.

La estancia estaba casi a oscuras. El destello de luz extendía una penumbra débil. La luz subía del sótano, los soldados avanzaron a la abertura y miraron. Abajo ardía la lumbre y ascendía un olor de hogar y de cena íntima.

Descendieron a tropezones y riendo. Las tres mujeres lanzaron un grito de miedo. La pequeña Adela empezó a llorar.

El gato dio un brinco y ganó la escalera a saltos, pasando por entre las piernas de un soldado.

Los prusianos se quedaron mirando fijamente a las mujeres. Sus pupilas de ebrios tuvieron un destello turbio.

-¿Qué miedo es ese? A ver...

Uno se acercó a Ninette, sonriente y le dijo: l'Chiquilla! Y le hizo una caricia en las mejillas. Ella se escapó gritando y sus gritos hacían un dúo doloroso con la indignación temblorosa de su madre. La señora Bonneau cogió de la mesa un cuchillo y lo arrojó a la cabeza del soldado. El cuchillo pasó rozándole el cuello y su roce se marcó instantáneo con unas gotas de sangre que brotaban rápidas. El prusiano dio un grito de furia y se llevó la mano a la cintura, buscando su revólver. Y apuntó con él a la señora Bonneau. Disparó una vez, dos, tres, cuatro. La señora Bonneau, se desplomó herida en el pecho, en la cabeza, en el vientre. Estaba muerta. El otro soldado asía a Ninette que luchaba horrorizada, convulsa, por precipitarse sobre la madre muerta.

La pequeña Adela se arrojó sobre el cadáver sangriento y tibio y lo abrazó frenética.

El asesino se acercó a Ninette y le dijo:

-No ha sido mi culpa. Ella quiso matarme antes... Y la besó en los labios brutalmente. Ninette se desmayó...

Arriba, el gato grande y negro mayaba desesperadamente...

*** ***

La aldea exhibía las huellas del paso de la barbarie. Sus muchas casas en escombros, su iglesia semidestruida, refería la historia de crueles episodios. Habitaban en ella todavía unos pocos de sus antiguos pobladores y se alzaban en pie escasas casitas, de trecho en trecho, como testigos perennes de la ruina. Los ecos de la guerra llegaban muy distintos. Apenas si la continuación de la lucha daba indicio en el paso por la aldea, de raro en raro, de tropas que marchaban a algunos de los más inmediatos puntos de batalla. Y pasados ya los incendios y pasada ya la lluvia destructora de la metralla y de las balas, la campiña abandonada reverdecía en una poética floración de vida nueva.

La casita solitaria de la familia Bonneau era un evocador vestigio de la antigua aldea. Dentro, Ninette reposaba en un lecho limpio y pobre. A su lado dormía también un niño. Era un niño recién nacido. La pequeña Adela, muy quietecita y muy seria, velaba con gravedad de persona grande. El gato se frotaba runruneante contra sus piernas, nostálgico del voluptuoso regalo de las caricias de su amita.

2.17. La guerra que pasa

La luz del sol, un claro sol cenital, que iluminaba los panoramas y ponía su caricia fecunda sobre los campos marchitos, penetraba por la ventana toda abierta.

Ninette se despertó. Volvía en sí después de una noche de dolor y angustia. Fatigada, exhausta, había dormido la mañana entera. Ahora veía a su lado un niño, su hijo que era fruto del crimen maldecido que ensombreció su existencia. Dueña de sus energías, se incorporó en el lecho y afluyeron de un golpe a su cerebro los recuerdos de todo lo pasado. La guerra había arrojado un soplo de dolor sobre su vida.

Ninette reflexionaba. La memoria de su padre, de su hermano, de su novio llenó su mente. De su novio se acordó, inmensamente dolorida. A sus manos habían llegado dos días antes una carta en que le anunciaba que sobrevivía, que seguía luchando, que solo lo alentaba en la lucha su recuerdo. "Tu recuerdo puro, santo que es mi égida", decía él. Ella había llorado ante la ironía del destino. Juan llamaba puro y santo su recuerdo. Él ignoraba todo.

Entre Ninette y Juan se interponía como un estigma el niño recién nacido, el niño que venía a ser en su vida una fuente de odio inagotable. Él le recordaría para siempre el pasado y sería en suma como una voz de maldición, era el hijo del crimen.

Perturbada por estos sentimientos, resucitada en su mente la tragedia, miró con odio al niño que dormía. Y pensó en matarlo. El pensamiento fue arraigando segundo tras segundo y se hizo resolución. Borraría el crimen con el crimen. Las manos de la puérpera cogieron brutalmente al niño y lo alzaron trémulas para estrellarlo.

El niño dio un grito. Y rompió a llorar. Su llanto detuvo el ímpetu de Ninette. La pequeña Adela la miraba asustada con sus grandes ojazos muy abiertos. Ninette se sintió madre y en su alma de mujer florecieron sentimientos ignorados. El amor la vencía. Y puso un beso loco, un beso ferviente en los labios del niño que lloraba.

Fuera, el sol cenital bañaba la soledad augusta del paisaje que reverdecía. Y la primavera de este florecimiento decía como un himno de vida nueva...

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

REFERENCIAS

 Firmado: José Carlos Mariátegui. Transcrito a base de un recorte conservado en un álbum familiar, pero sin indicaciones sobre procedencia.



B. Valverde, *José Carlos Mariátegui junto a periodistas y obreros* (c.1916). Fotografía, 19,9 x 15,9 cm. Archivo José Carlos Mariátegui

José Carlos Mariátegui junto a periodistas y obreros

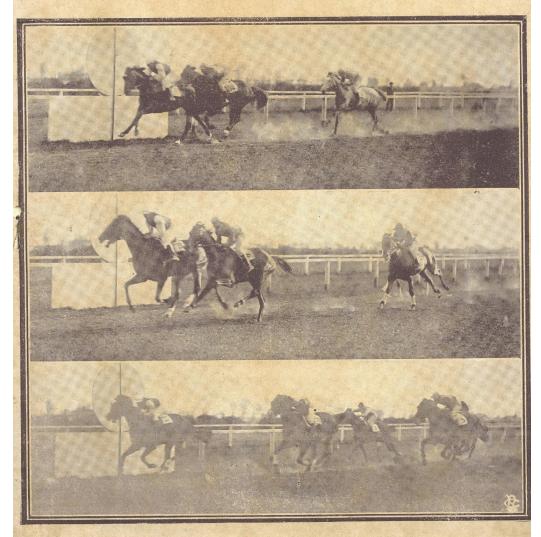
TítuloJosé Carlos Mariátegui junto a periodistas y obrerosCreadorB. VelardeAñoc.1916Dimensiones19,9 x 15,9 cmMedioFotografíaLocalizaciónArchivo José Carlos Mariátegui

AÑO III

OCTUBRE 28 DE 1916

N. 60

El triplete del "Porte Bonheur"



1—Llegada de la 3ª carrera: 1° Alino, 2.º Sojo y 3.º Rotita. 2—Llegada de la 5ª carrera: 1º Wilful, 2.º Jena, 3º Pololo y 4.° Springfield. 3—Llegada de la 6ª carrera: 1.º Raillery, 2.º Floridor, 3.º Lolen, 4.º Hugonote y 5.º Orviador.

El Turf. Revista Ilustrada de Correos

Título Portada del *El Turf.* Revista Ilustrada de Correos

Año28 de octubre de 1916MedioPublicación Periódica

Localización Archivo Fotográfico Servais Thissen

Volumen Año 3, Nº 60

Teatro





3.2. La Mariscala



Julio de la Paz y Juan Croniqueur, autores del poema "Las Tapadas" que han obtenido tan grande éxito

José Carlos Mariátegui y Julio de la Paz, autores de Las Tapadas. *La Actualidad* (14 de enero de 1916). Archivo Fotográfico Servais Thissen

3.1. Las Tapadas

Título José Carlos Mariátegui y Julio de la Paz, autores de Las Tapadas en la revista La Actualidad

Creador Desconocido

Año 14 de enero de 1916

Medio Recorte de prensa

Localización Archivo Fotográfico Servais Thissen

3.1. Las Tapadas

Miraflores, 5 de noviembre:

Querido Vegas:

Ahí va el articulo sobre las elecciones ingles es. Le mario también un Baldwin de un distrio francés. Puele Vi. ilustrar el articulo con fotografías de Lord Curzon, Sir Robert Horn, Lady Astor y otros ejemplares de la fauna "torie". Seguramente, Vi. lo había hecho así ya.

Me complace que mi articulo sobre el pasadismo coincida con su opinión. A proposito de "Las Papadas" le diré que las reniego con todo el enfasis y la sinceridad de un hombre a quien no le disgusta rectificarse.

Son uno de los pecados literarios de Juan Croniqueur. I Juan Croniqueur, co mo Ud. sabrá, fué sepultado por mi mismo, sin epitafio y sin tristeza. I.as bre todo, simpero, en fin, dejemos estas cosas. Ud. está enterado de que su, por reaccion acaso contra el ambiente, el menos autobiográfico de los escritores de esta tierra. Lo que no es modestia sino orgallo.

Me parece que el tema obligado del proximo articulo es la politica norte-americana.

Para después sodemos tener en salmuera a Zinowiev con motivo de las cosas que sente achacan o que, talvez, ha perpetrado.

Lo abraza afectuosamente su amigo y compañero.

Carta a Ricardo Vegas García donde le escribe sobre su obra Las Tapadas (5 de noviembre de [1924]). [Correspondencia]. Archivo José Carlos Mariátegui

Carta a Ricardo Vegas García

Título Carta a Ricardo Vegas García donde le escribe sobre su obra Las Tapadas

CreadorJosé Carlos MariáteguiAño5 de noviembre de [1924]

Medio Copia fotostática

Localización Archivo José Carlos Mariátegui

3.1.1

Las Tapadas: A Don Ricardo Palma

José Carlos Mariátegui Julio de la Paz

Poema colonial en un acto y cuatro cuadros, en prosa y verso original de JULIO DE LA PAZ Y JUAN CRONIQUEUR¹

Música del maestro

REYNALDO LA ROSA

1915

A DON RICARDO PALMA

Fue en la pintoresca y sabrosa leyenda de las tradiciones peruanas donde al sortilegio de vuestra prosa diáfana surgieron a nuestros ojos las primeras evocaciones de la época virreinal. A través de vuestras historias, en que cobra vida y color, ora una aventura galante, ora una donjuanesca bizarría, ora un episodio heroico, llegó hasta nuestras almas, sensibles a la intensa sugestión del pasado, la visión de una poética edad lejana, no por romancesca menos real.

Lo que niños aprendimos en vuestras páginas maestras, se fortaleció más tarde con la lección fuertemente evocadora que son los vestigios dejados por el coloniaje en las cosas y las almas de esta tierra. Una ventana –confesionario de amor, amparo de misteriosos discreteos–, que pone el encaje de sus arabescos de hierro en una calleja antigua; un balcón propicio al asalto de la escala de seda; un clavicordio en que duermen las notas cadenciosas del minué; un claustro conventual que hace risueña la cenefa abigarrada y multicolor de los azulejos; una leyenda contada por una voz de abuelo en la paz de la velada familiar, nos dijeron muchas veces cosas que ya nos eran conocidas acaso y que habíamos aprendido a amar en vuestras tradiciones.

Quien nos descubriera el panorama del pasado al conjuro de su prosa colorista, quien en libros que son orgullo legítimo de la literatura peruana y en el claro y terso idioma de Castilla, apresara excelsas

visiones de una etapa de poesía y romanticismo, reclama para sí, en el crepúsculo luminoso de una ancianidad venerable, el homenaje humilde que le tributamos al dedicarle LAS TAPADAS.

No reviste este ensayo –evocación escénica de una edad que fue–, pretensiones de reconstrucción histórica que mal cabrían dentro de una obra en un acto y la reclama de mayor aliento. Es tan sólo un poema sentimental y galante, en que queremos esbozar almas y paisajes del virreinato y hacer pasar por la escena un soplo de la vida de esa época caballeresca.

Si LAS TAPADAS es un mediano acierto y se cree que en esta obra viven personajes desglosados de la leyenda. Si en don Fernando Roldán, en don Javier de Alvarado, en doña Mercedes la Loca, se ve abocetadas las almas del noble y espadachín aventurero, del hidalgo bien nacido, orgulloso de su escudo que luce en el umbral de su casona y de la hetaira criolla, apasionada y voluptuosa, que era a veces la tapada, habrá triunfado el anhelo que en esta hora alienta en nuestras almas inquietas de bohemios.

Ponemos bajo el amparo de vuestros nobles prestigios este poema.

LOS AUTORES

• • •

PERSONAJES

EL PRÓLOGO	TROVADOR 19
DOÑA ISABEL	TROVADOR 2
DOÑA MERCEDES LA LOCA	TROVADOR 3°
DON JAVIER DE ALVARADO	TAPADA 1°
DON FERNANDO EL AVENTURERO	TAPADA 2°
DON RAMIRO DE MENDOZA	TAPADA 3°
DON JAIME ALCÁNTARA	GALÁN 1°
BRAULIO (esclavo negro)	GALÁN 2°
CELSO (ídem).	UNA DAMA

Tapadas, caballeros, damas de calidad, trovadores, duelistas, calesero

CORO GENERAL

Derecha e izquierda las del actor

En los tiempos de oro del coloniaje

*** * ***

REFERENCIAS

Publicado en San Marcos, Nº 12, pp. 187-214, Lima, julio-agosto 1975. Transcripción directa del texto
mecanografiado por los autores, y que actualmente se conserva en la Biblioteca Nacional del Perú con una nota
preliminar de Alberto Tauro.

Las Tapadas, de José Carlos Mariátegui y Julio Baudoin. Lima, Servicio de Publicaciones [del] Teatro Universitario de [la U.N.M. de] San Marcos, 1976. 2 h., 23p.; 30 cm. (Serie III, Nº 32. Piezas de Autores Peruanos).

Quince para treinta. Probablemente comedia, conocida sólo por una referencia inserta en Lulú (Nº 15, p. 27; Lima, 14 de octubre de 1915): "Dice el apuntador que... Juan Croniqueur [tiene una obra]" titulada Quince para treinta. La noticia parece aludir a una pieza ya concluida, pero es posible que se haya limitado a recoger el anuncio de un proyecto alentado por la acogida que el público dispensara a Las Tapadas

3.1.1. Las Tapadas

3.1.2

Acto Único. El Prólogo

José Carlos Mariátegui

EL PRÓLOGO

(A telón corrido, el cronista hace la evocación de la época diciendo estos versos)

Este es un cuento antiguo de amor y bizarría, un cuento en que palpita el alma colonial. Hay en él una amable, gentil galantería, aromas de romance, ritmos de madrigal.

Revive en el tinglado una edad historiada en que las aventuras de algún conquistador y las coqueterías de una dama embozada rimaron el encanto de un poema de amor.

Edad de trovadores, de hidalgos caballeros, centinelas celosos del lustre de un blasón, donosos capitanes, bravos aventureros y espías que servían a la Santa Inquisición.

Virreyes amadores que altivos ostentaban sus armas sobre fondo de gules y de azur, cristianos que al oráculo de un naipe interrogaban ansiosos de un secreto y enigmático augur.

Criollas recatadas bajo de saya y manto, barraganas de un fraile austero e inquisidor, en cuyos ojos negros se leía el quebranto de fogosas pasiones y vigilias de amor. Aventuras galantes, fantásticos torneos, fiestas de galanía, plenas de vida y sol. Calesas que encubrían gentiles discreteos. Arrogancia limeña y donaire español.

Tal la edad historiada, llena de poesía, que inspiró esta leyenda dulce y sentimental. Es una delicada flor de galantería que os hablará un instante del alma colonial.

* * *

3.1.3

Cuadro Primero

José Carlos Mariátegui

Calle antigua de solariegos portales y balcones vetustos que avanza hacia el fondo, confundiéndose con otras callejuelas igualmente tortuosas y típicas. A la lateral derecha, fastuosa mansión de los de Alvarado: ancha puerta con escudo nobiliario; a su izquierda ventana de reja de apropiado estilo; sobre la puerta, balcón de la época, labrado como una arquilla para encerrar tesoros de amor. Las celosías y la ventana, practicables; por esta última debe trepar al balcón un personaje. Al foro, izquierda, sobre una esquina, alumbrado por una lámpara de aceite, un Cristo en su hornacina, testigo de caballerescos desafíos y nocturnas aventuras. Perspectiva de ciudad española: campanarios, minaretes, miradores, etc. Es noche de luna. Un rayo de luz cruza la escena.

ESCENAI

Don Ramiro de Mendoza, Trovadores 1º, 2º y 3º y coro de hombres

MÚSICA

(Frente a la mansión de los de Alvarado)

CORO

Bajo del balcón florido aguarda tu caballero viene a ofrecerte rendido su corazón de trovero. **RAMIRO**. Fue en una noche serena

y clara de luna llena aquella en que os conocí.

Mostraos, señora, a mis ojos y perdonad mis antojos que os amé desde que os vi.

CORO

Con una mano en la espada y la otra en el corazón tu galán, señora amada, espera bajo el balcón.

(Durante esta última cuarteta que canta el coro, se entreabre discretamente la celosía del balcón y asoma el rostro doña Isabel. Don Ramiro entrega un bolsillo de oro al Trovador 1º y trepa al balcón).

HABLADO

DON RAMIRO.-(en el balcón) Ilsabel! DOÑA ISABEL.-IRamiro...! (Don Ramiro penetra sigilosamente en el balcón). TROVADOR 1°.-(mostrando el bolsillo de oro) Mirad, gandules: oro. Este es el pago que don Ramiro da a los trovadores. TROVADOR 2°.-IUn bolsillo lleno! Es rumboso el caballero. TROVADOR 1°.-No le hubo igual en otros tiempos. TROVADOR 2°.-Ha de ser muy hermosa la dama que así abre su corazón y su bolsillo. TROVADOR 1°.-¿No la conocéis? ¿No visteis cuando se abrió la celosía un rayo de sol jugando en una rosa? TROVADOR 3°.-IOh, sí, la casa es esta de don Javier de Alvarado! ¿Acaso su hija doña Isabel? TROVADOR 1°.-No os asombre. Sólo doña Isabel ha podido cautivar a don Ramiro. TROVADOR 2°.-Belleza es la suya que opaca la de todas. TROVADOR 1°.-No sé si sabréis que de ella también está prendado don Fernando. TROVADOR 2°.-¿El Aventurero? TROVADOR 1°.-El Aventurero le llaman y a fe que lo es en todo género de empresas; en guerra y en amor. Milagro será que no venza a don Ramiro. TROVADOR 2°.-Don Ramiro es el preferido por doña Isabel, pero don Fernando sabe darse tal maña que partido sacará de la aventura. Mas eso es cuenta de ellos: repartidnos pronto el dinero que se os va a derretir entre las manos. TROVADOR 3°.-Sí, daos prisa, el canto ha secado mi garganta y está pidiendo vino. TODOS.-Repartidnos pronto. TROVADOR 1°.-IEh, calmaos! Tiempo habrá. No sea que el vino os trastorne la cabeza. Escuchad. Don Ramiro ronda ahora el corazón de la dama y si le hallase frío, repetiremos la serenata hasta prender en él la llama

del amor.

¿Hemos de cantar aún?

TROVADOR 2°.-

TROVADOR 1°.-

3.1.3. Cuadro Primero 153

Es lo pactado. Vamos a la plaza a distraer un rato y a

una señal de don Ramiro volveremos.

TROVADOR 2°.- Como queráis.

TROVADOR 3°.- Tendremos tiempo de echar una partida (Hacen medio

mutis hacia la izquierda).

ESCENA II

Dichos y Braulio

BRAULIO.- (Apareciendo por la derecha, con un candil en la mano).

¿Soñando estoy o despierto?

Majaderos!

TROVADORES.- ¿Eh?

BRAULIO.- ¿Qué menguado os envía a turbar el reposo de mi

señora? ¿Para quién dais esas voces de beodos frente

a esta noble casa?...

TROVADORES.- (Con una reverencia profunda y burlona). IGran señor!...

BRAULIO.- ¿Os burláis?

TROVADOR 1°.- (Cómicamente) Gran Caballero, explicaos mejor y os

aseguro que os daremos tantas y tan buenas razones, que satisfecho quedaréis de nuestra conducta.

TROVADOR 2°.- No tal, que ello fuera un ultraje a vuestro lustre.

TROVADOR 3°.- La tinta que manchó vuestros pergaminos no la hay en

toda España.

TROVADOR 1°.- Señor, os besamos las manos...

BRAULIO.- [Chusma!

TROVADOR 2º.- Probablemente vuestro escudo está grabado en un

papel ahumado de cocina.

BRAULIO.- [Me haréis echar rayos por la boca!

TROVADOR 1°.- En los cielos tormentosos tienen su albergue rayos y

centellas.

BRAULIO.- Chusma sois y venís a presumir de trovadores.

Decidme, ¿quién os ha mandado?

TODOS.- Ua, ja, ja!

BRAULIO.- Retiraos que la paciencia pierdo y os haré dar tantos

palos con mi amo, que no contaréis la escena.

TROVADOR 1°.- Callad presto, o un bozal os pondremos por remedio.

Don Ramiro es quien nos manda, don Ramiro el mejor caballero de esta corte, el más arrogante con las damas, el que tras ese balcón recibe un beso de amor

de tu señora.

BRAULIO.- ¿Qué decís?...¿Don Ramiro se ha atrevido?...

Por las once mil vírgenes!

TROVADORES.- Wa, ja, ja!

TROVADOR 1°.- Ve a decirle a tu amo que don Ramiro ha vencido.

TROVADOR 2°.- Y verás los palos que la noticia te cuesta.

BRAULIO.- IRalea, gentuza, mala casta!

ESCENA III

Dichos y don Fernando el Aventurero, (embozados, por la izquierda. A los trovadores)

154 TEATRO

D. FERNANDO	[Bergantes!
BRAULIO	(ap.) [Don Fernando!
TROVADORES	Caballero.
D. FERNANDO	¿Qué riña es esa? (a Braulio) ¿Qué pretende esta turba
3 2	de villanos en este sitio y a esta hora? ¿Habéis
	previsto por vuestra vida el peligro que corréis?
	Explicaos pronto si no queréis salir de aquí como alma
	que lleva el diablo.
TROVADOR 1°	Señor, no es nuestra misión reñir, sino tender escalas
	de voces al amor. Somos trovadores nocturnos,
	instrumentos de amor de damas y galanes.
TROVADOR 2°	No empuñamos la espada, señor, solo sabemos pulsar
	las fibras del corazón.
TROVADOR 3°	En las noches de luna damos al viento nuestra
	serenata sentimental.
D. FERNANDO	Basta! No hagáis gala en mi presencia de inspiración
	tan pobre. Responded al punto, ¿quién os mandó
	aquí?
TROVADOR 1°	No os inmutéis, señor, que honrados nos sentiremos
	si dais fe a nuestras palabras.
D. FERNANDO	Hablad, pues.
BRAULIO	Yo lo diré. Esta gentuza, con sus voces gangosas, dio
	una serenata a doña Isabel.
D. FERNANDO	¿A doña Isabel?
TROVADOR 1°	Otro caballero, como vos digno y valiente, nos dio el
	encargo.
D. FERNANDO	Ah, comprendo! Don Ramiro os ha comprado.
TROVADOR 1°	Don Ramiro.
D. FERNANDO	¿Por cuánto?
TROVADOR 1°	Por este bolsillo.
D. FERNANDO	¿Y ya habéis cumplido vuestra misión?
TROVADOR 1°	Al pie de la letra.
D. FERNANDO	(Ofreciéndole otro bolsillo). Bien. Tomad.
TROVADOR 1°	¿Qué nos dais?
D. FERNANDO	Más dinero.
TROVADOR 3°	Dios premie vuestra largueza.
D. FERNANDO	Pero juradme que no habrá nota en vuestra garganta,
	ni lamento en vuestras guitarras que míos no sean.
TROVADORES	Lo juramos.
TROVADOR 1°	Contad con nosotros para toda empresa de amor.
D. FERNANDO	Bien, retiraos, pero no os alejéis demasiado. A un
	aviso mío volveréis para cantar a doña Isabel la misma
	serenata que os pagó don Ramiro.
TROVADOR 1°	Así lo haremos.
TROVADORES	A vuestros pies, don Fernando.
TROVADOR 2°	Pardiez, paga mejor que don Ramiro.
TD 01 44 D 0 D 00	

(Hacen mutis los trovadores por la izquierda, último término, cuchicheando alegremente y sonando las monedas).

Con don Fernando nos quedaremos.

TROVADOR 3°.-

ESCENA IV

Don Fernando y Braulio

3.1.3. Cuadro Primero

BRAULIO.- Perdonadme, señor. Soy un zopenco.

D. FERNANDO.- Un castigo mereces.

BRAULIO.- Toda la noche estuve con el ojo atento, pero rindiome

el sueño y don Ramiro diose prisa en traer a esos bergantes bajo el balcón. Doña Isabel escuchó

la serenata, abrió la celosía y...

Isoy un zopenco!

D. FERNANDO.- ¿Dices que doña Isabel salió al balcón?

BRAULIO.- Sí, a escuchar la musiquita.

D. FERNANDO.- ¿Y habló con don Ramiro?

BRAULIO.- Sí, es decir... no... es decir, sí...

D. FERNANDO.- Acaba.

BRAULIO.- Sí, habló pero casi nada... [fueron pocas palabras! Solo

que... se las dijo en el balcón.

D. FERNANDO.- ¿En el balcón?... ¡Voto a bríos! ¿Y qué más?

BRAULIO.- Y... nada... y cerró la celosía.

D. FERNANDO.- ¿Doña Isabel?

BRAULIO.- No, don Ramiro.

D. FERNANDO.- ¿Qué dices?

BRAULIO.- La verdad, don Fernando, vuestro rival está allí dentro.

D. FERNANDO.- ¿Es posible?... [Ah, tunante! El juego es de escaso

ingenio y lo desprecio.

BRAULIO.- Sí, señor, mejor es que le despreciéis.

D. FERNANDO.- Don Fernando no desprecia, castiga.

BRAULIO.- Teneos, señor, llena está vuestra historia de hazañas

de amor y de guerra, pero esta no es digna de vos. Yo

os suplico, yo os ruego que renunciéis...

D. FERNANDO.- Se me ocurre una idea. Corre a ver a don Javier a su

lecho y le dices que su hija con don Ramiro se halla.

BRAULIO.- ¿Yo señor?... queréis que me desuelle vivo.

D. FERNANDO.- Quiero confundir a ese bribón.

BRAULIO.- Que le confunda el demonio, señor.

D. FERNANDO.- Date prisa. Te lo ordena don Fernando.

BRAULIO.- Pero si don Javier ignora que don Fernando...

D. FERNANDO.- Haz lo que mando.

BRAULIO.- Es que... perdéis el tiempo, señor.

D. FERNANDO.- Vamos, vuela.

BRAULIO.- Escúcheme su merced un momento. Es vano empeño;

don Javier cela tanto a su hija que hoy mismo decía que antes será de la tumba que de ningún caballero.

D. FERNANDO.- Ideas de viejo rancio.

BRAULIO.- Ha jurado don Javier que la meterá a un convento

para acabar con su inquietud amorosa.

D. FERNANDO.- Pues hasta el convento iría don Fernando.

BRAULIO.- Ya lo veis, señor, pretendéis un imposible. Y como ya

en nada os puedo servir, me vuelvo al lecho (medio

mutis por la derecha).

D. FERNANDO.- Mil esclavo! Has tratado de distraerme con tus

mentiras. Vamos, ve a cumplir mis órdenes...

BRAULIO.- Pero si don Javier es un tronco y si se despierta...

Ime destronca!

D. FERNANDO.- Que la paciencia pierdo... (le amenaza).

BRAULIO.- (haciendo mutis por la derecha) l'Ay, esta noche no la

cuento!

156 TEATRO

ESCENA V

Don Fernando y Doña Mercedes, la Loca

DOÑA MERCEDES.- (de saya y manto, por el foro izquierda)

Don Fernando!

D. FERNANDO.- Mercedes, vuestro manto no sabe disfrazaros a mis

ojos.

Adivino tras él, el vuestro encanto que enciende tan

fanáticos antojos.

DOÑA MERCEDES.-

No desmentís vuestra galantería.

D. FERNANDO.- IQuién podrá desmentirme ante el portento de luz y

de belleza y picardía que sois, señora, y que a admirar

me siento!

DOÑA MERCEDES.- Callaos, amigo, y no subáis el tono por más que me

digáis lisonjas bellas tengo prisa en marchar y os

abandono.

(medio mutis por la izquierda).

D. FERNANDO.- Me dejaréis sin luz si las estrellas de vuestros ojos

para mí no brillan.

¿Será que otro reclama sus fulgores y en pos del cual

os vais ansiosamente?

DOÑA MERCEDES.- Vuestra galantería es indiscreta.

(ap.) IOh, Ramiro, a quien busco inútilmente!

D. FERNANDO.- ¿Será tal vez quien cautivó el hechizo de vuestra

gracia un capitán bizarro, un trovero alocado y tornadizo un oidor que blasonó Pizarro, quien sabe un caballero decidido que os aguarda embozado en una esquina? ¿Quién será el mortal favorecido esta

noche por vos?... ¿Quién lo adivina?

DOÑA MERCEDES.- (sonriendo) [Dejad de imaginaros aventuras y cantad

una endecha a vuestro dueño!

(señalando el balcón).

Y no deis en decirme más locuras que es ocioso, señor, el vuestro empeño! (hace mutis por la derecha).

D. FERNANDO.- (viéndola alejarse).

Siempre seréis doña Mercedes loca y tendréis cada día otros amores y brindaréis la miel de vuestra boca

ESCENA VI

Don Fernando, Don Javier, Braulio, luego don Ramiro: Isabel, en el balcón.

DON JAVIER.- (apareciendo por la puerta de la casa, seguido de

Braulio, a don Fernando).

¿Es posible que un minero menguado deshonre la mansión de mis mayores y así manche el blasón de un Alvarado que

ha sido de virreyes y oidores?

D. FERNANDO.- Perdonad, don Javier, si os ha turbado

mi aviso sin querer, pues solo quiero

impedir que un bergante

3.1.3. Cuadro Primero

ofenda la mansión de un caballero.

(Don Ramiro se descuelga sigilosamente del balcón).

lSed sereno, señor! Sale el tunante.

(Pausa. Don Javier y Don Fernando acechan a don

Ramiro que baja. Cuando está en tierra).

DON JAVIER.- [Osado! que mi casa sola riega mancháis con vuestras

plantas, atrevido.

ISABEL.- (en el balcón) [Oh, mi padre!

DON JAVIER.- La cólera me ciega

ante tal villanía.

BRAULIO.- (ap.) [Estoy perdido!

DON RAMIRO.- (respetuoso) [Don Javier!

DON JAVIER.- No os escucho. El desacato

que me habéis inferido, es miserable. Vuestra planta en mi hogar y mi recato ha dejado una ofensa imperdonable.

Jamás un Alvarado recibiera un ultraje más vil a su blasón, jamás un Alvarado permitiera la osadía canalla de un bribón. Os creí caballero y mi creencia me hizo un día estrechar la vuestra

mano.

No esperaba de vos la irreverencia de escalar mi mansión como un villano.

D. FERNANDO.- (a Braulio)

Haz señal a la gente que aquí espero.

(Braulio hace mutis, muerto de miedo, por la izquierda

tercer término).

DON RAMIRO.- No es ultraje, señor, ni es osadía.

Mal podría inferirlo a quien venero. Es tan solo el amor el que me guía y vibra en este pecho que es sincero. Perdonadme, si acaso el pobre empeño de postrarme a los pies de mi adorada me hizo turbar de vuestra casa el sueño.

en pos de una caricia regalada.

[Perdonadme, señor!

DON JAVIER.- Un Alvarado

no sabe perdonar, ni es indulgente

si es fiel a su leyenda.

D. FERNANDO.- Sois menguado

y sois cobarde al humillar la frente. No es a vos a quien pido este perdón.

DON RAMIRO.- No es a vos a quien pido este perdón

[No reclamo merced de aventureros!

D. FERNANDO.- Os exponéis, bribón,

a que os diga que son los caballeros. No os tolero, señor. [Callad, os mando!

D. FERNANDO.- Nadie me hablará igual.

DON RAMIRO.- ŒI honor mío!

DON RAMIRO.-

D. FERNANDO.- Sois un advenedizo y don Fernando

soy yo!

DON RAMIRO.- IA don Fernando desafío!

(Le arroja un guante.)

D. FERNANDO.- Recojo el reto.

158 TEATRO

DON RAMIRO.- [Adiós! (se va por la derecha)

(a don Fernando) Os agradezco

vuestra noble actitud.

D. FERNANDO.- Deber ha sido.

(Suena dentro la serenata que se acerca).

DON JAVIER.- ¿Qué serenata es esa?

D. FERNANDO.- La que ofrezco

a vuestro honor.

DON JAVIER.- Os soy agradecido.

A mi casa pasad que hay siempre en ella buen vino y amistad para el amigo caballero, que se hace digno de ella.

D. FERNANDO.- Me obligáis, don Javier.

(Ap., en tanto entra don Javier en la casa).

IMi fin consigo!

Para ella la canción de mis troveros! Venga ahora el gallardo desafío, pues

no venzo tan solo caballeros

Itambién los corazones!

ISABEL.- (en el balcón). IÉI! IDios mío!

(Los trovadores cantan dentro un motivo de la serenata. En el balcón se ve llorar a doña Isabel).

MUTACIÓN

TELÓN

3.1.3. Cuadro Primero

3.1.4

Cuadro Segundo

José Carlos Mariátegui

CUADRO SEGUNDO

Una avenida bordeada de árboles que se pierde en la perspectiva del telón de foro. El claro de luna pone su caricia de plata en las copas rumorosas. Hay un ambiente de calma, de misterio y de voluptuosidad.

ESCENAI

MÚSICA

Galanes, Tapadas y Don Fernando

CORO

Las noches de luna invitan en la alameda, al placer y encienden en nuestros labios una extraña y febril sed. El viento trae los ecos lejanos de algún cantar y hay un ambiente de calma y de voluptuosidad.

RECITADO

(Mientras la orquesta ejecuta una melopea).

GALÁN 1°.-

Callad que se aproxima en su calesa la más gentil limeña y más hermosa

cortesana con pompas de marquesa.

TAPADA 1º
Y también la mujer más caprichosa.

GALÁN 1º.
La que tuvo más locos desvaríos.

GALÁN 2º.
La que nunca apagó su ansia sensual y dada a los más raros extravíos preciara por su amor un madrigal.

TAPADA 2º- La que jamás saciará sus antojos. GALÁN 1º- La que luce mejor la saya y manto

porque aumenta con ellos el encanto divino y misterioso de sus ojos.

ESCENA II

Dichos y Doña Mercedes la Loca (que aparece por el foro en una calesa y desciende durante el coro siguiente). Don Fernando recibe a doña Mercedes.

Dichosos son los ojos que admiran tu hermosura Dios guarde tus encantos preciosa criatura. Jamás en la alameda dormida y silenciosa floreció una magnolia más fresca y más hermosa.

(Se apaga el rumor de galanes y tapadas que desaparecen por el foro).

D. FERNANDO.- ¿Cuál galante aventura,

cuál desvelo, cuál cita misteriosa, os trae a la alameda silenciosa y permite admirar vuestra hermosura?

¿Cuál galán ignorado,

de insolente mirar, capa y espada y dorado blasón, ha cautivado la luz de vuestra mirada?

DOÑA MERCEDES.- Ningún galán, ninguna

cita de amor, me trae a la alameda,

es la noche de luna

que viste de misterio la arboleda es la atracción de su quietud sonora, es la clara armonía de la fuente que dice su alegría reidora, es tal vez un capricho solamente...

D. FERNANDO.- Señora, también sois algo poeta, tenéis raros ideales soñadores

sentimentalismos de coqueta.

DOÑA MERCEDES.- Será a fuerza de amar a trovadores...

D. FERNANDO.- Si en mi patria lejana

floreciera tan grande gentileza no habría más hermosa castellana

y seríais princesa.

Os harían la corte caballeros

3.1.4. Cuadro Segundo

de altivo continente,

que por vos romperían sus aceros

con ímpetu valiente. Y de un país distante,

precedido por mil embajadores, llegara hasta vos algún infante a contaros, rendido y arrogante,

sus amores.

Pero así, con embozo de soplillo, encuentro yo mayor vuestra belleza,

que si fuerais princesa

y, habitarais un trágico castillo. Amable estáis y a fe que son felices vuestras frases galantes y donosas.

Y vos, ¿a qué venís? ¿Cuáles deslices,

qué aventuras os traen?

D. FERNANDO.- Pues son cosas de honor.

Me trae a la alameda un desafío que igual que todos, motivó el amor.

DOÑA MERCEDES.- ¿Y tan tranquilo estáis?

D. FERNANDO.- Siempre sonrío

DOÑA MERCEDES.-

ante un lance como este, mi señora. Muy pronto llegarán los caballeros, con ellos mi rival, y sin demora

brillarán los aceros.

DOÑA MERCEDES.- ¿Quién es vuestro rival?

D. FERNANDO.- Un imprudente

criollo, audaz en su arrogancia moza,

que me retó insolente.

DOÑA MERCEDES.- ¿Y se llama?

D. FERNANDO.- Ramiro de Mendoza

DOÑA MERCEDES.- ¿É!?

DOÑA MERCEDES.-

D. FERNANDO.- ¿Acaso os extraña?

¿Le conocéis tal vez? ¿es vuestro amante? [No habléis en ese tono que me daña

si a fuer de caballero, sois galante!

D. FERNANDO.- Reparo que os inquieta

este lance que tengo concertado, ¿Don Ramiro es quien os ha cautivado

con sus galanterías de poeta?

No lo neguéis, señora; en vuestros ojos

que os han hecho traición

he leído, entre angustias y sonrojos lo que pasa por vuestro corazón.

DOÑA MERCEDES.- Habéis adivinado mi secreto,

el secreto de amor que yo ocultaba.

[Sed ahora discreto!

D. FERNANDO.- Lo juro! Imaginaos que lo ignoraba.

DOÑA MERCEDES.- LEs inmenso mi amor!

D. FERNANDO.- Son ilusiones que os forjáis a porfía.

 \dot{c} Qué sabéis vos de amor ni de pasiones?

DOÑA MERCEDES.- Pues es don Ramiro el alma mía.

D. FERNANDO.- IOh mentidas palabras!

DOÑA MERCEDES.- ISoy sincera

S.- ISoy sincera os hablo sin ficción

162 TEATRO

y los labios quizá por vez primera

os dicen lo que siente el corazón.

D. FERNANDO.- La mujer que mercara sus favores

y, contando sus días por amantes, les tendiera sus brazos pecadores igual a caballeros que a tunantes,

no sabe amar con ley.

DOÑA MERCEDES.- [Callad os pido!

Ahondáis la herida que me está

sangrando.

No cuadra a un caballero bien nacido hablar así a una dama, don Fernando.

D. FERNANDO.- No es una dama aquella que mendiga

el amor de un villano, ni que vende su cuerpo por un beso o una cantiga.

DOÑA MERCEDES.- Y no es un hidalgo el que la ofende.

Si a mi lado tuviera un bravo paladín

que airado, os devolviera vuestro ultraje ruin,

no seríais capaz de decir nada

de lo dicho.

D. FERNANDO.- ¿Estáis loca

o no sabéis señora, que mi espada apoya lo que digo por mi boca?

DOÑA MERCEDES.- Muy pronto habré de verlo.

D. FERNANDO.- Sin demora,

viene aquí justamente mi criado, y que no ha de tardar vuestro adorado.

ESCENA III

Dichos y Braulio y Celso

DON BRAULIO.- Señor, antes de una hora

ha de llegar don Ramiro. Por avisaros a tiempo adelante me he venido.

D. FERNANDO.- Bien está.

Doña Mercedes,

¿asistís al desafío?

DOÑA MERCEDES.- He de aguardar anhelante

la suerte del ser querido por si vuestra audaz tizona le dejara mal herido. Mi mano la curaría con solícito cariño.

(Las últimas palabras las dice doña Mercedes, haciendo mutis por la derecha en unión de don

Fernando).

DON CELSO.- Diente con diente estoy dando,

cual si me fuera la vida en el lance.

DON BRAULIO.- A mí la carne se me pone de gallina.

DON CELSO.- Don Fernando es un valiente

3.1.4. Cuadro Segundo

para él no hay lucha perdida.

DON BRAULIO.- Pero el criollo es muy guapo

y lo vencerá.

DON CELSO.- INo digas!

Como mi amo no hay ninguno y el criollo es un marica.

Tiene él un brazo derecho y tiene una puntería!

Calla pegro tú no sabes

DON BRAULIO.- Calla, negro, tú no sabes

dónde repican a misa. Don Ramiro es todo un hombre

y hoy al chapetón lo pincha. [Pobre mi amo! [Ni Dios quiera!

DON CELSO.- Pobre mi amo! [Ni Dios quiera!

Si muere, yo ¿dónde iría? Estos blancos que pelean

DON BRAULIO.- Estos blancos que pelean

por puro gusto, dan grima. Casi siempre es por mujeres. No lo valen las indianas. Muchas historias sé de estas.

DON BRAULIO.- Y vo.

DON CELSO.-

DON CELSO.-

DON BRAULIO.-

DON CELSO.- A ver si son las mismas.

MÚSICA

DON BRAULIO.- Don Andrés un caballero

de muchísimo valor.

DON CELSO.- Tuvo un lance con don Telmo

que también es un león.

DON BRAULIO.- Disputábanse una dama

que era dada a desdeñar.

DON CELSO.- Y en el duelo los rivales

AMBOS.- Izis, zás, zis, zás, zis, zás!

DON CELSO.- Venció Andrés en el combate

a don Telmo el... contendor.

DON BRAULIO.- Y al empuje de su espada...

la orgullosa se rindió.

MÚSICA

Hablado

DON BRAULIO.- Es una historia que asusta.

DON CELSO.- Pone los pelos de punta.

DON BRAULIO.- (reparando hacia la izquierda) Pero

Calla, qué veo! Viene hacia aquí don Ramiro con su corte de honor.

DON CELSO.- Desús y qué cara traen!

DON BRAULIO.- Van a batirse aquí mismo. Corramos,

Celso.

DON CELSO.- ¿Para qué?

DON BRAULIO.- Para avisar a don Fernando que la hora

ha llegado.

DON CELSO.- Vamos. Se van a hacer picadillo.

(Ambos hacen mutis rápido por la derecha).

ESCENA IV

Ramiro de Mendoza, coro de caballeros, luego don Fernando, Braulio, Celso; doña Mercedes se oculta tras un bastidor de la derecha que se supone cubierto por el follaje. Ramiro y el coro aparecen por la izquierda con un sonoro son de aceros y armaduras.

MÚSICA - CORO

Somos los caballeros de la nobleza que guardamos celosos nuestro blasón y fiamos al orgullo de nuestra espada, la defensa sagrada de nuestro honor.

RECITADO

(Suena una melopea).

DON RAMIRO.-IEn guarda! D. FERNANDO.-Don Ramiro, mi tizona fue forjada en Toledo. DON RAMIRO.-Estad atento. D. FERNANDO.-ISola va al corazón y no perdona! DON RAMIRO.-(acometiendo con coraje) IA fondo! D. FERNANDO.-(librando el golpe) Perdonad, ha sido... al viento. DON RAMIRO.-Este golpe parad. D. FERNANDO.-Habéis errado y os lo devuelvo igual. DON RAMIRO.-Temed mi acero! D. FERNANDO.-Temed el mío vos. DON RAMIRO.-Os ha fallado. D. FERNANDO.-Ahora. (le hiere) (volviéndose al grupo) He vencido al caballero. DOÑA MERCEDES.-(apareciendo) IDon Fernando! Traidor es vuestro acero. Al herir este pecho ha herido el mío.

(Concertante).

He cumplido señora el desafío y os devuelvo gentil vuestro trovero.

DON RAMIRO	Fue el amor, fue el amor
	de una hermosa mujer
	que me armó vengador
	y me vence a sus pies.
D. FERNANDO	Fue el amor de esa flor
	el que me hizo vencer.
	y ha vencido otra vez.
DOÑA MERCEDES	De su rostro el dolor
	con amor borraré
	Opobre amor redentor
	pobre amor de mujer!

D. FERNANDO.-

CORO.-

3.1.4. Cuadro Segundo

Fue el amor, fue el amor

de una hermosa mujer que le armó vengador y le vence después.

(Doña Mercedes recibe en brazos a don Ramiro).

MUTACIÓN - TELÓN

3.1.5

Cuadro Tercero

José Carlos Mariátegui

CUADRO TERCERO

Telón corto representa una calle de la época.

ESCENA I

Don Fernando y Braulio, por la izquierda

(Se oyen nueve campanadas de la iglesia vecina).

Entonces ¿qué duda inquieta a vuesa

DON BRAULIO	Las nueve han sonado, señor, se acerca la
	hora de la fiesta que hoy da don Javier a sus amigos
D. FERNANDO	Por don Javier estoy invitado.
DON BRAULIO	Lo sé, señor, supisteis robar con vuestro
	valor la voluntad de don Javier y él tiene en vos
	confianza ciega.
D. FERNANDO	Argucias son de quien aspira al amor de su
	hija.
DON BRAULIO	Y bien, señor, ¿asistís a la fiesta o pensáis
	siempre en raptar a doña Isabel al amanecer?
D. FERNANDO	Una duda me atormenta
DON BRAULIO	Yo me permito recordar a vuestra merced que
	don Ramiro no volverá a pretender
D. FERNANDO	Lo sé. Mi acero cobró caro su osadía y dueño
	he quedado de la situación y de la dama.

merced?

DON BRAULIO.-

D. FERNANDO.- El amor.

DON BRAULIO.- Vuesa merced es por su gallardía y su ingenio

dueño del amor del mundo.

D. FERNANDO.- Sí, me inquieta el amor de doña Isabel...

Pero [bah! fue un presentimiento que cruzó mi mente. Asistiré a la fiesta. Esta noche es la esperada por mí.

DON BRAULIO.- ISabia es vuestra resolución, señor! Permitid

que os bese la mano.

D. FERNANDO.- Esta noche, sí: mis frases galantes y donosas

la harán olvidar el recuerdo de don Ramiro, colmaré su corazón de amor y mía será doña Isabel esta noche

misma.

DON BRAULIO.- Habláis como un iluminado, señor; esta noche,

entre la cháchara y el jaleo, realizaréis vuestros sueños y acabará para Braulio esta aventura en la que se juega

el pellejo.

D. FERNANDO.- Ve tranquilo y no digas que me has visto.

DON BRAULIO.- [Como si estuviera! [Soy una sombra, señor! (Se va por

la izquierda).

D. FERNANDO.- IEsta noche, esta noche! [Noche de amor y poesía!...

(Queda pensativo).

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, y Tapadas 1^a, 2^a y 3^a por la derecha

(La Tapada 1ra aparece recatándose en la sombra, temerosa de ser reconocida por don Fernando, quien la detiene con este piropo):

D. FERNANDO.- Ojos azules. No los cerréis, señora, que la dicha de

adivinar quién se oculta tras vuestro manto no es comparable al dolor de saber que existió el cielo y le

perdimos.

TAPADA 1ª.- [Galante]... (Hace mutis coquetonamente por la

izquierda).

D. FERNANDO.- (A la Tapada 2.da, que aparece enseguida por la

derecha).

IOjos negros! ¿Qué misterioso fuego arde en vuestros

ojos que hogueras son de los corazones?

TAPADA 2ª.- IPoeta!... (Vase por la izquierda y sale la Tapada 3ra por

la derecha).

D. FERNANDO.- (a la Tapada 3ra). Ojos grises. Ojos cobardes. Acecháis

como el acero en manos de un villano.

TAPADA 3ª.- Wiejo!... (Vase)

D. FERNANDO.- ¿Qué escucho?... Me llamó viejo... ¿Viejo?... [Loca está

sin duda! ¿Viejo?... ¿Acaso no vio mis cabellos, ni mi rostro ni mis ojos donde anida una gran pasión?... ¿Pero estaré en verdad viejo?... ¿Será tardío este amor que consume mi vida?... ¡Cómo lo puedo creer!... Sin embargo, la tapada me lo dijo... ¿se burló acaso?... ¿fue despecho?... Sí, eso fue. ¿Por qué dudarlo?... Mi corazón me habla de amor... No ha muerto la ilusión

corazón me habla de amor... No ha muerto la ilusión en mí... no morirá mientras viva doña Isabel... Ya la fiesta habrá empezado. Ella me espera. Esta noche la

haré mía.

MUTACIÓN - TELÓN

3.1.6

Cuadro Cuarto

José Carlos Mariátegui

CUADRO CUARTO

Sala suntuosísima de la familia de Alvarado. Sillones y sofás tapizados con lujo y armazón de negra madera labrada. Los respaldares adquieren forma de medallones Luis XV, y hay en ellos esculpidas cornucopias y leones hispanos. En un ángulo, esquinado, un clavicordio; butaquín mullido ante él con cojín a los pies. Consolas y tapices. En las paredes retratos, adornos y atributos propios de los de Alvarado. Al foro perspectiva del balcón visto desde la escena. Es noche de tertulia.

ESCENAI

Don Javier, Don Fernando, Don Jaime Alcántara, Doña Isabel, Dama 1ra, Dama 2da y coro.

MÚSICA - BAILE

GAVOTA

HABLADO

DON JAIME.- Es amable y galante vuestra fiesta

D. FERNANDO.- No dejaría nunca de serlo con tal ama de casa.

DON JAVIER.- Es tan sólo amistad y nobleza que se respira en mi

morada.

DOÑA ISABEL.- Pero don Jaime no ha querido esta noche contarnos

charadas y aventuras. [Don Jaime, por Dios!...

DON JAIME.- Si os place, no seré yo quien me niegue a entreteneros.

DOÑA ISABEL.- Comenzad ya que nos será muy grato escucharos.

DAMA 1^a— Comenzad, don Jaime.

DAMA 2^a— Que diga un epigrama.

DAMA 3^a— Una aventura de amor...

DON JAIME.- IOh, no os podré complacer a todos! Bien sé que os

divierten mis pláticas; tienen ellas un sabor tan fuerte de vejez y antigualla que no he querido hablar hasta ahora por temor de cansaros. Ya conocéis demasiado mis historietas, mis anécdotas y casi no sé qué de nuevo contaros. Pero quiero obedeceros. Y tú, curiosa chiquilla, has acertado: voy a contar una adivinanza (Don Fernando junto a doña Isabel la atiende mimoso y ella le escucha pensativa).

TODOS.- Sí, sí, una adivinanza.

MÚSICA

DON JAIME.- Oíd mi adivinanza:

¿Cuál es la extraña flor que siendo la alegría también es el dolor? Es enigma, es misterio, es pena y es dolor, es manantial de dichas y nos mata de sed.

CORO

DON JAIME.- No sé señor, no sé cuál es.

No saben comprender no pueden responder.

HABLADO

DON JAIME.- ¿Os dais por vencidos?... ¿No se os alcanza?

DOÑA ISABEL.- No acierto.

DON JAVIER.- Habéis sido enigmático.

D. FERNANDO.- Os lo voy a explicar yo... (todos le rodean) os lo voy a

explicar yo... después de haber cenado... (todos ríen).

DON JAVIER.- Tiene razón don Fernando. Debemos cenar ya. (A los

invitados, señalándoles la puerta derecha, en primer

término). Pasemos que la cena espera.

DON JAIME.- Os concedo a todos este plazo.

DON JAVIER.- Pasad, amigos míos.

(Todos, menos Don Fernando y Dona Isabel, hacen mutis por la puerta derecha. Don Fernando detiene a Isabel con la frase de la siguiente):

ESCENA II

Doña Isabel y Don Fernando

D. FERNANDO.- Quiero hablaros, Isabel. Os suplico que os quedéis un

momento.

DOÑA ISABEL.- ¿Ahora?... Nos echarán de menos.
D. FERNANDO.- Perdonadme, señora, no quiero deciros

nuevamente que os amo demasiado; os lo he repetido

tanto, pero quiero saber, quiero descifrar vuestra actitud. ¿No os conmueve en nada el fuego de mi

pasión? ¿Seguís, señora, impasible?

DOÑA ISABEL.- Dejadme, don Fernando. No ganaréis nunca de este

modo el corazón de una dama.

D. FERNANDO.- Doña Isabel, no puedo soportar más vuestros

desdenes; ya os he dicho mi amor; por vos me batí con don Ramiro y le he vencido, ¿qué esperáis? [Soy el

amo!

DOÑA ISABEL.- Pensáis haber ganado mi corazón venciendo a don

Ramiro. ¿Sabéis acaso si la herida que en su pecho habéis abierto es la misma que habéis abierto en el

mío?

D. FERNANDO.- No es cierto, queréis torturarme ahora con la idea de

que amáis a don Ramiro. Sois cruel, decidme que

mentís

DOÑA ISABEL.- Oh, dejadme, dejadme...

D. FERNANDO.- No puede ser, no podéis amarlo; herido en el duelo le

recibieron los brazos de doña Mercedes la Loca, de una perdida... Ella ha restañado su sangre, ella... ella lo

ama, ya lo sabéis.

DOÑA ISABEL.- No me atormentéis. Dejadme. Mi padre puede venir.

D. FERNANDO.- Sí, esa mujer lo cobija en su casa. Don Ramiro os ha

olvidado. Os olvida en brazos de doña Mercedes la Loca, de su barragana y es ella la que ansiosa y amante cicatriza con sus besos la herida que le hizo mi

espada. ¿Lo seguiréis amando así?

DOÑA ISABEL.- No, no os puedo creer. IMe decía tan infinita su

pasión!

D. FERNANDO.- Mentira. Nunca os ha amado y aunque os amara, vos

tenéis que rechazarlo. No existe don Ramiro para vos; mi espada le ha quitado del medio. ISoy el amo!

DOÑA ISABEL.- INo existe don Ramiro!... (dudando)

D. FERNANDO.- (acariciándole las manos. Doña Isabel se abandona) [No

existe! Vos no podéis amarlo. Seréis mía. Seréis mía.

DOÑA ISABEL.- [No existe!

(Se escucha dentro un motivo de serenata).

Œs él!

D. FERNANDO.- Imposible.

DOÑA ISABEL.- Es él que llega a mi umbral.

D. FERNANDO.- ¿A qué viene? Lo he vencido y no tiene derecho a

volver.

D. FERNANDO.- Debí matarlo. IOh, mi vieja tizona toledana que no ha

sabido herir el corazón!

DOÑA ISABEL.- (avanzando hacia el balcón). IÉI es, que me ama!

(Cesa la serenata).

ESCENA III

3.1.6. Cuadro Cuarto

DON RAMIRO.- Señora mía, llego a vos devoto a rendiros homenaje.

D. FERNANDO.- ¿Habéis curado ya?

DON RAMIRO.- Lo bastante para cantar una endecha al pie del balcón

de doña Isabel... Pero, señora, ¿no me contestáis, no me respondéis nada?... Cuando sentí en mi pecho el frío del acero, mi pensamiento voló hasta vos y desde

entonces sólo he tenido el anhelo de veros.

D. FERNANDO.- Pronto os han devuelto la salud los cuidados y el

cariño de doña Mercedes.

DON RAMIRO.- IDon Fernando!...

D. FERNANDO.- Contestadme, don Ramiro.

DOÑA ISABEL.- (por Ramiro, que calla) Sois vos ahora quien calla.

DON RAMIRO.- No penséis mal de mí, Isabel. Sabed solo que os amo y que os amaré siempre y que hoy, con más fe que

nunca, quiero consagraros mi vida.

D. FERNANDO.- Callad ¿olvidáis que os he vencido? Doña Isabel es

mía. Y si no os bastan mis palabras, de nuevo mi espada os quitará del medio. Marchaos, don Ramiro

(amenazándolo).

DOÑA ISABEL.- No se irá por vuestra orden. Acordaos que estáis en

mi casa.

D. FERNANDO.- [Isabel! ¿Vos me habláis así? ¿Olvidáis mi amor?... [Oh,

contestadme! (Isabel permanece muda cerca de don Ramiro) ¿Calláis?... IOh, es muy larga y lacerante esta lucha... No me amáis. ¿Debo dejaros? ¿Debo abandonaros al caballero a quien venció mi espada? En fin, os invito, don Ramiro, a una última prueba. La suerte va a decidirlo. Siempre fie a la suerte los mayores problemas de mi vida. No hay nada más valiente ni más propio de don Fernando, el

Aventurero. Un dado o una ficha que decida... Don Ramiro, os invito a jugar el amor de doña Isabel en un

partido de damas.

DOÑA ISABEL.- ¿Mi amor?

D. FERNANDO.- Sí, señora, quiero probaros que si con la espada

derroté a vuestro galán, también le venceré en el juego. Noble soy. Acercaos, don Ramiro... (Lo invita a

la mesa de juego).

DON RAMIRO.- Acepto el reto.

D. FERNANDO.- Es la última prueba. Si la suerte me es adversa, me

marcharé muy lejos y haré por olvidar...

DON RAMIRO.- Bien está. El amor triunfará. La suerte será justa.

DOÑA ISABEL.- El amor triunfará.

(Melopea en la orquesta. Dispónense a jugar. Doña Isabel asiste anhelante al desafío desde un extremo de la mesilla de juego).

D. FERNANDO.- [Una victoria más! DOÑA ISABEL.- Dios no lo quiera.

DON RAMIRO.- Es vano empeño. La partida es mía.

D. FERNANDO.- Jugad, jugad... (Movimiento apresurado de las fichas).

DOÑA ISABEL.- Por mi amor!

DON RAMIRO.- Probad a vencerme ahora.

D. FERNANDO.- Aún no he perdido.

DOÑA ISABEL.- [Señor!

DON RAMIRO.- He vencido al caballero.

D. FERNANDO.- (poniéndose de pie; dolorosamente)

Me habéis vencido.

Siento que la suerte me deja.

Esta es la vez primera que a Fernando

Roldán se vence en una lucha.

Y me parece hoy vieja

mi historia de aventuras de hidalgo

capitán.

Cumpliré mi palabra. Me iré a Nueva Granada. Viviré mis recuerdos de amante

paladín,

cuando a todo vencía mi arrogancia y

mi espada

y mi vida era una aventura sin fin. Y tal vez algún día que me invada

el hastío

añoraré muy triste otro día mejor pensaré en el lejano y fatal desafío

que me dijo mi ocaso.

[Ha vencido el amor!

DOÑA ISABEL.- [Ha vencido el amor! DON RAMIRO.- [Ha vencido el amor!

ESCENA CUARTA y ÚLTIMA

Dichos, don Javier, don Jaime e invitados por la derecha.

DON JAVIER.- (a don Ramiro). ¿Vos aquí?... ¿Qué ha pasado?

(a don Fernando) ¿Y vos os vais? No comprendo.

D. FERNANDO.- Contaré lo acontecido en breves frases.

DON JAVIER.- No entiendo.

D. FERNANDO.- (Suena una melopea en la orquesta).

Un galante caballero

que fue siempre aventurero, que fue siempre vencedor sintió un día en su sendero el flechazo del amor.
Se detuvo el caminante el caballero galante de la espada y el airón se olvidó de que era errante y escuchó a su corazón.
El guerrero enamorado se acercó a su bien amado

quiso tener un hogar soñó vivir reposado hacer alto y descansar. Enamorado, soñaba que una vez más triunfaba

3.1.6. Cuadro Cuarto

fiaba en hacerse amar el caballero ignoraba que se confiaba al azar. No sabía el errabundo que era sólo un vagabundo un audaz conquistador y tras no tener segundo lo venciera un trovador. ¿Fue agorera la tapada, la misteriosa embozada que su requiebro burló? ¿Fue agorera la tapada cuando viejo lo llamó? Hoy regresa el caballero a su mísero sendero lacerado en su dolor, vuelve a ser aventurero y se parte con dolor.

DON JAVIER.-DON RAMIRO.-

DOÑA ISABEL.-DON JAIME.-

(a Ramiro). ¿Sin mi perdón habéis vuelto?

Os lo imploro. Es mi querer. Mi adivinanza ha resuelto

esta escena, don Javier. Es el amor que ha vencido después de tanto dolor. Ha llegado el bendecido instante en que es triunfador.

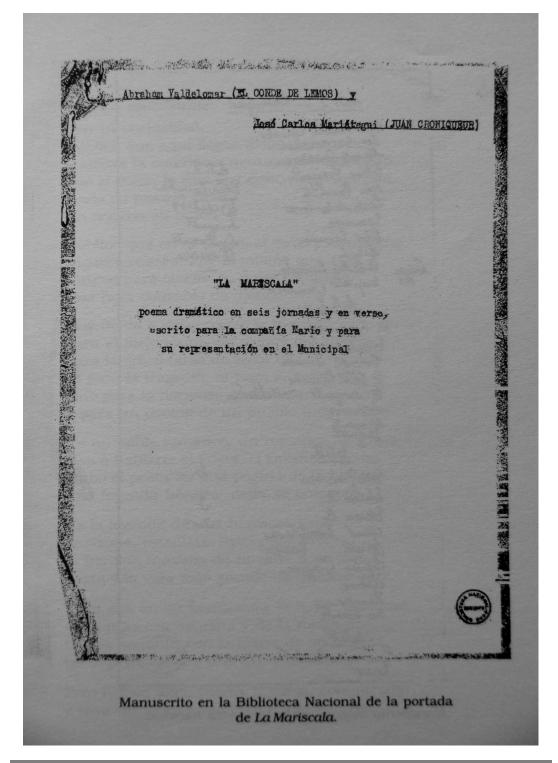
MÚSICA

(Motivo del concertante)

TODOS.-

Ha triunfado de todo el amor amor redentor que borrará el dolor.

TELÓN



3.2. La Mariscala

Título Portada de la obra teatral La Mariscala

Creador Abraham Valdelomar y Juan Croniqueur (José Carlos Mariátegui)

Año 1916

Medio Fotografía

Localización Archivo Fotográfico Servais Thissen

3.2.1

La Mariscala - Prólogo

José Carlos Mariátegui Abraham Valdelomar

Abraham Valdelomar y José Carlos Mariátegui

(Conde de Lemos y Juan Croniqueur)

Poema dramático en seis jornadas y en verso, escrito para la compañía Mario y para su representación en el Municipal¹

PRÓLOGO

Público multiforme:
Ten tu curiosidad,
público que aquí llegas ávido de emoción
y alivias la enfermiza neurosis de esta edad,
con el dolor, la risa y el gesto de tu histrión
como en pasada edad
un rey con su bufón.

Público que, en el teatro, el circo y el romano lúgubre coliseo, hoy lo mismo que ayer, buscas para olvidar tu dolor cotidiano una hora cotizable de placer.

Hoy no va a descorrerse la inquietante cortina para el melodrama del vicio y del alcohol, para la grácil farsa de amor de Colombina ni para la tragedia, ni para el guignol, sino para la hermosa gesta de una heroína y para un poema de un pueblo indoespañol.

Es un noble romance, un romance de gloria y va a hablarte el Poeta, el Dramaturgo, no. Hubo el poeta en una página de la historia una leyenda heroica; della se enamoró.

Es la leyenda de una hermosa capitana, amazona, estadista, mariscala, prócer, la heroína máxima de nuestra americana tierra y la vida más grande de nuestro ayer.

Tuvo ella en su hermosura la noble gentileza de la princesa hispana y de la ñusta-flor. Tal vez soñaron con la gloria de su belleza un paje trovador y una Corte de Amor.

Pero fue su alma fuerte, intensa, complicada, y tuvo un misticismo raro e inquisitorial: la dulce Santa Rosa y el fiero Torquemada el Santo Oficio y el remanso conventual.

Y fue un alma de prisma en que se arcoirisaba la raza, a la manera de un rayo de luz, alma de caballero medioeval que luchaba por su amor, por su dama, por su rey y su cruz...

En su vida hubo ensueño, idealidad, quimera, inquietud, epopeya, energía, ambición, crueldad, amor, ternura, crepitación de hoguera, clarinada de lucha y toque de oración...

Tuvo alma de caudillo, de apóstol, de guerrero, de inga, de cruzado y de gran mariscal; alma de castellano; alma de aventurero, generosa y austera, soñadora y marcial.

Espectador:

Tu espíritu abre a la poesía, a toda ensoñación y a toda idealidad. Suena el clarín de una hijodalga porfía y el Poeta canta la fiera bizarría de una mujer peruana y su heroicidad.

REFERENCIAS

1. Publicado en El Tiempo, Lima 4 de septiembre de 1916. Se incluye fragmentos de las jornadas II (escena IV), II (escena II y III), V (escena I) y última (escenas III, IV, V, VI).
En Palabra, Nº 6 y 7, pp. 13-14. Lima, julio-octubre de 1944. Se incluye un prólogo y las jornadas primera y última, cuyos textos fueron transcritos y publicados por Alberto Tauro a base de los manuscritos originales, que gentilmente puso a su disposición Jesús Valdelomar.

En *Obras, textos y dibujos* de Abraham Valdelomar. Reunidos por Willy Pinto Gamboa y publicados con un prólogo de Luis Alberto Sánchez (Lima, Editorial Pizarro, 1979). Cf. pp. 128-159. Se incluye los fragmentos aparecidos en *El Tiempo* así como las jornadas salvadas por las publicación en *Palabra*. Al registrar la reinserción en *El Tiempo*, Guillermo Rouillón anota (en su Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui): "Publicado también en dos partes, en *Palabras...*". Y no cabe duda que así desliza un equívoco, pues no informa si el texto de esta publicación es diferente del que apareció en *El Tiempo*; y e lector no sabe si se limita a repetir aquella o afecta a la totalidad del drama. Da origen a la confusión en que incurre Eugenio-Chang Rodríguez (en su Poética e ideología en José Carlos Mariátegui), en cuanto apunta tres datos distintos al mencionar las publicaciones de la *La Mariscala*: 1°, (copiando el aserto de Rouillón), "reproducido endos partes en *Palabra*"; (cf. p. 42); 2°, solo se conocen las escenas que publicó *El Tiempo*(cf. p. 79); y 3°. "de *La Mariscala* solo queda el fragmento (sic) incluido en las *Obras completas* (sic) de Valdelomar".

Dos testimonios, consagrados a la vida de José Carlos Mariátegui por Alberto Ulloa y Luis Alberto Sánchez, informan sobre *La Mariscala* en los términos siguientes: el primero, su "presentación teatral tuvo un éxito mediocre"; y el segundo, "solo fue publicado". Rectificándolos indirectamente, Eugenio Chang-Rodríguez afirma que el referido drama nunca fue representado ni publicado completamente".

3.2.2

Jornada I

José Carlos Mariátegui Abraham Valdelomar

JORNADA I

PERSONAJES

Doña Francisca Zubiaga
Doña Antonia Zubiaga Bernales
Doña Manuela Zubiaga
Oidor Guzmán
Coronel Gamarra
El licenciado don Pedro
Criada.

En Lima; en el escritorio de la familia Zubiaga. Al fondo, balcones que dan a la calle; a la derecha, puerta de entrada; a la izquierda, incrustado sobre el muro, el oratorio colonial, que está cerrado y ostenta sobre sus doradas puertas los símbolos cristianos.

ESCENA I

Doña Antonia y Manuela, su hija.

MANUELA.- Más de un pliego llevamos escrito.

Da ANTONIA.- Aún es poco. Tanto hay que decir...

¿Te has cansado?

MANUELA.- No tal, madre mía.

Da ANTONIA.- Dictadme la frase, comienzo a escribir.

El destino que todo lo trunca y te aleja de plácido hogar,

hoy divide tu Raza y la mía... y a matarse van.

MANUELA.- Y a matarse van.

D^a ANTONIA.- Las huestes reales se aprestan,

a hoguera crepita, y un fuego voraz

confunde en sus llamas tu Patria y mi Patria.

Por alguna de ellas hemos de llorar. Por alguna de ellas hemos de llorar.

MANUELA.- Por alguna de ellas hemos de llorar.

Da ANTONIA.- Francisca en su místico ensueño persiste

muy pálida y mustia sigue todavía y su afán me pone con cuidado y triste, porque se nos muere de melancolía. Porque se nos muere de melancolía.

MANUELA.- Porque se nos muere de melancolía.

Da ANTONIA.- Nuestro ángel desea volver al convento;

hacerla su esposa le ofrece el oidor, mas ella desdeña las galas del mundo, quiere ser la esposa casta del Señor. Quiere ser la esposa casta del Señor.

MANUELA.- Quiere ser la esposa casta del Señor.

Da ANTONIA.- Manuela. Manuela. [Qué voces! ¿Escuchas?

MANUELA.- Voy a ver del alféizar qué hay...
(Mira desde el balcón a la calle).
Un tumulto de gente irritada

que dobla la esquina y a la plaza va...

D^a ANTONIA.- ¿Qué clase de gentes son las del escándalo?

¿Son gentes del pueblo?

MANUELA.- No; de calidad...

allá madre, que entre ellas distingo

al buen Licenciado... ya viene hacia acá...

Da voz a Isabela para que le espere...

ordena al criado que entorne el portón, y trae las llaves y abre el Oratorio, que en breves instantes dará la oración...

... y dile a Francisca que venga.

(Sale Manuela y entra la criada).

ESCENA II

Doña Antonia, Isabela, el Licenciado, luego Manuela.

ISABELA.- Mi ama,

algo grave sucede. A un señor por patriota en la calle prendieron y los alguaciles llevan a prisión; le han bañado de sangre la cara, unos le gritaban furiosos: Itraidor! otros gritaban: Isoltadle, soltadle Mas librose un momento y abofeteó al más insolente realista... Unos eran del Rey, otros eran del Libertador...

(Entra el Licenciado).

3.2.2. Jornada I

D^a ANTONIA.-LCDO.-D^a ANTONIA.-LCDO.-

Dios os guarde Señora... ¿Qué fue? ¿Presenciasteis acaso el tumulto? Por suerte. Algo hice por defenderlo, que villanas manos y gritos villanos mancillar querían en nombre del Rey al bravo patriota... a un bravo patriota, ciudadano hoy día y otrora marqués. Me place, don Pedro, el que tal hicierais; de hidalgos valientes es tal proceder...

Bienvenido, Señor Licenciado...

Da ANTONIA.-

de hidalgos valientes es tal proceder... Yo no hice, señora, ninguna proeza...

LCDO.-

él era mi amigo; cumplí mi deber...

(Entra Manuela).

MANUELA.-

Aquí están las llaves; ya viene Francisca...

Señor Licenciado...

LCDO.-MANUELA.-LCDO.- Manuela, a sus pies. ¿Fue cruenta la lucha? No tanto; fue breve.

D^a ANTONIA.– MANUELA.–

LCDO.-

Son muy altaneras las gentes del Rey. Mas \dot{c} cómo don Pedro hubisteis

de encontraros en la escena?

Venía rumbo a estos lares

del Teatro de la Comedia. Y va llevaba cruzadas

dos cuadras, cuando en la acera

de la calle de las Mantas oí voces de contienda. La gente arremolinada huía y las covachuelas, en previsión, al sentirlo, iban cerrando sus puertas; corrían los alguaciles,

iban cerrando sus puertas; corrían los alguaciles, y las tapadas, ligeras, amparábanse en zaguanes, pálidas, mudas e inquietas. Las mozas tímidamente miraban tras de las rejas, mientras en pláticas sordas, en los patios, viejas dueñas tejían con gravedad

en los patios, viejas dueñas tejían con gravedad comentarios y sentencias. En un instante quedaron solos los de la reyerta, sin transeúntes los portales, las calzadas sin calesas. Acerqueme para ver qué pasaba y quién la piedra del escándalo, en tal hora y contra ordenanza, era. Cuando vi al de Monteclaro con el ánimo de gresca

cuya voz entre las voces de la gente bullanguera

me hizo ver que era don Juan. MANUELA.-

Primo Juan. Pero ¿él ha sido

la víctima? Qué insolencia. Si padre estuviera aquí...

Da ANTONIA.-A tu padre le prendieran.

No han de respetar derechos

gentes que no se respetan.

MANUELA.-Hay que escribir a tío Pedro

> para que tales cosas sepa y haga lo que debe hacer

y a nuestro primo defienda...

Da ANTONIA.-Ya ha de darse por servido

> Pedro de que no le prendan, ni le quiten la parroquia, ni le confisquen la Hacienda.

LCDO.-No ha menester Monteclaro,

> que él sabrá lavar la ofensa. Mas es el oidor Guzmán el que aquí la culpa lleva; él fue quien a vuestro Juan ordenó que le prendieran y yo le vi muy campeante,

bravucón, con cara fiera...

MANUELA.-¿Él, don Guzmán, nuestro amigo?

LCDO.-Sí, mi querida Manuela. D^a ANTONIA.-Extraño es que don Guzmán,

> que nos visita y frecuenta, con mi sobrino carnal se porte de tal manera; yo su conducta sabré encararle, cuando vuelva.

MANUELA.-No doy un maravedí

por el audaz que se atreva con Juan a cruzar su acero porque quedará en la arena. Bien decís, que tiene el brazo

LCDO.-

fornido y la mano, diestra y es de corazón valiente y sereno en la pelea.

MANUELA.-Su mirada dura y fría

como un estoque se asesta.

Da ANTONIA.-¿Y cuya la causa fue,

> Don Pedro, de la reyerta? La de siempre, mi señora,

LCDO.-

que será una causa eterna mientras no haya en el Perú ciudadanos ni bandera, que no hemos nacido siervos ni del rey ni de Pezuela. Medren y manden los tales allá en Castilla la vieja,

que esta Patria es nuestra Patria y esta Tierra es nuestra Tierra...

Da ANTONIA.-Ya concluya en buenora

esta campaña sangrienta

3.2.2. Jornada I 183 que Dios el triunfo dará al que justicia la tenga; y pasen todos los odios para que Zubiaga vuelva y su hogar deje de ser víctima de la contienda...

(Se oye el toque de oración en una torre lejana. Manuela abre el oratorio y enciende los cirios. Los criados entran en silencio y disponen reclinatorios)

LCDO.- Es fuerza, señora, que presto me aleje

de la vuestra casa, porque voy a ver la suerte que corre Juan de Monteclaro.

MANUELA.- ¿Volveréis acaso? LCDO.- Presto volveré.

(Sale).

ESCENA III

Doña Antonia, Manuela, coronel Gamarra y Francisca

Arrodíllense en grupo ante el oratorio. Aparece Francisca vestida de blanco con el libro de oraciones y el rosario, caminando lánguidamente, en silencio. Se arrodilla a su vez. Comienzan a rezar el Avemaría con solemne recogimiento. Durante el rezo aparece en la puerta el coronel Gamarra, uniformado. Avanza sin dejarse sentir. Dobla una rodilla en tierra, recostando la frente en la empuñadura de la espada. Termina el rezo. Levántense todos menos Francisca, que continúa orando.

GAMARRA.- Loado sea Dios, señora Antonia...

Si acaso importuné, perdón os pido...

D^a ANTONIA.- Coronel, nunca vos importunáis

y el perdón al Señor hay que pedirlo.

GAMARRA.- Por pecador me tengo y si Él quisiera

concederme las cosas que persigo, con que una sola de ellas me otorgara diérame por feliz y bien servido...

(A Francisca)

Si vos, Francisca, intercedierais, nada a vuestro ruego negaría el Altísimo y aquí en la tierra un corazón habría que le estuviera siempre agradecido...

FRANCISCA.- (Volviendo el rostro y levantándose luego).

Dios a los militares nada niega

cuando son como vos, bravos y dignos. La cruz está en el puño de su espada y ella los acompaña al sacrificio.

Tal es la suerte del soldado, amiga,

y obedecer...

D^a ANTONIA.- ¿Aunque ello esté reñido

GAMARRA.-

con la conciencia! Señor ayudante de campo del Virrey, ¿habéis sabido que hace un momento vuestros servidores

llevaron a prisión a mi sobrino

de manera brutal? Son tales tratos de gente de honra y bien nacida, indignos. Bien se ve que la lucha ofusca a quienes

debieron respetar el apellido de un español ausente de su casa y la tierra en que esposa tiene e hijos.

MANUELA.- Y se han llevado a Juan, mi coronel,

y le han aherrojado y lo han herido...

GAMARRA.- No he tenido noticias, amigas mías,

de la prisión de Juan; de haberlo visto porque yo no lo hubiera permitido. Os prometo que haré que le liberten

y empeño mi palabra.

D^a ANTONIA.- Conseguidlo.

GAMARRA.- Yo lo conseguiré, señora Antonia.

Voy a hablar al Virrey; y lo consigo o me he de retirar, que con desmanes, abusos e injusticias no transijo.

FRANCISCA.- Yo no comprendo, coronel Gamarra,

que vos que en esta tierra habéis nacido sirváis aún al Virrey. Nuestros hermanos de libertad y patria han dado el grito. Vuestra espada, más bien, poner debierais de este suelo en defensa y de vos mismo...

GAMARRA.- El deber del soldado es ser leal

y estoy con el Virrey...

FRANCISCA.- Coronel, ante

que el soldado sois, pondréis, no dudo, el acero en defensa del principio...

GAMARRA.- Gran error hay en ello, que el soldado

en todas lides ha de ser invicto,

cumpliendo su deber, aunque se opongan

padres, amores, dádivas, amigos, riquezas, juventud, vida... Y en cambio el hombre por amor siempre es vencido...

(Isabela canta desde el interior).

ISABELA.- Con que al fin, tirano dueño,

tanto amor, clamores tantos,

tantas fatigas,

no han conseguido en tu pecho más premio que un duro golpe

de tiranía.

GAMARRA.- El canto de Melgar hasta aquí llega

me siento melancólico al oírlo

y ha despertado en mi alma honda tristeza.

Con ella a tiempo en amargura vivo,

que no hay mayor dolor que el del recuerdo

que ansiamos sepultar en el olvido...

D^a ANTONIA.- Algo sabemos ya. Lo que ha pasado

entre el Virrey y vos no es un motivo;

si os quitó el mando de la fuerza, en cambio,

os hizo su ayudante y es lo mismo.

GAMARRA.- No es eso, ni tampoco, doña Antonia,

que el oidor don Guzmán llevó al oído del crédulo Virrey necios embustes...

3.2.2. Jornada I

D^a ANTONIA.- ¿El oidor? GAMARRA.- Él. Y le dijo

que el batallón Numancia, a mi conjuro,

habíase pasado al enemigo...

Da ANTONIA.- De buen grado lo hicieron, ¿quién lo ignora?

Fue un acto del más noble patriotismo...

GAMARRA.- Mas no es tal mi dolor...

D^a ANTONIA.- ¿Otro?... GAMARRA.- Más hondo,

va en mi conciencia inexorable y fijo.

FRANCISCA.- ¿Acaso algún amor que ya pasara

arranca en vuestro pecho esos suspiros?

GAMARRA.- Más fuerte que el pesar de los amores

es el pesar que a mí me dio el destino. Vos, que sois tan benévola, Francisca, prestad algún consuelo a mi martirio... ¿Qué congojas son esas, tan profundas?

FRANCISCA.- ¿Qué congojas son esas, tan profundas? GAMARRA.- Lo que nunca confié voy a deciros:

y remediad mi mal, que vuestras frases

serán para el dolor un lenitivo...

Sabéis que en la batalla de Humachiri a las rebeldes huestes combatimos y los pobres patriotas sucumbieron, y la muerte libróles del presidio.
Allí murió Melgar, sin que me fuera dado salvarlo. Siempre va conmigo la sombra de aquel héroe poeta amargando mis noches sus quejidos...
Francisca: Iquién pudiera dar a mi alma el perdón, el consuelo y el olvido!

ISABELA.- (Desde el interior)

A todas horas mi sombra

llenará de mil horrores tu fantasía

y acabará con tus gustos

el melancólico espectro de mis cenizas...

FRANCISCA.- Coronel, nunca es tarde para un hombre

de noble corazón y de alto espíritu, remediar los errores del pasado; podéis, con vuestra espada, redimirlos, haciendo que esa misma espada sea rayo de luz que os guíe en el camino... El triunfo de la patria es lo que ansía el alma de Melgar; dadle ese alivio; vuestra conciencia quedará sin sombras y él en su tumba quedará tranquilo...

GAMARRA.- De un lado el corazón está señora,

y de otro la lealtad y el compromiso; ante vos misma abiertas hay dos rutas

y debéis elegir solo un camino: españoles, Francisca, vuestro padre

y peruana sois vos...

FRANCISCA.- La Patria, amigo,

antes que todo está; fuerza es servirla

y por ella marchar al sacrificio.

El gobierno es el Rey, mas es la patria

el pedazo de tierra en que nacimos.

Más noble es una espada defendiendo
a los esclavizados y oprimidos
que la sangre generosa vierte
y que ata manos y que ajusta grillos...
Y vos que así pensáis, doña Francisca,
¿Por qué a la vida renunciáis, decidlo,
y al convento volvéis, si los que lloran,
necesitan también de vuestro auxilio?

FRANCISCA.-

GAMARRA.-

En el Convento mi vida, pasa clara y con un manso rumor como de remanso entre la yerba escondida; y así mi espíritu, añora la silente paz cristiana del huerto triste en la aurora y a la voz de la campana. El largo muro claustral que adornan retablos viejos y alegra el sol matinal brillando en los azulejos. El florido y solitario brocal donde releía las páginas del breviario en el yermo mediodía. La capilla penumbrosa donde está el crucificado lívido y ensangrentado y la virgen dolorosa; las monásticas umbrías que, encendido en devoción,

se esconden en los aleros de nuestras celdas calladas; silenciosas golondrinas que vienen con la tristeza de las luces vespertinas cuando mi alma sueña y reza. Como ellas que en un resquicio moran en renunciamiento quiero hacer el sacrificio de mi vida en el convento. Pues ellas que se ocultaron

casto, alumbra el corazón, consumiendo nuestros días. Las golondrinas que aisladas de los pájaros parleros

en el más puro dolor las espinas arrancaron de la frente del Señor.

Sus frentes arrullan y encantan, mas son dolientes y tristes como una oración.

Y piensa, Francisca, que tu alejamiento en desesperanza y en dolor nos deja. Ya tendremos, si vas al Convento

el luto en la casa y tu madre, vieja,

GAMARRA.-

Da ANTONIA.-

3.2.2. Jornada I

ahogar no podría tanto sufrimiento. FRANCISCA.-Mi alma en el Convento de ti no se aleja.

GAMARRA.-

Yo en tanto pienso que la vida es como una épica jornada y ha de librarse defendida por el acero de la espada. El mundo es lucha despiadada y hay que vencer en la partida: si con dolor sangra la herida, dulce es la boca de la amada. Luchar con ánimo sereno. salvar las vallas del camino y fuerte, audaz, altivo y bueno no desmayar contra el destino. Volver del campo siempre lleno de un ansia nueva. Al remolino de las pasiones poner freno y siendo humano, ser divino. Y descansar de las fatigas.

cuando maduran las espigas y ante las huestes enemigas vibra el clarín claro y triunfal.

bajo una paz de oro estival

Da ANTONIA.-Coronel, que en tantas campañas vencisteis,

salid de este lance también vencedor.

GAMARRA.-En estas campañas, el hierro es inútil.

En ella se vence con el corazón.

Da ANTONIA.-Mas dadle consejo, vuestras frases van,

tal vez a salvarla, señor Edecán.

FRANCISCA.-La vida muy triste para mí sería

> fuera del convento, viendo cada día la mala ventura de tantos patriotas que entre las prisiones gimen todavía como si su patria estuviera en las prisiones. Yo quisiera verlos, las cadenas rotas, altivas las frentes, libres de opresiones.

IY acaso mis ojos nunca lo verán! ISe opone su acero señor Edecán!

ESCENA IV

(Dichos, Isabela y luego el oidor)

ISABELA.-Mi ama: el oidor, mi señor,

pide merced para entrar.

Da ANTONIA.-Isabela, hazle pasar.

(Entra el oidor).

ISABELA.-Su merced sírvase entrar... OIDOR.-Señora Antonia Bernales. Da ANTONIA.-Saludo a usted, don Guzmán. OIDOR.-¿Como están en vuestros reales? Da ANTONIA.-¿En los suyos cómo están? OIDOR.-Francisca ¿los conventuales

sueños perdiéndose van?

FRANCISCA.- Como días virreinales.
OIDOR.- Salud. Señor Edecán.

(Francisca y Gamarra conversan aparte y quedan al otro

lado el oidor y doña Antonia).

OIDOR.- Tiempo ha señora que tengo

deseo de hablar con vos sobre asunto que es de suyo delicado, y al fin voy a abordarlo, que propicia me parece la ocasión.

Más de un año hace que vengo de vuestra respuesta en pos. Menester es que Francisca me dé su contestación, y que por fin se resuelva y escoja entre el mundo y Dios.

D^a ANTONIA.- Don Guzmán, sabéis bastante

cuán interesada estoy

al claustro. Tenéis razón

OIDOR.- Tenéis razón

que allí se marchitaría

su belleza.

D^a ANTONIA.- Mi dolor,

no es bastante a detenerla.

OIDOR.- Tal vez le consiga yo

ofreciéndole el halago de una existencia mejor. Hablados están en casa todos los míos y no se oponen a que comparta

de mi hacienda y mi blasón. Gentileza que agradezco

D^a ANTONIA.- Gentileza que agradezco a los suyos y al oidor,

mas es de mi hija Francisca menester su aprobación.

(Al otro lado)

GAMARRA.- Libraros del claustro, Francisca, es mi afán.

FRANCISCA.- Se opone su acero, Señor Edecán.

D^a ANTONIA.- Acercaos un momento.

¿Sabes, Francisca? El oidor tu mano a pedirme viene y aguarda contestación.

ESCENA V

Dichos y el licenciado

LCDO.- Albricias, señores míos.

MANUELA.- ¿Qué hay?

3.2.2. Jornada I 189

LCDO.-De la cárcel fugó,

> burlando la vigilancia de los esbirros, ¡Oidor!

(Advirtiendo la presencia del Oidor)

El exmarqués Monteclaro y al campamento marchó donde a todos nos espera el bravo Libertador: que de San Martín en pos,

con los patriotas limeños a Huaura partimos hoy. Si algo se ofrece decidlo, donde San Martín me voy.

OIDOR.-¿Oís cómo habla el menguado?

Confunda al rebelde Dios.

LCDO.-No estuvierais bajo techo

ni anciano fuerais... si no castigara el temerario avance vuestro.

OIDOR.-Traidor!

GAMARRA.-Más bien llamadle patriota. ¿Pero no es lo mismo? OIDOR.-

No. GAMARRA.-

OIDOR.-El siervo que se declara

> contra el rey en rebelión no merece otro dictado que el dictado que le doy. Nos ofendéis, don Guzmán.

Da ANTONIA.-FRANCISCA.-Mas, nos insultáis, señor. OIDOR.-Qué... ¿sois patriotas acaso?

FRANCISCA.-Peruanos somos.

GAMARRA.-Y yo,

OIDOR.-

OIDOR.-

no he de permitir que nadie, con razón o sin razón,

falte en mi presencia a damas

porque hijo de dama soy.

No he querido faltarlas, pero me extraña que vos,

que ayudante sois de campo, demostréis por los patriotas. Realistas somos los dos.

GAMARRA.-Vos no sois ni caballero

> ni realista, ni español que es de nobles castellanos respetar al Rey, a Dios, y hacer homenaje a damas porque ello da siempre honor.

Pero no es de castellanos

hacer a su Rey traición.

FRANCISCA.-[Gamarra!

GAMARRA.-Ya el Virrey puede

> mandar recoger desde hoy los títulos que me diera porque no los quiero yo.

(A Francisca)

FRANCISCA.-

Señora mía, os ofrezco mi capa y mi corazón. Madre, renuncio al convento. (Al oidor) y a los blasones, oidor.

(Telón)

3.2.2. Jornada I 191

3.2.3

Jornada II

José Carlos Mariátegui Abraham Valdelomar

JORNADA II

ESCENA IV

Francisca, Doña Antonia y el padre Pedro.

La Mariscala

La vida llena de pasión e intensidad,
es la que busca mi ilusión,
es la que está en mi ensoñación
y es la que está en mi idealidad.
La vida llena de pasión...

Doña Antonia de Zubiaga

- Tuviste un sueño conventual...

La Mariscala

- Fue la primera indecisión que nos asalta en el umbral cuando es la vida una ficción y es un misterio el Bien y el Mal.
- Fue la primera indecisión...

Doña Antonia de Zubiaga

- Fue sólo místico tu amor...

La Mariscala

Mi fe es la misma fe de ayer,
pero la gloria y el honor
son otro amor que quiere ser el vencedor
con mi alma fuerte de mujer.
Mi fe es la misma fe de ayer...

Doña Antonia de Zubiaga

- La mujer sólo es del hogar.

La Mariscala

 Mi alma tiene otros anhelos, mi alma tiene otro soñar, mi alma tiene otros desvelos que están lejanos del hogar. Mi alma tiene otros anhelos...

Doña Antonia de Zubiaga

- ¿Y no te basta, hija, tu amor?

La Mariscala

- IMás ambicioso es mi ideal!
 Él tiene alas de cóndor
 que vuelan más que el conventual
 empeño, y van hacia un triunfal
 ensueño de épico cantor.
 Más ambicioso es mi ideal...

El padre Pedro

 - ¿Talvez la vida cortesana es la que amas tú?

La Mariscala

– No tal.

No es una corte provenzal donde rimara una pavana el sueño azul de un madrigal, mi aspiración para el mañana. Me place la suntuosidad, gusto del fausto y la belleza, más quiero dar la gentileza de una corte de otra edad a una vida que esté presa en un ideal de libertad y heroicidad. Soy como el guerrero que vuelve cansado de sus aventuras de conquistador en pos del faustoso vivir regalado, de la solariega casa y del amor, para nuevamente ser rudo y soldado

3.2.3. Jornada II 193

cuando en el castillo suena el tambor.
Mejor que en la corte yo me siento
en mi vivac del campamento.
La Gloria es mi única ambición.
Yo sé que he aprendido, heroica, a vivir
mi porvenir;
o sé que es mi vida una ensoñación,
pero así la quiero, llena de emoción
de esfuerzo, de lucha, de afán, de pasión;
tras de la victoria no importa morir...

Doña Antonia de Zubiaga
- La Gloria es su única ambición...

El Padre Pedro

- La Gloria es su única ambición...

(Telón)

3.2.4

Jornada III

José Carlos Mariátegui Abraham Valdelomar

JORNADA III

ESCENA II

Sargento Domingo, teniente Fernando, teniente Rodrigo, teniente Pablo y soldados. Luego Francisca

Sargento Domingo

- Ya todos listos están...

Teniente Fernando

 Aún no viene el Capitán como estaba convenido.

Teniente Rodrigo

 Ha de lanzar un silbido cuando llegue el Capitán.

Teniente Fernando

- Apagad la luz sargento...

Sargento Domingo

- Tarda el jefe, mi teniente.

Teniente Pablo

- IUn siglo es cada momento...!

Teniente Rodrigo

- La demora es imprudente.

Teniente Fernando

- [Apagad la luz, sargento!...

Teniente Rodrigo

 Ha de venir embozado y ha de lanzar un silbido, según lo hemos acordado.

Teniente Pablo

Ya está todo convenido y el centinela avisado...

Teniente Fernando

- ¿Escuchas?

Teniente Rodrigo

- Œs el silbido!

Teniente Juan

- [Ya se acerca el capitán!

Teniente Fernando

 - IQue esté el cuartel reunido como estaba convenido en el pacto!

Teniente Fernando

- Allí estarán...

Sargento Fernando

 - IVuestro denodado afán vais a comprobar muy bien!
 ¿Por quién las armas están decid, soldados, por quién?

Los soldados

- Œstán por el capitán!...

ESCENA III

(Seguida de un soldado entra la Mariscala, completamente embozada, de tal suerte que no puede descubrirse quién es el personaje que se presenta, y que los conjurados toman por el capitán, engañados por el aviso convenido).

Capitán Fernando

 Capitán, los sublevados, aquí estamos reunidos, oficiales y soldados, resueltos y convencidos!
 Capitán, los sublevados!

Teniente Rodrigo

 Descubríos, capitán!
 Nada tema vuestro afán, oficiales y soldados están todos sublevados.
 Descubríos, capitán!...

Teniente Pablo

Las armas os presentamos.
 Mandad y obedeceremos,
 porque resueltos estamos
 y a la muerte os seguiremos.
 Las armas os presentamos!...

La Mariscala

Traidores!

Teniente Fernando

- Mas, esa voz!
- ¿Quién su vida tiene a gala exponer así entre nos?

Teniente Rodrigo

- Descubríos! ¿Quién sois vos?

Teniente Pablo

- Mas, ¿quién sois?

La Mariscala

- ILa Mariscala!

Los soldados

- [Muera!

La Mariscala

(Arrogante, suprema, magnífica, desembozada ya, da un gran golpe con su fuete sobre la ruda mesa del cuartel y habla a sus soldados, vuelta la espalda a sus oficiales).

- ICholos, contra mí!
- IYo que la fortuna os di y que en la lucha os guie, que vuestra vida cuidé y vuestra hambre compartí! ICholos, vosotros a mí!
 IVuestras heridas curé,

3.2.4. Jornada III 197

vuestro sueño vigilé
y mi agua y mi pan os di!
Cholos, ¿estáis contra mí?
¿Hay alguno a quien yo vi
sufrir y no consolé?
¿Hay alguno a quien no di
mi abrigo, mi pan, mi fe?
ISi hay alguno, salga aquí!
IYo desafío al osado
no temo su gesto airado
ni su ultraje, ni su bala!
ISi es justicia herid, soldados!
(Y hay un silencio breve)

Soldado Andrés

- Niva nuestra Mariscala!

Los soldados

- Wiva nuestra Mariscala!

Soldado Andrés

- El cuartel os será fiel...

La Mariscala

 - IYo me instalaré mañana, soldados, en el cuartel!
 IY atad al traidor aquel que aquí está la Mariscala!

(Telón)

3.2.5

Jornada V

José Carlos Mariátegui Abraham Valdelomar

JORNADA V

ESCENA I

Doña María y coronel Escudero

Doña María

Estáis triste señor y cambiado;
 ya no sois vos el mismo que ayer.
 Aún recuerdo cuando erais alegre,
 loco, enamorado. IOh el tiempo que fue!

El coronel Escudero

- Son, señora, las penas, los años...

Doña María

- ¿Los años? Sois joven, señor coronel.

El coronel Escudero

- La vida se lleva nuestras alegrías.

Doña María

- A veces las sabe, señor, devolver...

El coronel Escudero

 No es fácil, señora, las cosas que fueron, los días que fueron no vuelven a ser...

Doña María

 - ¿Recordáis, amigo, las horas aquellas en que vuestra gracia, vuestra mocedad, vuestras bizarrías, vuestras aventuras, eran celebradas, señor, recordáis?

El coronel Escudero

 Días que tuvieron halagos tan dulces, tan gratos, señora, ¿cómo he de olvidar?

Doña María

 En aquellos tiempos, fuisteis vos el mozo que más amoríos tuvo en la ciudad, fue vuestra guitarra la que más ternura y galantería decía al sonar, y fue vuestra pluma, la gentil y amable, que en cada abanico dejó un madrigal; fuisteis deliciosamente enamorado; Ide aquí, os marcharíais cansado de amar!

El coronel Escudero

Tenía yo tanta juventud entonces!
 Mi vida de entonces no ha de volver más...

Doña María

Cada día era vuestro amor distinto
y cada día era distinta beldad
la que vos rondabais, galante y rendido;
arrogante el gesto; el porte marcial;
la capa española terciada; el chambergo
insolente como vuestra majestad;
la mano enguantada presta para el lance
temerario y fiero; altivo el mirar
embuste en los labios; gascona arrogancia
en vuestro mostacho y en vuestro ademán.
Fijaos que os recuerdo con mucha justeza...

El coronel Escudero

Vuestra gentileza sigue siendo igual
 que en aquellos días en que celebrada fuera...

Doña María

 Siempre es grato, señor, recordar, sobre todo cuando el recuerdo tiene la fragancia bella de una amable edad.

El coronel Escudero

Entonces yo era muy aventurero, muy enamorado, muy sentimental; mis labios fundían en una la trova hispana y la triste trova de Melgar.
Entonces todo era amorosa empresa; loco desvarío y galante afán.
Entonces mi vida era dislocada, era alegre, pero sin fecundidad: era hermosa, pero inútil y estéril.
Amores, locuras, besos, nada más...
Siento hoy que los años me han hecho distinto a costa de un poco de mi idealidad...

Doña María

-Grato es el recuerdo...

El coronel Escudero

Cierto. Todavía amo yo mis tiempos de conquistador...

Doña María

- Cuando vuestras dulces serenatas eran dichas siempre bajo distinto balcón; cuando en pago a vuestras románticas trovas y en pago de vuestras sonatas de amor las ensoñadoras doncellas bordaban románticas una cifra para vos; también, señor mío, vuestra serenata, voluble y amante, para mí sonó; también vuestra frase cortesana tuvo para mí ternezas; bajo mi balcón rimó vuestro verso tan enamorado cuan enamorada sonó vuestra voz, también, muchas veces, tras la celosía oí sigilosa la dulce canción; bordaron mis manos para vos, prolijas, también una cifra; y mi trovador, rendido y devoto, gentil y galante, fuisteis, señor mío; también me rondó vuestro cortesano desvelo amoroso por una semana...

El coronel Escudero

- No tal; fue por dos...

Doña María

 De esta historia ingenua que juntos tejimos yo fui vuestra musa; vos mi trovador...

(Telón)

3.2.5. Jornada V

3.2.6

Jornada Última

José Carlos Mariátegui Abraham Valdelomar

JORNADA ÚLTIMA

PERSONAJES

Doña Francisca de Gamarra, coronel Escudero, don Benigno, doña Ana, padre Luis.

ESCENA I

Doña María y coronel Escudero

DOÑA ANA	Que noche tan sombría,

tan sombría y tan mala.

ESCUDERO.- Las siete han sonado y amaneciendo.

DOÑA ANA.- Creí que se moría la pobre Mariscala,

desde aquí a cada instante la oía delirar.

ESCUDERO.- No ha cesado un momento

de quejarse. La calma

de la noche rompía su quejido fatal.

DOÑA ANA.- La hiere el sufrimiento

la herida está en el alma

y esa herida no tiene ningún remedio.

ESCUDERO.- Hablaba en su delirio

de su pasada historia

de sus luchas, sus guerras, su perenne

ambición y gritaba: la gloria

la gloria y el martirio,

la gloria y el martirio, el triunfo y el dolor.

DOÑA ANA.- En la mañana en tanto

que iba aclarando el día

la capa bejarana del Cusco me pidió.

Pobre señora mía la capa bejarana

quiso que le sacara y en ella se embozó...

¿Hay esperanza alguna, coronel Escudero?

¿Hay alguna esperanza de volver al Perú?

ESCUDERO.- Esperanza ninguna

porque yo nada espero,

junto con el exilio vino la ingratitud.

DOÑA ANA.- Mas se muere, se ausenta

ya su gloriosa vida.

Solemne y silenciosa como un ave se va.

ESCUDERO.- Oh, pobre presidenta,

Oh, pobre águila herida.

En tierra extraña y sola la hemos de sepultar.

(Suena el timbre)

ESCENA II

Escudero y doctor Benigno

CRIADO.- Coronel, un caballero

pide hablaros un instante.

ESCUDERO.- Pues que pase. Aquí le espero.

BENIGNO.- (entrando) ¿El coronel Escudero?

ESCUDERO.- Soy vuestro criado, adelante.

BENIGNO.- En nombre del Mariscal

don Antonio de la Fuente vengo en visita cordial. Os escucho como a tal

ESCUDERO.- Os escucho como a tal y os recibo cordialmente.

y de recibe cordiamiente

BENIGNO.- El Mariscal ha sabido

que está enferma de cuidado la presidenta y me ha dado un encargo que he querido pronto dejar terminado.

ESCUDERO.- ¿Y queréis verla?

BENIGNO.- Tal es mi propósito, señor.

Soy médico. Es un favor.

Quiero curarla.

ESCUDERO.- Tal vez llegáis ya tarde, doctor.

BENIGNO.- Quizás os equivoquéis.

He salvado tantas vidas...

ESCUDERO.- No hay dos vidas parecidas; tal vez aquí no podréis.

Son tan hondas sus heridas...

Esperadme aquí.

3.2.6. Jornada Última

BENIGNO.- Os espero.

ESCUDERO.- Pues bien, regreso al instante.

Pero aquí viene.

ESCENA III

Dichos y doña Francisca

FRANCISCA.- Escudero.

ESCUDERO.- Voy.

BENIGNO.- Señora...

FRANCISCA.- Caballero.

ESCUDERO.- Hay un gentil enemigo

que por vos interesado un médico os ha mandado. Y conversaba conmigo cuando vos habéis entrado. ¿Un enemigo? ¿Aún los tengo?

FRANCISCA.- ¿Un enemigo? ¿Aún los tengo?

BENIGNO.- No es vuestro enemigo

aquel por cuyo mandato vengo.

FRANCISCA.- Bien y decid quién es él. BENIGNO.- La primera comisión

es que le otorguéis perdón y accedáis a su pedido.

FRANCISCA.- Está todo concedido. BENIGNO.- Generoso corazón.

MARISCALA.- Vuestra ciencia es inútil. Ya la muerte

ronda a mi lado y a mi lado anida. Nada podréis hacer. Ella es más fuerte

más fuerte que la vida...

Solo quiero saber si aún se demora algunas horas más esta tortura;

quiero morir.

EL DOCTOR.- Vais a vivir, señora.

La ciencia por mis labios lo asegura.

No perdáis vuestro tiempo en engañarme;

no ha menester mi espíritu consuelo. Yo necesito lo que podéis darme.

EL DOCTOR.- ¿Qué?

MARISCALA.-

MARISCALA.- La verdad. Es todo lo que anhelo.

Vos no me conocéis. Nunca he temido descubrir la verdad. Nunca la muerte me amedrentó. La he visto. La he vencido. Y el desafiarla siempre fue mi suerte.

EL DOCTOR.- Mas ¿por qué os empeñáis, señora? Nada

debéis pensar de cosas tan sombrías;

largos son vuestros días...

MARISCALA.- Pues bien. Decidme la verdad

o dejadme, doctor. Sé que me muero, que estoy muriendo ahora. Por piedad, decid lo que os pregunto y lo que quiero... Dadme el placer de conocer la hora en que debo morir, sed obediente.

Nos lo sabéis, decidlo!

EL DOCTOR.- Bien, señora.

Vuestra vida se acaba lentamente.

MARISCALA.- ¿Un día? ¿Es mucho un día?

(Hay una pausa).

EL DOCTOR.- Sí señora...

MARISCALA.- Quiero aún precisar este capricho.

Una hora acaso. ¿Viviré una hora?

Decídmelo doctor.

BENIGNO.- Vos lo habéis dicho...
FRANCISCA.- Pues hacedme un favor.
BENIGNO.- Es lo que quiero.

FRANCISCA.- Mandadme un sacerdote con presteza.

No digáis por favor nada a Escudero. Y a la Fuente por esta gentileza mi reconocimiento más sincero.

ESCENA IV

Francisca sola

(La criada entra. Enciende un candelero y pone un ramo de flores en un crucifijo. Mientras hace tales menesteres doña Francisca abre la Ventana y habla de esta manera).

FRANCISCA.- Oh juventud, fresca y lozana,

fugaz encanto que se fue porque te miro tan lejana

cuando en la paz de esta mañana

la muerte toca en el cristal lleno de luz de mi ventana. ¿Para qué sirve haber vivido si el negro manto del olvid nos cubrirá de toda suerte? Cuando es la gloria una quimera y en la jornada nos espera el fuerte abrazo de la muerte? [Gloria, recuerdos, vanas cosas vago perfume de las rosas que decoraron nuestra vida! [Seguir inquieta un ideal ir con el bien y contra el mal

He desafiado hasta el destino, llano y triunfal fue mi camino.

Amé, viví, triunfé...

para morir en el olvido!

Lucha, pasión, amor y guerra puso mi afán sobre la tierra que con mi espada dominé... Hoy solo queda del pasado mi corazón desesperado que su amargura vierte. Y en el final de la jornada la risa cruel y descarnada

3.2.6. Jornada Última

y el frío beso de la muerte...

ESCENA V

Doña Francisca y Escudero

ESCUDERO.- ¿Cómo os sentís, señora mía?

MARISCALA.- (Finge, sonriente)

Ya mis dolores se han calmado, ya se han calmado mis dolores y es tan intensa mi alegría que os pide flores, muchas flores.

Esta postrera coquetería,

mi coronel...

ESCUDERO.- Voy por las flores. (Sale).

ESCENA VI

Doña Francisca y criada

CRIADA.- ¿Mi señora ama algo reclama?

MARISCALA.- Solo deseo descansar.

Dejadme sola!

CRIADA.- Bien, mi ama.

¿Y si alguien llama?

MARISCALA.- Si alguien llama

y es sacerdote, hazle pasar.

(Vase la criada. Pausa).

Cuando la muerte a nuestra puerta,

gentil anuncia su premura, precisa estar cortés y alerta, porque respeto la hermosura en el semblante de la muerta...

ESCENA VII

Criada y el sacerdote. Luego, la Mariscala

PADRE LUIS.- Hija mía.

FRANCISCA.- Señor, os he llamado

a haceros de mi vida confesión. Solo después que me haya consolado vuestra dulce palabra de perdón

podrá mi alma emprender el vuelo ansiado

hacia el cielo de promisión...

PADRE LUIS.- Tranquilizaos, señora. Sois creyente

y buena, tal como nos manda Dios.

(Se sienta, y ella sigue de pie).

FRANCISCA.- Es ahora una humilde penitente

la que a arrodillarse va ante vos y que en su vida no inclinó la frente sino para su Dios y por su Dios. (Ella se arrodilla ante el padre. Él se santigua. Ella junta las manos con ademán de rezo). Padre, no sé deciros que he pecado, mi conciencia está pura, aunque humillada hasta que el perdón me sea dado y a mi alma deje alegre y resignada. He sido grande, he sido poderosa he sido presidenta y Mariscala, pero no fui, señor, nunca orgullosa, ni fui cruel, ni fui noble, ni fui mala. Amo a Dios hoy, lo mismo que le amé en mi triste y devota juventud, y he guardado a través de mi inquietud el ingenuo tesoro de mi fe. En mi casa hubo pan para el hambriento posada para el triste peregrino; curó mi frase y confortó mi acento

a los desfallecidos del camino. Fui hija amante, fui también esposa amante y fue infinita mi lealtad. Si no pude ser madre cariñosa, fue que el destino me forjó ambiciosa para algo más que la maternidad. Abnegada, devota, compasiva mi alma nunca sintió la vanidad y tuvo para toda rogativa una dulce efusión de su piedad. Nada más sé decir de mi existencia; tal ha sido señor por mí vivida; de nada me acongoja mi conciencia y de nada me siento arrepentida. Pero soy religiosa, soy cristiana quiero que Dios me otorgue su clemencia. Hoy que llama la muerte a mi ventana quiero hacer, padre mío, penitencia.

PADRE LUIS.-

Absuelta y bendecida estáis, señora.

(Se levanta y la levanta).

FRANCISCA.-

PADRE LUIS.-

A mi alma ha serenado este perdón.

Dios es bueno. La vida, mi señora,

Tranquila he de aguardar la muerte ahora.

acaso vuelva a daros su ilusión.

Aún sois joven, sois fuerte, sois hermosa

acaso la salud ha de tornar.

FRANCISCA.-

La vida se me escapa presurosa.

PADRE LUIS.-

Por vos, señora mía, he de rezar.

(El padre Luis se arrodilla en un taburete ante el crucifijo

que está en una mesita. Ella avanza hacia la ventana). PADRE LUIS.-

Quedáis con Dios, señora, y consolada.

FRANCISCA.-Y os soy por ello muy agradecida. PADRE LUIS .-Él os dé la salud ambicionada

3.2.6. Jornada Última 207 y alargue vuestra vida.

ESCENA FINAL

La Mariscala sola. Luego, Escudero

FRANCISCA.- Esta es la última palpitación,

la muerte llega como un sueño

que arrebata al corazón

su más amado y dulce ensueño. Esta es la última palpitación...

ima palpitación...

(Se

sienta en el diván).

La muerte llega como un sueño cuando la patria está lejana y cuando olvida en loco empeño

a la que fue su capitana.

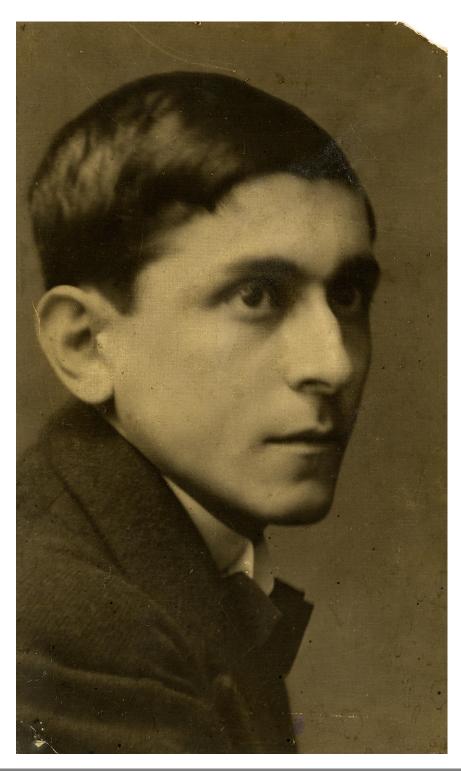
La muerte llega como un sueño.

Así se va la Mariscala

sin que a su lado un caballero recoja el hálito postrero en que su espíritu se exhala. Así se va la Mariscala.

Desfallece sobre el diván. Hay un silencio dilatado. Luego entra el coronel Escudero con muchas flores en ambas manos. Tiene una sorpresa sumamente dolorosa. Y, silencioso, deposita las flores sobre el cuerpo de la heroína, desenvaina su espada, la parte en dos, y la pone sobre el pecho de ella. Se arrodilla, coge las manos de la Mariscala, las besa e inclina la cabeza. De esta manera, acaba la última jornada del poema.

FIN



Diego Goyzueta, *José Carlos Mariátegui* (1919). Fotografía, 15,9 x 9,6 cm. Archivo José Carlos Mariátegui

José Carlos Mariátegui, 1919.

 Título
 José Carlos Mariátegui, Lima.

 Creador
 Diego Goyzueta

Año 1919

 $\begin{tabular}{lll} \bf Dimensiones & 15.9 \times 9.6 \ cm. \end{tabular}$ $\begin{tabular}{lll} \bf Medio & Fotografía \end{tabular}$

Localización Archivo José Carlos Mariátegui

Colofón

Escritos juveniles. La edad de piedra. Tomo 1. Poesía, cuento, teatro, 2022.

© Empresa Editora Amauta Primera Edición, Lima, 1987.

© Viuda Mariátegui e hijos Segunda Edición, Lima, 1994.

© De esta edición

Archivo José Carlos Mariátegui Lima-Perú Tercera Edición. Versión digital 2022 https://www.mariategui.org/

Corrección y Revisión de Textos:

Mónica Caycho

Diseño de Portada:

vm& estudio gráfico http://vmestudiografico.pe/

Diseño Web:

John Orrego

© Imágenes:

Archivo José Carlos Mariátegui Archivo Fotográfico Servais Thissen

PROYECTO GANADOR DE LOS ESTÍMULOS ECONÓMICOS PARA LA CULTURA 2021



PROYECTO GANADOR DE ESTÍMULOS ECONÓMICOS PARA LA CULTURA 2021

